2

LA MUJER

COMO DEBE SER

OBRA ESCRITA EN FRANCES POR EL ABATE

V. MARCHAL

MISIONERO CATÓLICO

Y TRADUCIDA DE LA XIV EDICION

POR

ADOLFO SICARD Y PEREZ

La gloria es engañosa y la belleza vana. Entre las mujeres, será alabada aquella que tema al Señor.

(Prov. XXXI, 30).

BOGOTA—1891

IMPRENTA DE ANTONIO MARÍA SILVESTRE

Director, A. M. Silvestre.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Bogotá, Junio 1.º de 1887.

Señor Secretario del Arzobispado.—Presente.

He examinado detenidamente la traducción que el señor D. Adolfo Sicard y Pérez ha hecho del libro titulado *La femme comme il la faut*, que Su Señoría, por orden del Ilustrísimo Señor Arzobispo, me remitió para su examen con su nota número 341.

He tenido á la vista el original francés, y la traducción del señor Sicard es muy fiel.

Bastará decir que la obra es traducida de la 14.ª edición francesa para hacer su elogio; pues un libro piadoso que no sea de gran mérito parece difícil que llegue á tener tan buena acogida.

No contiene nada contra la fe ni las buenas costumbres; antes bien me parece que es un libro útil para animar la sólida piedad, y que el señor Sicard merece alabanza por la elección que hizo de él para traducirlo.

Soy de Su Señoría muy atento y seguro servidor,

MANUEL JOSÉ DE CAYCEDO.
Presbítero.

Bogotá, 6 de Junio de 1887.

Imprimatur.

(L. S.) ✠ JOSEPH TELESPHORUS,
Archiepiscopus Sanctæ Fidei Bogotensis.

J. PARDO VERGARA,
Secretarius.

©Biblioteca Nacional de Colombia

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

Al traducir al español el libro que tienes en las manos, querida lectora, he tenido en mira tres propósitos á cual más justificable. Es el primero, llevar á todos los hogares en que se habla nuestra lengua el tipo de la mujer cristiana, conforme al Evangelio; pero ese tipo revestido con las galas que una pluma maestra, guiada por una piedad acrisolada y sólida, ha sabido darle para hacerlo más seductor, si cabe, presentando vivos contrastes adecuados á las diversas posiciones y circunstancias de la mujer. Es el segundo, ofrecer á mis hijas un trabajo personal que, envuelto en el aroma del paterno amor, contribuya eficazmente á decidir su corazón por el bien, y á alentarlas en el fiel cumplimiento de sus deberes, sea cual fuere el destino que quiera Dios depararles en la tierra; y es el tercero, por último, presentar un público, aunque muy pobre homenaje de reconocimiento, á la mujer por lo que mi sér moral le debe, abstracción hecha, primero de mi incomparable madre y luégo de mis carísimas hermanas, ángeles de mi hogar nativo, y de mi bendita esposa, para quienes tiene mi alma altares y culto únicos, de los cuales ningún otro ser debe participar en la tierra.

©Biblioteca Nacional de Colombia

¿Por qué no he de decirlo con plena sinceridad y hasta con orgullo? Dios se ha valido de la mujer en las más solemnes ocasiones de mi vida de hombre emancipado, que no por oscura ha dejado de ser de agitada lucha, para apartarme del vicio y para inclinarme á la virtud; de suerte que si hay algo en mí que no sea despreciable ni odioso, lo debo en gran parte á la benéfica influencia de la mujer. ¡Y cuántos hombres no se habrán hecho y se harán para sí esta propia confesión, además de los que la han lanzado á la faz del mundo, comprobando con ello que nuestra fuerza es debilidad y que la debilidad de la mujer es fuerza!

Por cierto que nada hay de nuevo en estas expresiones que tantos hombres notables han proferido, pero ellas me sirven para formular la convicción formada en mí, en poco por el estudio, y en mucho por la observación y la experiencia, de que la mujer es el verdadero árbitro de la suerte de las sociedades, árbitro tanto más poderoso cuanto menos visible, y que de ellas puede hacer lo que quiera que sean.

Un célebre poeta y hombre de Estado ha dicho: "Dadme hombres honrados y os daré frutos dichosos;" y yo, osando parodiar sus palabras, diré: "Dadme mujeres verdaderamente cristianas, mujeres que sepan ejercer con entereza y constancia su incomparable poderío, y os daré sociedades perfectas."

Bogotá, Septiembre 24 de 1886.

©Biblioteca Nacional de Colombia

PREFACIO

DE LA DÉCIMACUARTA EDICIÓN.

"Para agradar á las señoras, ha dicho un pensador, es preciso tener gran cuidado en no mostrarse perspicaz en demasía, como no sea para adivinar lo que pueda causarles placer."

El éxito sorprendente alcanzado por este libro demuestra á las claras que ese pensador se ha equivocado; puesto que si su autor ha podido parecer mezquino, es en parte por perspicacia, y porque ha procurado ser más bien útil que agradable.

Que mis numerosas lectoras me permitan darles aquí mis más cumplidas gracias por su indulgencia, y felicitarlas por la benévola acogida que han querido dispensar á la verdad.

Antes de volver á llevar este libro á la librería que le sirvió de cuna, me he esforzado en darle su forma definitiva, después de haberlo revisado y corregido con particular esmero.

Gracias á esos retoques, espero que él pueda contar por largo tiempo todavía con la benevolencia que hasta aquí no ha logrado debilitar la acción del tiempo.

Señoras:

No es raro encontrar mujeres cumplidas "*comme*

©Biblioteca Nacional de Colombia

il faut ;" para ello basta recorrer nuestras ciudades ó entrar á nuestros templos. Lo que sí es extraordinariamente difícil es hallar la mujer como debe ser "*comme il la faut*," esto es, la mujer tal como Dios la quiere, y tal cual el hombre debiera soñarla.

Semejantes mujeres, como toda obra maestra, son raras; y si me atrevo á ofreceros este libro con una confianza que muchos calificarán de presunción ó de candidez, es con el propósito único de ayudaros en algo á hacerlas más numerosas.

"Tomad, pues, y leed." Si estas páginas no os proporcionan las mismas emociones que pudiera una novela, tampoco hallaréis, como en ésta, ni vacío ni peligros. Tal vez de ellas saquéis alguna resolución saludable, y de seguro vosotras probaréis que todavía hay mujeres bastante fuertes que dan oídos á otras voces que no son las de la lisonja ó del engaño.

©Biblioteca Nacional de Colombia

LA MUJER COMO DEBE SER.

CAPÍTULO I

CUÁNTO DEBE LA MUJER AMAR Á JESÚS.

La mujer es más piadosa que el hombre.—I. Su triste suerte allí en donde no reina Jesús.—II. Su rehabilitación por Jesús. III. Su semejanza con Jesús por su debilidad.—IV. Por sus dolores.—V. Por su necesidad de amar.

Basta echar una ojeada sobre el mundo para sentirse uno herido por un fenómeno que, colmándonos de tristeza, á la vez nos consuela y constituye el beneficio de una gloria incontestable para la mujer católica.

De un extremo al otro del mundo cristiano, la mujer se muestra más piadosa que el hombre; ella acoge la "Buena Nueva" con más presteza; ella rodea con más asiduidad nuestros tabernáculos, y se puede asegurar, sin riesgo de contradicción, que en muchas comarcas tenidas por católicas, á no ser por las mujeres, los ministros de Dios se verían reducidos á orar por su pueblo en los templos desiertos.

¿De dónde proviene este fenómeno?

Difícil es descubrirlo. La piedad tiene por principio al amor de Dios: lo que estimula el amor es el reconocimiento, y éste debe crecer en un corazón tanto más cuanto mayores sean los beneficios que se hayan recibido. Además, puesto que la mujer ha recibido del Salvador más beneficios que el hombre, justo es que ella le consagre más amor.

Por otra parte, el mundo, que puede excusar tantas

©Biblioteca Nacional de Colombia

debilidades (iba á decir crímenes), todavía no ha aprendido á perdonar la impiedad en la mujer. El sabe por instinto que para ser impía ó simplemente indiferente, una mujer tiene que hacer violencia á su corazón y olvidar muchas cosas.

Gracias á la saludable influencia de la opinión en el fondo de nuestra civilización, muchas mujeres harto débiles y versátiles para poder adorar al Señor "en espíritu y en verdad," alcanzan todavía hasta á servirle por buen tono.

I

El Salvador tiene derecho de exigir de la mujer más amor, desde luégo porque la ha librado de una miseria más profunda en lo referente al tiempo.

Sin duda todos éramos desgraciados; todos necesitábamos unir nuestros suspiros á los del Profeta para invocar al Redentor, porque para todos estaba cerrado el cielo y para todos se había hecho ingrata la tierra desde el día en que la pareja prevaricadora salió con el corazón oprimido y con el pie vacilante del jardín de las delicias.

Sin embargo, el hombre, á pesar del anatema que pesaba sobre él, encontró en su fuerza y en su independencia un medio de cumplir su peregrinación sobre la tierra.

¡Pero la mujer! ¿quién podría contar todas las angustias, todas las ignominias que vinieron á ser su patrimonio?

Por una triste consecuencia de su caída, y de la ignorancia que vino á ser su resultado, el hombre llegó poco á poco á desconocer los derechos, el origen y la dignidad de su compañera. Las malas pasiones invadieron su corazón y un egoísmo sin freno ocupó en él el lugar del amor.

Para colmo de desdichas, una espantosa maldición

©Biblioteca Nacional de Colombia

pesaba sobre la mujer en los dias del mundo antiguo. En fuerza de las tradiciones que no habían perecido, la humanidad recordaba vagamente que debía su infortunio al pecado de una mujer, de suerte que ésta permanecía sola con su debilidad y bajo el anatema que sobre ella pesaba, al lado del hombre ignorante, fuerte y apasionado.

¿Qué debía resultar de ahí? Fácil es comprenderlo. El hombre daría rienda suelta á todos sus apetitos y abusaría de una debilidad destituída de toda protección: la historia atestigua que así sucedió.

Al considerarlo, ¡qué espectáculo se ofrece á la vista!

En el mundo oriental, por donde quiera la poligamía; es decir, un rebaño de infelices privadas del aire y del sol, arrastrando sus días en el enojo, sujetas á los tiros cruzados de las querellas del serrallo, atormentadas por celos indignos, mendigando á manera de limosna una mirada del altanero marido, y viviendo sin amor para morir sin esperanza.

En el mundo occidental veo por todas partes á la mujer en el envilecimiento, vendida, oprimida y repudiada. Y nada importa que la Providencia haya bendecido su unión, que su reputación se conserve inmaculada y que su cuna sea ilustre; basta que su esposo "se canse," para que ella tenga que oír de los labios de un esclavo insolente su sentencia, y que le diga:—¡Véte, porque mi amo ya nada quiere de ti!

Y una legislación bárbara sancionaba esta tiranía, y la opinión pública no se inquietaba en lo mínimo por ella. ¿Qué digo? Los sabios de aquellos tiempos no tenían para esos escándalos otra cosa que una tranquila aprobación.

En nuestros tiempos todavía acontece lo mismo en todas las naciones que no ha regenerado el Evangelio del Salvador. El salvaje de la América deja á su compañera el cultivo de los campos y las faenas penosas. En la China, la familia se declara de duelo

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuando una hija viene al mundo; el padre la expone, la vende ó la reduce á la muerte. (1)

En algunos países del Oriente se niega la aceptación á la moneda de España, porque lleva la efigie de una reina. En el Indostán, una costumbre cruel condena á millares de desgraciadas á dejarse quemar vivas sobre la hoguera al lado del marido difunto. En Africa se vende á la mujer por una bagatela; y cuando el viajero ocurre á ella para que le indique el camino, no puede darle sino esta contestación que denuncia su servidumbre proclamando su ignorancia: —"Yo no puedo mostrároslo, porque no soy más que una mujer."

¡Pobres mujeres!

Me haría interminable con sólo que quisiera hacer el resumen de vuestra historia, resumiendo vuestras angustias en las regiones que no ha iluminado todavía la antorcha de la fe.

Pero para qué extender un cuadro tan repugnante, cuando quizás más bien debo pediros perdón por haber abrumado vuestras almas delicadas, levantando una punta del velo que cubre tántos horrores!

¡Oh! prefiramos en cambio saludar juntos á nuestro adorable Salvador; repitamos, en el trasporte de una viva gratitud, el cántico de las hijas de Sión: *Hossana Filio David! benedictus qui venit in nomine Domini:* Bendito sea el Hijo de David; bendito el que bajó de los cielos para nuestra libertad!

II

Si me preguntáis, mujeres cristianas, de qué manera os ha libertado el Salvador, os responderé que cada

(1) Los sabios de este país han consignado en sus libros de sentencias este sarcasmo repugnante: *La madre más feliz en punto á hijas es la que no tiene sino hijos.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

palabra de sus labios y cada acto de su vida han destrozado un eslabón de la cadena que os tenía cautivas.

Al recordar al hombre sus deberes y vuestros derechos, os abría el camino. Al restituír al matrimonio su santidad primitiva, proclamando su unidad, su origen y su objeto, os daba la libertad.

No contento con recordar al hombre sus deberes iluminando su inteligencia por medio de su doctrina, ha purificado su corazón por medio de su virtud y ha opuesto á sus apetitos una ley formidable y dulce que dijo al egoísmo omnipotente lo que El había dicho antes al océano:—"Hasta aquí llegarás; pero aquí se estrellará el furor de tus olas."

Temeroso de haber hecho aún muy poco por vuestra libertad, ha querido borrar con una gloria incomparable al antiguo anatema que pesaba sobre vosotras.

La prevaricación de una mujer había dado á la muerte la entrada al mundo; y es á una mujer á quien Dios reserva el honor de devolver al género humano la vida del tiempo y la vida de la eternidad.

Fijáos atentamente en las delicadezas del Altísimo. En breve va á sonar esa hora deseada que Dios ha señalado para la salvación del mundo.

Una mujer ha sido escogida para constituír el instrumento de esta obra. Un príncipe de la corte celestial es enviado á la humilde hija de Judá. ¿Qué saludo dirige el Cielo á esta criatura privilegiada? *Ave, María gratia plena.* ¿Qué mensaje está encargado de trasmitirle el enviado celestial? "Hé aquí que concebirás y darás á luz un hijo á quien llamarás Jesús: será grande y se le llamará el Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su Padre; reinará en la casa de Jacob, y su imperio no tendrá término."

María entra en conferencia con el Altísimo y estipula la conservación de su virginidad. Y el Altísimo,

©Biblioteca Nacional de Colombia

sin ofenderse, mantiene como suspendida de los labios de esta mujer la obra de la redención del mundo, que por espacio de cuarenta siglos ha tenido en espectativa al cielo y á la tierra!

"Ved aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra."

Una vez dado este consentimiento, el Verbo de Dios se encarna en el seno de una mujer que le alimenta con sus pechos, que le arrulla sobre sus rodillas y le manda durante treinta años!

¡Y qué mujer! Una virgen, esposa, viuda y madre. Una mujer, única entre todas las criaturas, que fué concebida sin pecado, que vivió sin mancha y que murió sin dolor! Una mujer á quien Dios ha coronado en el Cielo de una gloria incomparable, haciéndola depositaria de un poder sin límites. Una mujer, en fin, que mezcló sus lágrimas y sus dolores con el dolor que nos salvó sobre la cumbre del Calvario.

Y al presentar, en esta mujer, á toda mujer, á la veneración del género humano, Dios ha dicho á la tierra: "¡Así debe ser honrada aquélla á quien el Rey de los Cielos ha honrado tánto!"

Desde entonces, al fulgor de la antorcha evangélica, veo por todas partes á la mujer recobrando sus derechos y subiendo una por una las gradas del trono en que la mano del Creador la había colocado en su origen.

El hombre, convertido en cristiano, deja de mirarla como su esclava; la respeta como á la compañera de sus días, y la ama como al consuelo de su vida.

La veo asociada á las escenas evangélicas, honrada por los Apóstoles y protegida por la Iglesia, que le confía de una manera enteramente especial los tres grandes ministerios del respeto, de la educación y de la caridad.

En los siglos posteriores, en esos días en que el suelo de nuestra patria se cubría de basílicas levan-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tadas por el entusiasmo de nuestros padres en honor de aquélla á quien llamaban "Nuestra Señora," la veneración por la mujer llegó hasta la exageración.

La "dama," tal es el sér ideal cuya influencia domina la poesía, las batallas, las cortes, los torneos y la caballería.

En esos días se vió á un Rey de Francia, Luis VII, poner á sus leyes y despachos la fecha de la coronación de su "querida Adela."

Un Rey de España, Jacobo de Aragón, declara en su código que es prohibido detener á un hombre á quien su mujer acompaña durante un viaje.

¿Qué diré de San Luis? En su anillo nupcial había hecho grabar la imagen sagrada del Crucificado, rodeada de una corona de flores de lis, símbolo de la reyedad, y de margaritas, como alusión al nombre de la Reina; y en la parte inferior se leían estas tres palabras que resumen todos los amores de su vida: "Dios, la Francia y Margarita."

En nuestros tiempos, ¡qué de miramientos, cuánta cortesanía aun de parte de aquellos que no practican el Evangelio, pero que todavía se calientan á su benéfica lumbre!

¿Y qué diré de la protección concedida á la mujer en todas las legislaciones modernas nacidas al amparo de Cristo y dadas á luz por su virtud?

Y si quisiera descorrer el velo del misterio que guarda á algunas familias cristianas, cuyo recuerdo regocija mi alma, ¡cuántas delicadas alegrías podría referir!

¿Qué magistratura hay comparable á la que ejerce una madre fuerte y cristiana en medio de sus numerosos hijos?

Poco favorecida la mujer por una juventud demasiado breve, la mujer ha venido á ser, gracias á Jesucristo, el principal bien de su esposo. Los más solemnes juramentos han consagrado sus derechos y protegen su destino.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Si la virtud corona su belleza, puede desafiar la vejez, que á tántas mujeres aterra, y conquistar un respeto que la acompañe hasta la tumba. Sus hijos crecen en torno suyo como renuevos inseparables, de los cuales hace ella la alegría, y para quienes constituye el vínculo de unión; y á medida que su vida declina, la de aquéllos, embelleciéndose y fortificándose, le teje una corona y le forma una defensa. La majestad maternal sucede lentamente al imperio de los primeros años; y esta transición insensible de un poder á otro, sostenido siempre por la imagen invisible del Salvador, le imprime una inmortalidad que podrá llegar á herir pero no á destruír la injuria. La madre renueva la esposa, y al presentar un día los hijos de sus entrañas en los altares en que su alma los concibiera, vuelve á tomar en esas fiestas nupciales sus propios vestidos de boda.

En fin, viuda ya, ó compañera todavía, entra otra vez á su hogar semisecular con una segunda posteridad por vanguardia de su muerte.

Hay muchas mujeres, bien lo sé, que sufren y que lloran, porque el imperio de Cristo no está bastante firme en el corazón de los que las ultrajan; pero aun á esas les quedan suficiente libertad, grandeza y alegría para que, con una gratitud que nada debe desalentar, puedan repetir el cántico de la Reina de los Angeles: *Magnificat anima mea Dominum.... quia fecit mihi magna qui potens est:* Mi alma glorifica al Señor porque me ha colmado de favores. (1)

III

La mujer debe una gran suma de años al Salvador, porque la ha colocado en mejores condiciones de salud para la eternidad.

(1) Un sabio ha compendiado la historia de la mujer en esta frase notable: "La mujer entre los salvajes es una bestia de carga; en Oriente es un mueble; en la Europa cristiana un niño mimado." Día vendrá, debemos esperarlo, en que su educación y sus virtudes hagan de ella una compañera adorada.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Es más costoso perderse que salvarse, y puede decirse que no es sin trabajo que uno se condena; todos los malos podrían asegurarlo; para ello les bastaría ser sinceros.

Sin embargo, el hombre tropieza en el camino de la salvación con muchos obstáculos que la mujer desconoce; y la salvación, posible para todos, viene á ser para ella empresa muy poco costosa por poco que sepa, con la ayuda de Dios, obedecer á los generosos instintos de su naturaleza.

Yo distingo en la Religión cristiana tres faces principales que la compendian: la faz ignominiosa, la faz dolorosa, y, séame permitido decirlo, la faz amorosa. Así, pues, la religión, la piedad, naturalmente deben contar con más fácil acceso en el espíritu de la mujer que en el del hombre.

¿Cuál es la gran dificultad que tánto aleja al hombre del Catolicismo, y sobre todo, de la piedad? El sacrificio que el poder de la Religión exige de su orgullo.

El hombre representa la humanidad por la razón y por el poder que asegura la fuerza. Así, á esa inteligencia viril que de todo quiere darse cuenta, á esa fuerza altanera que tiene en sí misma una prodigiosa confianza, la Religión les exige una triple inmolación, imponiéndoles la fe, la oración y la confesión. A esa razón que se indigna contra toda oscuridad, la Religión le pide una adhesión plena y absoluta á dogmas misteriosos que la espantan con sus insondables arcanos. A ese hombre robusto, habituado á no contar sino consigo mismo, le impone el deber de doblar la rodilla delante de su Creador para adorarlo como á su soberano Señor, y para proclamar su propia debilidad, implorando la ayuda de un sér más fuerte que él. ¿Qué digo? Ella le manda juntar sus manos acostumbradas á sostener el cetro ó á manejar la espada, inclinar la cabeza, esa cabeza ceñida

©Biblioteca Nacional de Colombia

con la diadema, para postrarse delante de un hombre como él, más joven quizás, y decirle con toda humildad: "Bendecidme, Padre mío, porque he pecado."

¡Ah! comprendo que su orgullo se indigne, que su corazón se subleve en presencia de semejante inmolación; y es por eso por lo que raras veces el mundo nos ofrece un espectáculo más bello que el de una reunión de hombres postrados de rodillas ante la santa Mesa, ó el de un cuerpo de soldados ennegrecidos por el sol, espontáneamente inclinados, en silencio y en adoración, delante de ese Pan misterioso, del cual ha dicho Jesucristo: "Este es mi cuerpo."

Semejante prodigio regocija el alma, proclamando el más espléndido triunfo de la gracia sobre el orgullo de la naturaleza.

En cuanto á vosotras, mujeres cristianas, es mucho menor la repugnancia que inspira esta faz del Evangelio. Vosotras creeis fácilmente todas las verdades de fe, por misteriosas que sean, porque regocijan vuestro corazón, y en vosotras éste teme poco á la razón. Más sumisas que el hombre, acostumbradas á no obtener de él nada sino por la oración, poco os cuesta exhalar vuestra alma delante de Dios en una plegaria fervorosa. Es tan grato referir las propias penas cuando se hallan oídos harto pacientes para escuchar su relación.

En fin, el santo tribunal, lejos de ser para vosotras un espantajo, es con frecuencia la piscina seductora de donde, purificándoos, sacáis fuerza y consuelo. Es, pues, especialmente para vosotras que nuestro divino Salvador pudo decir: "Mi yugo es suave y mi carga ligera."

IV

Para todos, así para el hombre como para la mujer, la tierra es ingrata y la vida tiene momentos dolo-

©Biblioteca Nacional de Colombia

rosos. Sin embargo, se puede asegurar, sin temor de ser desmentido, que la mujer, por su naturaleza, es presa de más numerosos sufrimientos que el hombre, y que el cúmulo de sus dolores se escapa á toda comparación.

La mujer sufre mucho porque es más débil, más sensible, y porque á ella le fué dicho: "Darás á luz tus hijos en el dolor." Sufre mucho porque lleva en sí menos recursos que el hombre para soportar sus padecimientos, por ser su vida más íntima, menos activa y menos ocupada por los serios y grandes pensamientos ó por las grandes ocupaciones de todo género. Ella sufre principalmente porque su corazón es más delicado, y porque como esas harpas eolias, cuyas cuerdas hace vibrar el más ligero soplo, ese corazón se estremece al más leve contacto de la angustia moral.

¡Qué mujer hay que pase un año de su vida sin derramar lágrimas, sea que la providencia haya colocado su cuna al abrigo de una cabaña, ó que la haya circundado de esplendor y de opulencia! ¡Cuántas, al contrario, hay que al entrar á su oratorio, hastiadas por placeres que las fatigan sin poder distraerlas, lanzan una mirada melancólica sobre esas frivolidades brillantes que otras les envidian, acabando por decirse en la amargura de su alma estragada: ¡Se me cree dichosa y lloro!

Oh! ¡pobres mujeres, que habéis recibido por herencia el dón de derramar tántas lágrimas! comprendo por qué amáis al Señor y á los que os hablan de Él, de su misericordia y de sus promesas.

¿No es el Salvador quien, por una incomparable benevolencia, se ha hecho cautivo silencioso en sus tabernáculos para ayudaros y para oíros cuando vais á confiarle angustias que ninguna criatura es capaz de sospechar? ¿No es El quien llena el vacío de vuestro corazón en las horas de hastío? ¿No es Él quien ha dicho á las almas desoladas esta palabra tan propia

©Biblioteca Nacional de Colombia

para devolverles el valor con la esperanza: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados?"

¿Qué modelo presenta á vuestros ojos humedecidos por las lágrimas una mujer como vosotras, una madre llorando en el Calvario la agonía de su Hijo único, *Mater dolorosa?* Una viuda que pasa veinticinco años de su vida sobre este mundo, que ya no es para ella otra cosa que un desierto árido, desde el instante en que de la cumbre de la colina ha visto á su muy amado arrebatado á sus miradas por la nube que debía llevarlo á los Cielos.

¿Qué más? Os presenta su pesebre para consolaros si sois pobres, su faz moribunda para aliviaros si estáis enfermas, su caña, su corona de espinas, su cruz, su agonía, su muerte para alentaros, si sois débiles; y volviéndose hacia vosotras para mostraros su dolor, señalándoos el Cielo, cuyo más seguro camino es el Calvario, os consuela como consolaba á las santas mujeres de Jerusalén que le seguían llorando. Preguntar por qué le amáis es preguntar por qué la rosa, agostada por los ardores de la tarde, ama las perlas del rocío que refresca su corola humedeciendo su cáliz.

V

La mujer y la piedad son simpáticas por otro aspecto todavía más bello.

Habéis adivinado mi pensamiento, y, sin profanarlo, habéis nombrado el amor.

Como dije en otro lugar, el hombre representa la humanidad de un modo enteramente especial, por la fuerza y por la razón; estaba reservado á la mujer el representarla bajo una forma más amable y más gloriosa, quiero decir, por el corazón.

¡El corazón! Frecuentemente hace sufrir mucho, pero si alguna vez no sucede así, es rarísimo también que nadie sufra por él.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La fría razón, por sí sola, nada esclarecido ha hecho por Dios ó por el hombre.

Una mujer que no tiene más que talento, para nada es buena, mientras que una mujer que no tiene más que corazón, para todo es capaz, por la sencillísima razón de que un espíritu brillante puede no tener corazón, mientras que un corazón bien formado tiene de ordinario mucho talento.

Esto es lo que ha hecho que un gran orador pronunciara esta sentencia que ha provocado muchas sonrisas: "Si fuera preciso levantar altares en la tierra á alguna cosa humana, yo querría más bien adorar el polvo del corazón que no el polvo del genio."

Pues bien, en general puede decirse de la mujer que es toda corazón.

Cuando el Todopoderoso quiso, en su munificencia, dar á nuestro primer padre por compañera esta criatura, no tocó, no, la frente en donde se elabora el pensamiento, sino el costado palpitante en donde reside el amor.

La mujer, nacida del corazón de Dios y del corazón del hombre, debía ser el corazón de la humanidad. Destinada á ser esposa y madre; servidora de los pobres y de los desgraciados; consagrada á la sublime misión de criar la niñez á costa de incalculables labores; de ejercer en la familia y en la sociedad el dulce ministerio de una amable conciliación; de derramar un bálsamo tan suave como saludable en todas las heridas del alma y del cuerpo, la mujer, dice San Agustín, ha recibido de Dios un tesoro de ternura que se derrama siempre, sin agotarse jamás.

La mujer que ama, menos busca su propia satisfacción que la del objeto amado. Con frecuencia sucumbe por dar la primera prueba de su ternura; y ese sacrificio añade á su amor todo el precio que daba á su virtud.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El amor en el hombre es casi siempre egoísta y sensual, mientras que en la mujer es tierno, abnegado y fino. La posesión, que desliga al uno, encadena á la otra, lo que ha hecho decir á alguien que si el amor no es para el hombre otra cosa que un incidente, para la mujer es toda la vida.

Empero, ¿qué es Dios? San Juan nos lo dice: Dios es amor, *Deus charitas est.* ¿Qué es la Religión? ¿Cómo se compendia su dogma? En un Dios que crea el mundo y lo rescata por su amor. ¿Cuál es el resumen de su moral? Esta ley: Amarás á tu Dios con todas tus fuerzas y á tu prójimo como á ti mismo por amor á Dios. ¿Cuál es su culto? ¿Cuál es su centro, su foco, su vida, sino la divina Eucaristía, es decir, la más delicada, la más prodigiosa manifestación del amor?

¿Qué cosa es la piedad? ¿qué la santidad? El arte de amar lo que se debe y como se debe, ó según la expresión de San Agustín: "el amor bien ordenado."

¿Qué recuerdos propone el Evangelio á nuestras meditaciones? Los recuerdos de la vida de Jesús tan dulce, tan amante, tan compasivo y tan generoso; las escenas de la Samaritana, de María Magdalena, de Lázaro; las parábolas del Buen Pastor y del Hijo pródigo; la visión arrebatadora de un Dios niño sonriendo á los pastores y á los magos, á los pobres y á los ricos desde el trono peregrino que le forma con sus rodillas una virgen inmaculada.

¿Cuál es el objeto de las esperanzas con que el Evangelio nos consuela? El amor elevado hasta el éxtasis, el amor al abrigo de todo peligro y de todo cansancio, el amor eterno y sin horizontes.

¡Pobres mujeres! ¡cuán corta es vuestra juventud! Como la rosa cae y se deshoja á la luz del sol que la vió abrirse la víspera, así cae y se aja esa belleza que os pierde con harta frecuencia. Abatidas casi tan

©Biblioteca Nacional de Colombia

pronto como soberanas, en breve buscaréis en vano, en el mundo que os rodea, un alimento capaz de mitigar la sed que os devora.

El mundo casi no ama más que el mes de las flores. Sólo la primavera puede hechizarlo con una afición frágil. Para las otras estaciones apenas tiene homenajes hipócritas, algunas sonrisas amargas ú horribles desdenes.

Es entonces cuando vuestro corazón, desengañado del hombre que no ama sino por un día, experimenta la necesidad de volverse con amor hacia el único corazón digno del vuéstro y más grande que él. Huís con disgusto del ruido de esas fiestas en que buscábais en otro tiempo triunfos sin que hallárais otra cosa que el tedio. Os acercáis dichosas á esos tabernáculos y á ese templo, á los cuales no llevábais antes más que un espíritu distraído y un tocado brillante. Proscritas del mundo la Bondad Suprema os ve llegar, se inclina hacia vosotras con ternura, os consuela con sus esperanzas, os devuelve la paz con su perdón, os purifica por su virtud, y sin restituír á vuestro semblante un brillo que os fascinaría una vez más, os devuelve, con la juventud de una fe viva, las puras alegrías de una ardiente caridad.

La humildad, tan fácil para el débil, el dolor presidiendo á la esperanza, el amor buscando el amor, tal es la triple simpatía que acerca á la mujer al Evangelio y al Salvador.

Desde luégo comprendo el apresuramiento de esas santas mujeres que seguían á Jesús en los días de su peregrinación. Comprendo esa multitud de santas que le han escogido por único esposo y le han amado hasta la "locura," hasta el éxtasis. Comprendo esas lágrimas que tántas veces he visto mojar el mantel de la santa Mesa, cuando me ha cabido en suerte saciar con el maná eucarístico una multitud de mujeres piadosas hambrientas del pan de los ángeles.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Lo que jamás podrá comprenderse es la ingratitud de esas mujeres sin pudor, que de sus frágiles encantos se forjan un ídolo que adoran y hacen adorar; es la audacia de esas sultanas orgullosas, que á la vez que resucitan la memoria de las diosas de Corinto ó de Babilonia, olvidan que tienen ellas, como las demás, "deberes," sin darse otro cuidado que el de respirar el incienso criminal prodigado á su innoble polvo por la más abyecta locura.

Lo que no comprendo, en fin, es la ceguedad de tántas infelices que haciendo una arma contra Jesucristo de la libertad que Él les ha devuelto, apagan la llama sublime de tántos genios, hacen que se hundan tántas fortunas, ahogan en lágrimas tántas esposas, y van luégo á morir en un hospital, después de haber arrastrado en el lodo, durante veinte años, la espléndida diadema con que las había coronado Jesucristo.

Oh! vosotras mujeres piadosas que leeis estas líneas, vosotras sí sabréis estimar el dón de Dios, sabréis amar á Aquél que os ha precavido con tánto amor.

En otro tiempo, cuando estaba próximo á exhalar su último suspiro sobre el patíbulo sangriento en que su amor había encadenado su poder, tendió una mirada sobre la multitud que presenciaba su suplicio, buscando algunas almas generosas, algunas miradas compasivas, cuya vista le consolase algo siquiera de tántas apostasías, y sus ojos adorables apenas contaron un hombre y tres mujeres. En ese día solemne en que la gratitud circundaba al amor, vosotras estuvisteis gloriosamente representadas.

Vosotras guardaréis con exquisito esmero el patrimonio de esta antigua gloria. En nuestros días, como en el momento de sus angustias, Jesús es insultado, desconocido, abandonado, y vosotras le indemnizaréis á fuerza de apresuramiento, en algo al menos, de tántas injurias y frialdades. Si más numerosas hoy ro-

©Biblioteca Nacional de Colombia

déais su cruz por amor, también en mayor número circundaréis su trono en la gloria, y el Calvario será para vosotras la profecía del Paraíso.

CAPÍTULO II.

LA MUJER GENEROSA Y LA MUJER AVARA.

El amor en los pequeños cuidados.—I. La piedad generosa.—II. La piedad de báscula.—III. La tibieza.—IV. La frialdad me espanta.

He expuesto los motivos enteramente especiales que deben excitar á la mujer á un vivo reconocimiento hacia el Salvador y abrir en su corazón fácil entrada á la piedad, ó sea á la "devoción."

¿Qué es la devoción? La devoción, dice Santo Tomás, consiste en una disposición constante de la voluntad á ponerse prontamente al servicio de Dios; y creo traducir fielmente el pensamiento del Santo Doctor, definiéndola: "El amor de Dios en los pequeños cuidados."

Comprendida y practicada así, la devoción es la más gloriosa aureola que pueda rodear una alma aquí en la tierra. Ella abrasa todos los deberes de la vida, así activa como contemplativa; implica la mortificación de todas las malas inclinaciones, y tiene por resultado la mayor gloria de Dios y el mayor bien del prójimo.

Si esto es así, ¿de dónde proviene que en nuestros días esa palabra caída en tal descrédito, que pronunciar la palabra "devoción," sea exponerse á provocar una sonrisa? Es indudablemente porque el mundo ríe de todo, hasta de las cosas más serias, para concentrar mejor toda su atención sobre las bagatelas, que son lo único que debiera hacerlo reír. Es que el mundo, que no ama ni á Dios ni á los hombres, ni se siente con valor para hacer á este amor algunos sa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

crificios penosos para la naturaleza, tiene por más cómodo condenar á aquéllos cuya virtud lo condena á él, que dominarse un poco para imitarlos.

Pero preciso es confesar, sin embargo, que si la mayor parte de las personas que se entregan á la piedad consuelan á la Iglesia y forman su más rica corona, hay también muchas que contribuyen á contristarla y á alentar los sarcasmos de los mundanos, dándoles el odioso espectáculo de una piedad de mala ley.

I

Entre esas devociones desastrosas tiene el primer lugar esa piedad mundana y cobarde que se llama "religiosidad."

Refiérese de un soldado romano, que saqueando un campamento de los Persas después de una victoria, encontró una magnífica bolsa llena de preciosas perlas; y como ignorase el valor de semejante tesoro, arrojó las perlas, que le parecieron pesadas, y se reservó la bolsa, que le pareció linda.

Muchas gentes hay que hacen lo mismo que este soldado: guardan fácilmente la cubierta de ese diamante que se llama la piedad, y rechazan el diamante, quiero decir, lo que esencialmente constituye la devoción, lo que forma su belleza y lo que es su vida. Aceptan lo que les seduce, sin ser tan pesado que les canse, y prescinden de lo que las sujeta, sea cual fuere su valor.

En una palabra, no son piadosas esas gentes porque no son generosas, y no son generosas porque no saben amar.

Cuando se ama, el amante se complace con el objeto amado, se esfuerza en serle agradable, y, sobre todo, evita escrupulosamente todo cuanto puede contrariarlo. Así, pues, el amor no tiene más que un

©Biblioteca Nacional de Colombia

nombre, bien sea que tenga por objeto la criatura, ó bien que se dirija á Dios.

Una alma que ama á Dios se satisface con Él. Lo ve por dondequiera, en las estrellas del firmamento, en la belleza de las flores, en los sucesos de la vida, y, sobre todo, en su corazón. Esa alma lo escucha, lo oye siempre en la palabra de sus ministros, en el rimbombo del trueno y más aún en la voz íntima que surge de las soledades de sí misma. Esa alma le habla en todo tiempo, en sus frecuentes oraciones, delante de sus tabernáculos, durante sus labores, en sus alegrías, en sus horas de tedio, pero mucho más en sus dolores.

Una alma que ama á Dios experimenta un gran deseo de perfección. No se contenta con decirse solamente: "Quiero salvarme," sino que exclama, puesto que tal es la voluntad de Dios: "Quiero ser perfecta."

La perfección es el objeto esencial de la vida para toda criatura libre y racional.

Dios nos ha dicho á todos lo que en otro tiempo á Abraham:—"Camina en mi presencia y sé perfecto." El Señor no le dijo:—Sé rico, sé dichoso, multiplica tus rebaños, dilata tus dominios, créate goces; lo que le dijo fué:—Sé perfecto; es decir, esfuérzate en asemejarte á tu Padre celestial por la santidad de tu vida, así como te le asemejas por la excelencia de tu naturaleza.

Tal es la voluntad de Dios; y esto es tan cierto, que la obra de nuestra perfección es la única que depende de nuestra voluntad. No hay una sola de nuestras otras empresas que dependa exclusivamente de nosotros y que no pueda fracasar; de suerte que no á todos les es dado enriquecerse y encontrar aquí en la tierra los medios de ser felices; pero para ser perfectos á todos nos basta *quererlo*. "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, dice el Señor, porque ellos serán hartos." Salomón, hablando de la sa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

biduría nos dice: "Los que la aman la ven, los que la buscan la encuentran."

Este es, pues, el fin que una mujer piadosa jamás pierde de vista. Tan bien obra que de ella puede decirse lo que el Evangelio dice respecto del Niño Jesús: "Y Jesús crecía en sabiduría delante de Dios y delante de los hombres."

Según la bella expresión del Salmista, la mujer piadosa dispone escalones en su alma con el fin de subir todos los días. Para eso cierra los ojos acerca del bien que haya en ella, para no ver sino los defectos de que le falta corregirse. Como San Pablo, jamás mira hacia atrás para contemplar el camino que ha hecho, sino siempre hacia adelante para observar el que le queda por recorrer. Toma por suya esta divisa de un Rey de Portugal: *¡ Altiora peto !* ¡de lo bueno á lo mejor!

En una palabra, la mujer piadosa cuida, primero que todo, del adorno de su alma: su cuerpo es cosa secundaria; y si procura adornarlo para agradar á su esposo y honrar su posición, en consideración á su persona, eso lo hace también para agradar á Jesús.

El amor de Dios en una alma se manifiesta por una extrema delicadeza de conciencia.

Una mujer piadosa, sin caer en el escrúpulo, se horroriza no sólo de ese monstruo que llamamos pecado mortal, sino también de todo lo que sea conocido como pecado; es decir, que rara vez tiene el triste valor de cometer una falta, aunque sea ligera, de propósito perfectamente deliberado, bajo pretexto de que esa falta es apenas leve. Ejerce sobre sí tal vigilancia, que de ordinario no tiene que reprocharse sino imperfecciones ó fragilidades, bastantes con todo á humillarla á sus propios ojos.

Porque ama, le basta saber que tal palabra, tal acción, tal juicio, tal afición demasiado sensible desagrada á Dios, para renunciar á todo; porque ella

©Biblioteca Nacional de Colombia

sabe que una falta leve, aunque no destruya en nosotros la caridad, nunca deja de ser una rebeldía y una ingratitud.

Si alguna vez tiene la desgracia de sucumbir, se acusa con verdadera compunción, viendo en el sacerdote, no á tal ó cual "hombre," sino al ministro de Nuestro Señor Jesucristo y al depositario de su perdón.

El alma fervorosa obra por espíritu de fe á los impulsos de la gracia, mucho más que siguiendo las inclinaciones de la naturaleza. Por eso, despreciando las sutiles estratagemas de una política humana, obra siempre con toda sencillez.

Su línea es recta, nunca tortuosa ó quebrada, porque la verdad es su elemento, su guía la fe, y Dios su único fin. Deseosa de olvidarse, de negarse á sí misma, sabe sacrificar su propio interés á la gloria del Señor y al provecho de sus semejantes.

Si recibe una alabanza que no puede evitar, es para hacer de ella un homenaje á Dios; y lejos de temer desmedidamente una confusión, "se regocija de que sufre por Jesucristo."

Lejos de apegar su corazón á los bienes de este mundo, usa de ellos con sobriedad y se consuela muy fácilmente de su pérdida, porque ha colocado su tesoro y sus esperanzas en el Cielo, en donde nada perece. En lugar de ser egoísta y de concentrarlo todo en sí, erigiéndose objeto capital, se complace en comunicarse, "experimentando siempre más dicha en dar que en recibir."

Lejos de solicitar la estimación y el amor de las criaturas, hasta hacerse su esclava, conserva con todo esmero el patrimonio de su libertad. Libre de toda tiranía, así como de toda inquietud, no tiene más que un cuidado: que Dios esté contento. Lejos de calcular á cada paso el provecho que ha de resultar para su amor propio de su actividad ó de su consagración,

©Biblioteca Nacional de Colombia

será ambiciosa á la manera de Santo Tomás, y dirá al Señor, después de haberse inmolado:—Vos, oh Dios mío, seréis mi única recompensa.

Si llega á complacerse en sus títulos, en su posición, en su nobleza, será sólo á condición de que ellos lleven el sello honroso de sus virtudes y de que coadyuven, para obrar el bien, poniendo mayor suma de crédito al servicio de su corazón.

Humilde y modesta, jamás hablará con acritud; en lugar de creerse infalible sabrá oír un consejo y recibir un reproche sin irritarse. En vez de dejarse dominar siempre por la sensibilidad, la someterá, y si los nervios tienen el privilegio de hacer sufrir mucho, jamás la gobernarán con mengua de la razón.

Muchísimas mujeres tienen la desgracia de juzgar y de obrar por impresión más bien que por razón, naciendo de aquí que sus mejores resoluciones son de ordinario tan frágiles.

Una señora piadosa va en un día de invierno á misa á un convento:—¡Dios mío! ¡qué frío hace! ¡cuánto sufrirán estos buenos Padres así descalzos! De vuelta en su castillo llama á su administrador:—¡Pronto, que se les lleve leña á los buenos Padres! ¡Dios mío, qué tiempo tan atroz! La señora entra al salón: un magnífico fuego arde en la chimenea; se acomoda en una blanda poltrona y acerca los pies al hogar. En este momento llega el administrador á preguntarle cuánta leña deberá llevarse al convento.—¡Dios mío! contesta la señora, podéis esperar: *me parece que la temperatura se ha suavizado mucho.*

II

El alma tibia en vez de complacerse con Jesús, se hastía; en lugar de decirse: Quiero ser perfecta, lo que dice es: Quiero esforzarme en evitar el infierno: hé ahí todo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

En lugar de fijarse en lo que le falta, considera sus buenas cualidades y sus escasas buenas obras. Lejos de estimularse con el ejemplo de los Santos y de los que van adelante en el camino de la perfección, midiendo la distancia que le falta recorrer para alcanzarlos, se contenta con reparar en los que son más desgraciados que ella para creerse segura y decir: Gracias á Dios, yo no estoy todavía así.

Satisfecha con evitar las faltas graves, por temor de verse obligada á confesarse, no pára mientes en las leves, bajo el pretexto de que éstas no merecen la condenación eterna. En su deplorable humildad, se contenta con el último lugar en el paraíso, sin reflexionar que ese es el medio de no ocupar ninguno. Esta alma computa, calcula y arregla su vida de tal suerte, que pueda saborear toda la dulzura del pecado y rechazar toda su hiel.

Esto no es más que la prudencia del egoísmo sustituyendo á la generosidad del amor; la naturaleza triunfando de la gracia; la forma de la religión envolviendo á medias el espíritu del mundo.

Ved esa mujer: tiene veinte años: casada hace poco con un hombre á quien adora, no piensa sino en coronarse de flores, en recoger los fútiles homenajes que por donde quiera se le prodigan, en dilatar su corazón al primer rayo del sol de una deliciosa independencia. ¿Qué hará? ¿se contentará con pedir al mundo el néctar de sus goces relegando toda práctica de piedad por demasiado incómoda y rancia? Hay quienes así lo hagan, pero ella tratará de ser más prudente y más hábil, pues bien sabe que embriagarse con la florida copa que el presente ofrece á sus labios, sin pensar en el porvenir, no es para ella el mejor medio de ser feliz. A pesar de todo conserva un poco de fe y comprende sus conveniencias. Sabe que blasonar de impiedad ó de indiferencia es procurarse, aun á los ojos del mundo, una reputación que cuadra mal á una

©Biblioteca Nacional de Colombia

señora de su condición, y preparar á su conciencia ciertos remordimientos por extremo amargos. Bien puede ser para ella la vida una fiesta; pero el pensamiento de las grandes verdades no desaparecerá de su alma hasta el punto de que no entrevea de cuando en cuando la mano misteriosa que con aterradora audacia turbara el festín de Baltasar. Y luégo, ¿quién sabe? Dentro de pocos días el cielo estará quizás menos diáfano, el tiempo sombrío, la tempestad podrá desencadenarse: no se sabe lo que puede suceder. Así, pues, tomará su partido y se conservará piadosa, tanto como lo era en el colegio, salvo alguna dosis de artificio.

Tomando la religión como una especie de traje de buen tono, ó cuando más como una fuente de esperanza que la tranquilice respecto del porvenir, esa mujer hará una amalgama de las dulzuras de aquélla y de la miel del mundo, excusando con cuidado todos los sacrificios, algo serios, que la religión impone.

Así, pues, irá á misa, sobre todo el domingo, llevando un libro deslumbrante que hará juego con su sombrilla; pero, ¡qué de incidentes á la entrada y á la salida, para llegar á su silla tapizada de terciopelo, á su puesto distinguido! ¡Qué aires, qué impaciencia si un obstáculo cualquiera impide la entrada ó la retarda! ¡Cuántos saludos á derecha y á izquierda, como si Dios no estuviera presente! Irá al sermón para fisgar al predicador, para alabar con exageración al que haya tenido la desgracia de agradarle y criticar sin lástima al que haya tenido el valor de no complacerla. (1) Cristiana por la mañana, acudirá cubierta con

(1) En nuestros días, más que en ningún tiempo, son estas señoras, medio piadosas y medio mundanas, las que crean las reputaciones. Muchos predicadores lo saben y lo recuerdan. Se figuran que todo está conseguido con que mi señora diga por la noche en determinado salón:—"¿Ha oído usted ese sermón tan *lindo*? ¡Yo me vuelvo loca! ¡Qué hombre! ¿Vió usted sus ojos? unos ojos adorables, ¡mi querida!... ¿y sus manos? ¡ma-

©Biblioteca Nacional de Colombia

su velo á la sagrada mesa; pero pagana por la noche, irá sin velo á pedir al baile ó al teatro sus emociones, siempre peligrosas y las más de las veces culpables.

Esa mujer leerá un capítulo de *La Imitación*, por vía de penitencia, y luégo un volumen de nuestros novelistas, por vía de distracción.

Si la tentación se presenta á su alma conmovida, tratando de insinuarse por medio de un mal pensamiento, dirá seguramente:—¡Véte! pero con un acento que significará:—Si vuelves me complacerás.

Llorará de ternura al oír la relación de los sufrimientos y humillaciones del Salvador; pero otra vez en su casa se indignará á la menor privación, se irritará al más ligero refregón, hablará á los suyos en un tono siempre imperioso, y no podrá soportar sin quejarse la más pequeña contrariedad.

Se asocia á todas las buenas obras, ó cuando menos, aunque no sea más que por espíritu de buen tono, será dama de la misericordia; pero con el fin de llevar á todas las reuniones, á la vez que un brillante tocado, una modestia falsa, una chocante susceptibilidad, prefiriendo que no se haga el bien si es que no se ha de hacer tal y como ella lo quiere.

Irá á confesarse con un sacerdote escogido y complaciente; porque si, como mujer de mundo, desea que se hable de ella, como devota quiere poder ocupar á su director. Se presenta al santo tribunal con tal suficiencia que parece decir al ministro de Dios:—"Sé bien, Padre mío, que turbándoos os hago un grande honor;" y si sus confesiones son frecuentes, es porque

nos divinas! ¡Podría decirse que son las manos de mi hija!" Esos sacerdotes olvidan que si San Pablo viniese á predicar en San Luis d'Antin, muchas señoras, lejos de volverse locas, lo juzgarían quizás muy feo y muy poco delicado con tal que el apóstol guardase el *incógnito*, pues que al anunciarse en su propia condición, esas mismas señoras enloquecerían por eso y juzgarían que no es pagar muy cara una emoción con sólo alquilar una silla por 10 francos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

puede con ese pretexto hablar mucho de sí misma y un poco de los demás. (1)

Así andan esas almas infelices, oscilando sin cesar entre Cristo y el demonio, entre el Evangelio y el mundo, entre el infierno y el cielo, entre Jerusalén y Babilonia, machacando juntos el maná del desierto y las cebollas de Egipto. Almas débiles que no tienen ni la audacia del crimen, ni el valor de la virtud; se agotan en transacciones estériles, y no cosechan sino la nada de una desesperante avidez.

III

¡Mujeres cristianas! vosotras seréis más generosas. No haréis una distribución que Dios rechaza. Jesús es un Dios celoso: no reclama sino el corazón, pero lo exige entero. "Ninguno puede servir á dos señores cuyos gustos son opuestos, porque si se agrada al uno se desagrada el otro." Para todas las cobardías que no se atreven á ofrecerle más que la mitad del imperio, no tiene Jesús sino una respuesta, la misma de Alejandro á Darío: "Como el mundo no tiene más que un sol, así tampoco puede soportar dos soberanos."

Lejos está de mí la pretensión de que el frecuente comercio del mundo sea absolutamente incompatible con la verdadera piedad. La perfección, dice San Francisco de Sales, no consiste en no ver el mundo, sino en no gustar de él. Por seductor que sea, una mujer podrá *prestarse* á sus fiestas, sin peligros, con tal que lleve á ellas al par de una inteligencia elevada, un corazón lleno del amor de Dios, de su esposo y de sus hijos.

(1) Lo más deplorable es que estas mujeres semi-paganas encuentran siempre *directores complacientes*, que jamás creen agradecer bastante la confianza que se les otorga, y en nada ponen tanto conato como en conservarla.

©Biblioteca Nacional de Colombia

El mundo es peligroso, particularmente para los *corazones vacíos*, porque en él se encuentra siempre á álguien demasiado dispuesto á llenarlos.

Lo que el Evangelio rechaza son esos acomodamientos, esas transacciones culpables que implican la tibieza ó la suponen.

¡La tibieza! Dios ha tenido para esta espantosa enfermedad de las almas una palabra terrible: "Ojalá, nos dice el Espíritu Santo, que fuéseis fríos ó calientes; mas, porque sois tibios, ved aquí que no puedo toleraros y os vomitaré de mi boca." Es ésta, señoras mías, una palabra que vosotras no me habríais perdonado á mí; pero el Señor tiene derecho á ser más atrevido que los hombres.

Bien sé que nada es imposible para la gracia de Dios, cuando al cabo encuentra una voluntad decidida y valerosa. Ciertas posiciones sociales tienen sus exigencias, también lo sé, y ruego á las almas timoratas que no se turben por ello. Pero sé igualmente que el verdadero amor es generoso y no egoísta; libre y no esclavo; circunspecto y tímido en vez de temerario y presuntuoso, mientras que el carácter de la piedad que os denuncio es no solamente ingratitud sino también presunción.

Una alma que en la conducta ordinaria de la vida calcula siempre hasta qué punto puede avanzar sin ofender á Dios gravemente, se expone de ordinario á traspasar el límite.

En efecto, ¿quién puede asegurarnos que en esas rebuscas positivas y contínuas de nosotros mismos, en esas delicadezas excesivas de que con tanta afición nos rodeamos, en esas impresiones libremente provocadas que nos hacen trepidar, en esas murmuraciones frecuentes respecto de las cuales no nos hacemos el menor escrúpulo; en esas condescendencias demasiado fáciles respecto de ciertas exigencias ilegítimas, quién, repito, puede asegurarnos que el amor propio no

©Biblioteca Nacional de Colombia

llega hasta el punto de destruír en nosotros la caridad?

¿Quién puede asegurarnos que, siendo todos esos actos espontáneos, reflexivos, aceptados como elemento esencial de nuestra vida, no vengan á hacer nulas nuestras confesiones y algunas veces sacrílegas nuestras comuniones?

¿Quién podrá lisonjearse de determinar con precisión la línea desde donde comienza la muerte y acaba la vida?

Por otra parte, aun cuando se suponga que esas faltas son en sí mismas impotentes para destruír en nosotros la vida de la gracia, ¿no es bastante que la debiliten ó la disminuyan? Empero eso es lo que siempre sucede: Dios concede sus dones en proporción del ardor con que se les aprovecha, y acaba de ordinario por retirarlos del todo á las almas que no los aceptan sino para abusar de ellos.

Una dama célebre, á quien vosotras todas conocéis, cuando menos por la fama, Madama de Sévigné, había tomado por emblema suyo una golondrina con estas palabras por divisa: "El frío me espanta." Es esta una manera graciosa de decir: Amo y quiero ser amada: huyo de los lugares en que encuentro la civilidad y no la simpatía: no gozo sino con los corazones que favorecen la expansión del mío por medio de la reciprocidad.

"¡El frío me espanta!" Yo me atrevería á decir que esta divisa de Madama de Sévigné es también la divisa de nuestro dulcísimo Salvador. "¡El frío me espanta!" Cuando encuentra una alma resfriada para con El, una alma que no sabe honrarle sino con los labios, que conserva vínculos permanentes con todo lo que le desagrada, y no tiene para El sino las fórmulas de una cortesanía vulgar, la reprende durante un momento por medio de los remordimientos, la persigue por algún tiempo más con sus inspiraciones, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

luégo, si á pesar de todo, permanece en su frialdad, acaba por retirársele por completo.

Entonces es cuando privada de esa dulce presencia, el alma cae de disgusto en disgusto, de un desfallecimiento en otro, hasta el momento en que salva por fin la débil barrera que hasta entonces la había separado del abismo, según estas palabras del Espíritu Santo: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco acabará por sucumbir."

Yo no exagero, señoras mías; el vicio tiene sus progresos como la virtud; y el que nos encuentra fríos, poco tardará en hallarnos indiferentes. Cuando un navío hace agua, pronto se sumergirá si la tripulación se descuida; y la experiencia nos enseña que las más de las grandes caídas han tenido por origen ligeras infidelidades. David fué indiscreto y ocioso antes de ser adúltero; Salomón se relajó en las delicias antes de que se le viese ofrecer sacrificios á los ídolos de las mujeres extranjeras. Judas amaba el dinero antes de poner precio á su Divino Maestro; Pedro fué presuntuoso antes de renegar de El, y Lázaro languideció antes de exhalar la infección. "¡Cuántos crímenes, exclama Bossuet, han comenzado por la sensualidad excitada por una flor!"

Que no os espanten mis palabras ¡oh mujeres piadosas! Si yo me dirigiera á los mundanos, á los que devoran la iniquidad como el agua, según la enérgica expresión del Profeta, les hablaría como San Pablo á los Corintios, y les diría:—Sed castos, sed justos, y que no se os vea renovar en medio de vosotros los horribles escándalos que nos han ahogado en el dolor. Pero me parece que de vosotras, las que tengan suficiente buena voluntad para leer estas páginas y meditar sobre ellas, representan con bastante propiedad la Iglesia de Filipos, que era tenida por la más fervorosa, y la que el Apóstol alababa sobre todas las demás. Vuestros bien dispuestos corazones aguardan, bien lo sé,

©Biblioteca Nacional de Colombia

consejos diferentes de los que se dirigen al común de los pecadores, y por eso me atrevo á repetiros lo que el Apóstol decía á los fieles de Macedonia: "Trabajad por vuestra salvación con temor y con temblor;" es decir, con un temor generoso como el amor y delicado como él, respecto de lo que pudiera desagradar al Divino Esposo.

Una alma generosa teme desagradar á Dios, del propio modo que un hijo bien nacido teme desagradar á su madre. Si llega á suceder que se conduzca mal, ¿qué se necesitará para que prorrumpa en llanto implorando el perdón? ¿que su madre lo castigue? No: basta que vea en sus ojos, en su semblante, una leve señal que le diga:—¡Hijo mío, me has mortificado! Ese hijo se entrega al desconsuelo, no porque tema, sino que detesta su falta porque ama á su madre de todo corazón.

Una joven me preguntaba un día con admirable candor:—"Padre, entre los mandamientos de Dios hay uno que nunca he podido comprender."—"¿Cuál, hija mía?"—"El primero, Padre mío: Amarás y adorarás perfectamente un solo Dios; ¿acaso mi madre me ha mandado alguna vez que la ame? ¿no aprende una eso por sí sola? En cuanto á mí, si el buen Dios me prohibiera amarla, me contristaría profundamente, ¡y creo que la amaría á escondidas!"

A Dios gracias, ninguna necesidad tenemos de emplear el peregrino estratagema de esa joven. Dios nos ordena amarle, "no solamente en secreto, sino que nos manda decirle con nuestras acciones y sacrificios cuál es nuestro afán por embellecer nuestra alma para complacerlo así, más bien que con nuestras palabras: ¡Dios mío, nada puede serme difícil porque os amo!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPÍTULO III

LA DEVOTA AMABLE.

El fruto no destruye la flor.—I. Las descontentadizas.—Las variables.—Las susceptibles.—II. Las caritativas.—Las hábiles.—III. Las pequeñas virtudes.—Suegra y nuera.—IV. Las viejas niñas.—Amabilidad de Jesús.

Cuéntase que la señora Condesa de Lesdiguières, muy rica y muy bella, tuvo á la edad de veintiocho años el valor de abandonar el mundo, que para ella no tenía más que sonrisas, y se consagró al Señor abrazando la vida religiosa. En el momento de separarse de Madama de Sévigné, su amiga, ésta la obsequió con un bello ramo de naranjo que llevaba este encantador lema: "El fruto no destruye en él la flor." Era el admirable símbolo de la piedad amable que sabe unir á la virtud que salva, la gracia que seduce y edifica.

La piedad debe ser amable, porque debe ser la "virtud engalanada," y porque nada hay tan amable como la virtud. Debe ser amable, porque siendo "el amor en los pequeños cuidados," se esfuerza por reformar en la conducta y en el carácter lo que pudiera dañar á la gloria de Dios perjudicando al prójimo. Esta es la piedad que San Francisco de Sales tuvo en mira cuando dijo: "Yo quiero que todas las personas piadosas hagan el oficio de la Reina Sabá: embalsamar á Jerusalén con sus perfumes difundiendo en ella el buen olor de Jesucristo."

I

"Nobleza obliga," dice el proverbio, y por lo mismo que una persona se dedica á la piedad, debe esforzarse más especialmente en la práctica de todas las

©Biblioteca Nacional de Colombia

pequeñas virtudes propias para hacerla agradable á todas cuantas personas la rodean. Desde luégo, pues, se mostrará siempre llena de benevolencia.

La benevolencia es una virtud que conviene admirablemente á aquellas personas á quienes la propia posición proporciona el raro privilegio de tener inferiores. La benevolencia es la fuerza que se ofrece en auxilio contra la falsa vergüenza, derrama en la fisonomía un brillo suave, da á la mirada aquel destello dulce y simpático, imprime en los modales aquella sencillez, aquella bondad cuyos encantos y bendita influencia tanto conocen los débiles, los ignorantes y los desgraciados. Es la benevolencia la que inspira esas atenciones exquisitas, esos procederes delicados, esas palabras deliciosas que refrescan el alma, alientan la timidez, conquistan la confianza y desatan uno á uno los duros lazos del encogimiento. En fin, es ella la que, sin dar alas á la presunción y sin comprometer la dignidad, hace decir de la mujer que de ella se muestra pródiga: ¡Oh! ¡cuán buena es!

Por desgracia, no es raro encontrar, aun entre las personas que practican las exterioridades de la piedad, almas que parecen del todo desprovistas de tan amable virtud.

Se ven algunas que, pretenciosas por carácter, regañonas por naturaleza, exigentes hasta más allá de lo posible, parecen permanentemente preocupadas y celosas de su dignidad y de sus derechos, y reciben sin gratitud todos los servicios de que son objeto.

Hablo particularmente de ciertas señoras en sus relaciones con sus sirvientes.

Así estamos hechos: exigimos mucho de los demás y muy poco pensamos en lo que los demás tienen derecho á exigir de nosotros. Es indudable que, si para ser señora de casa fuese necesario reunir todas las cualidades que las sirvientas exigen de sus señoras, habría muy pocas sirvientas capaces de ser señoras de

©Biblioteca Nacional de Colombia

casa. Pero en cambio, preciso es también decirlo, si fuera indispensable para ser sirvienta tener todas las cualidades requeridas por las señoras, muy pocas serían las señoras capaces de ser sirvientas.

En estos nuestros tiempos, muy sabido lo tengo, es más difícil que nunca estar bien servido. El espíritu de independencia lo ha invadido todo, hasta las sirvientas. Hay en el mundo muchas señoras que han abdicado el gobierno para convertirse en esclavas, unas por debilidad, otras por haber exigido "ciertos servicios," que demandan un silencio siempre muy caro. Pero se puede ser buena con dignidad, y raras veces la virtud origina desastrosos resultados.

"La flauta y el harpa, nos dice el Espíritu Santo, forman una dulce melodía; pero una lengua dulce, sobrepuja á la una y á la otra." Bienaventurado el hombre dulce, nos dice también, porque multiplicará sus amigos y triunfará de sus adversarios. Bienaventurado el hombre dulce, porque su vida se deslizará dichosa por entre corazones libres que mirarán como una felicidad el servirle y sentirán alegría complaciéndole.

Ved ahí una niña que no há mucho vino del campo á serviros. Estáis encantada con su fidelidad, con su presteza, con su discreción y su buen humor.

No digas, mujer cristiana: me sirve bien porque la pago bien. No: esa niña te trae su trabajo á cambio de tu salario. Pero con sus brazos ha traído también una alma que se percibe á sí misma, y un corazón que tiene necesidad de amar. Así tú, quizás sin saberlo, dilatas ese corazón todos los días con una palabra cariñosa, con una sonrisa benévola, que parece decirle:—Niña, eres para mí como una hija, y no una extraña; si todavía no eres una joven completa, pronto llegarás á serlo con tal que te aproveches de mis consejos. Valor!

La pobre niña recogerá esa sonrisa, esa palabra, y

©Biblioteca Nacional de Colombia

las guardará para decir dentro de sí, por la noche, al entregarse al sueño, después de su última oración: ¡Gracias, Dios mío, porque al darme una ama buena, casi me has devuelto mi madre!

Una mujer piadosa, para ser amable, tratará de mostrarse paciente y de dominar lo bastante las conmociones penosas de su alma, á fin de turbar lo menos posible la serenidad de su semblante. Tratará de disimular, según la necesidad, una antipatía; podrá soportar una impertinencia, aceptar una repulsa, resignarse á un reproche, á una contrariedad, á un sufrimiento. ¡Pero cuán raras son las personas piadosas que tienen siempre ese valor! ¡Cuántas las que nada saben sobrellevar!

Una visita intempestiva, una pregunta repetida, una palabra inconsiderada, que un vaso se rompa por la inquietud de un niño ó por el aturdimiento de un criado, bastarán y sobrarán para sacarlas de quicio. Refunfuñarán por todo un día á causa de la menor repulsa de que hayan sido objeto; tomarán como efecto de un capricho ó de la mala voluntad, lo que no es más que fruto de una razón ilustrada ó de una prudente economía. ¿Qué sé yo? Tal vez diría demasiado si lo dijera todo; y me limitaré á indicar á los maridos, que muchas señoras cuentan ordinariamente, para la satisfacción de sus inmoderados deseos, con dos cómplices igualmente hábiles y temibles, "la jaqueca y el médico!"

Una buena esposa sabrá practicar esta máxima: "Acoged vuestros pensamientos como á huéspedes; tratad vuestros deseos como á niños; y no será de aquéllas de quienes ha dicho el poeta: 'Que se enseñan sus ojos á llorar;' hará que mienta este proverbio italiano: 'Las mujeres se parecen al cocodrilo: lloran para apoderarse del hombre; y una vez que lo han cogido, lo devoran."

Otras hay que no saben avenirse en una enfermedad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Indudablemente las personas que sufren, merecen toda nuestra compasión, digo más, sus necedades merecen toda nuestra indulgencia.

Cierta dama célebre ha dicho: "Nuestras penas entran por mucho en nuestros defectos." ¡No puede darse un modo mejor de decir esa incontestable verdad! No es por cierto muy difícil mantenerse amable cuando se es feliz y se goza de buena salud. Si hay algún mérito en conservar la amabilidad, es cuando está una continuamente atormentada por esos sufrimientos que bastan para entristecer la vida, sin tener esa poesía que llevan consigo ciertos grandes dolores.

Empero, hay muchas mujeres, cuyas necedades ó defectos no tienen otro origen que las faces más ó menos caprichosas de ese martirio vulgar. Ellas merecen también que se las atienda más bien como á enfermas que como á pecadoras.

Lo que sí merece deplorarse es esa flojedad que favorece el mal y multiplica sus desastrosos efectos, á tiempo que deberíamos saber emplear toda nuestra fuerza de alma para restringirlos ó dominarlos.

Así, hay personas tristemente notables por este aspecto. El menor malestar modifica su carácter hasta el punto de hacerlas insoportables á aquéllas sobre quienes pesa la triste misión de servirlas, ó que por caridad han emprendido tan penosa tarea. Para que estén satisfechas, lo que no siempre se logra, es preciso que cada cual se apresure en torno suyo, como los indios, perdóneseme la comparación, al rededor de los animales sagrados que adoran en sus pagodas. Al ver sus excesivas exigencias, se diría que no pueden tener alivio hasta no haber hecho que enfermen abrumadas por las fatigas las personas que á fuerza de consagración se dan trazas de curarlas.

Esto es aplicable, sobre todo, á aquéllas que han llegado á cierta edad y no tienen ni la fe, ni la virtud bastantes para no afligirse demasiado.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Nada hay más penoso que cuidar una mujer anciana que permanece mundana y cae enferma, y son muy pocas las que merecen que se les aplique lo que dijo Bossuet de cierta célebre princesa: "Fué benigna para con su enfermedad."

Otras hay que, sin motivo aparente ni real, presentan el triste espectáculo de un temple de ánimo que varía á cada instante. Ora ardientes, ora nebulosas, ya risueñas, ya sombrías, realizan el singular contraste de todas las estaciones y de todos los climas. Hoy pudiera decirse que se contempla la Italia con su primavera y su cielo azul, y mañana la Siberia con sus nieves y sus escarchas. No se sabe por qué lado tomarlas; se ignoran los medios de agradarlas, porque para ellas toda atención es insuficiente.

Preguntad á la señora, por qué ríe, por qué riñe, por qué canta, por qué llora; por qué ese traje que la enloquecía ayer, esa amiga que poco há era su amiga inseparable, le desagradan hoy; ella nada sabe de eso, ¡es que ella es así y ese su genio!

Las mujeres están muchísimo más sujetas que los hombres á esas bruscas variaciones de humor, sin duda porque son más sensibles, más nerviosas; pero también porque ellas reflexionan menos, y porque por el temor de ser incivil ó de pasar por tal se les dice menos la verdad.

La extravagancia del humor es también el gaje de los ricos que después de haber abandonado á Dios, han abusado de sus riquezas. "Todo les es gravoso, dice Massillon, y son carga hasta para sí mismos. Sus proyectos se destruyen unos á otros, y de ellos nunca resulta más que una incertidumbre universal que el capricho forma, y que sólo el capricho puede fijar: sus órdenes jamás son, un momento después de dictadas, los intérpretes seguros de su voluntad. Se les desagrada obedeciéndoles; se necesita adivinarles, y, sin embargo, son de continuo un enigma inexplicable

©Biblioteca Nacional de Colombia

para ellos mismos." "Todos sus pasos son, dice el Espíritu Santo, vagos, inciertos, incomprensibles. Si se juzga conveniente dedicarse á seguirlos, se les pierde de vista á cada momento. Cambian de dirección, y aun perdiéndose uno con ellos, todavía no los encuentra. Se cansan de los homenajes que se les tributan y se enfadan porque no se les prodigan. Los servidores más fieles los importunan con su sinceridad, y nada mejor logran con su complacencia."

¿Queréis ser amables de ordinario y estar siempre de buen humor? Estad siempre en paz con vosotros mismos; estad siempre en paz con Dios.

La mujer piadosa para ser amable debe saber excusar las intenciones para disponerse mejor al perdón y hacerlo más fácil.

Una de las propensiones más irracionales de nuestra naturaleza es la de buscar una intención hiriente en algunas acciones que nos mortifican, y querer imponer á los demás, por interés de nuestra propia satisfacción, correcciones á que no sabemos sujetarnos.

Qué! ¿Acaso esos defectos que un hombre no domina por el interés de su conciencia, de su alma, de Dios mismo, podrá corregirlos tan sólo porque nos incomodan? ¿No le veis sin cesar abusando de su libertad en daño propio, mucho más todavía que en vuestro daño?

Alguien os dice que tal persona ha abrigado un propósito que os hiere; habéis sido víctima de un procedimiento que tomáis por una afrenta; fracasa tal combinación vuestra, de la cual os prometiais un éxito seguro, y entonces decís:—"¡Tengo enemigos!" Pero os lisonjeais, porque no á todos les es dado tener enemigos: éstos quizás son más raros que los amigos.

Lo que hay en realidad es sólo que todo lo que no es benevolencia nos parece enemistad. La ligereza nos hace sufrir mucho más que la maldad; los golpes de aquélla son más frecuentes, precisamente porque

©Biblioteca Nacional de Colombia

ignora que son tan dolorosos. ¿Qué enemigo ha podido nunca hacernos tanto mal como el que nos hemos hecho á nosotros mismos? Y, sin embargo, no es por cierto porque nos falte amor para con nuestro propio ser.

Ved ahí cómo es que razona una alma verdaderamente generosa, con el fin de tener menos agravios que reprochar á sus semejantes.

Si á pesar de toda su indulgencia, se ha visto objeto de actos que son el resultado de un odio evidente, se da prisa á olvidarlos: su memoria se asemeja á esos cernidores que usan los buscadores de oro en México: deja caer la arena, esto es, los recuerdos penosos, para no reservar sino los granitos de oro: es decir, que guarda siempre fresco y vivo el recuerdo de las acciones gratas de que ha sido objeto, ó de los beneficios de que se la ha colmado.

II

La mujer piadosa que quiera ser amable, sabrá, llegado el caso, posponer sus propios gustos y sus propios juicios á los gustos y juicios de los demás, desde luego para evitar las querellas y conservar la paz. "La mujer fuerte, nos dice el Espíritu Santo, es la alegría de su marido; ella llenará de paz los años de su vida." Pero en contraposición añade: "Vale más vivir sobre un tejado que habitar un palacio con una mujer pendenciera. Ella es como techo que gotea en un día de lluvia."

Feliz la pareja de la cual se pueda decir lo que refiere la Escritura de Zacarías y de su esposa: "*Ambulabant sine querela*; atravesaban la vida juntos en perfecta armonía." ¡Pero no es este ejemplar para muchas sólo un sueño?

Cuéntase de Santa Isabel que cada vez que su marido partía para un viaje, ella vestía luto, y que á su

©Biblioteca Nacional de Colombia

vuelta tornaba á vestir sus trajes de gala. Para muchas mujeres las cosas han cambiado muy notablemente desde los días de Isabel para acá! ¡Cuántas vemos que son amables en donde quiera, menos en la intimidad de la familia!

Ved un pobre marido que vuelve al hogar fatigado por la carga de la vida exterior; no exijáis que se dirija á vosotras sonriendo: á vosotras os toca salir al encuentro de su pena con vuestra sonrisa; y esa sonrisa debéis tenerla ahí, lista, aparejada con una palabra buena, un silencio hábil, una pequeña sorpresa, con ese no sé qué, que no tiene nombre, cuyo secreto poseéis vosotras siempre y cuando queréis ser amables. ¿Pero lo queréis siempre? Cuántos maridos hay que encuentran la acritud allí donde vienen á buscar un hilo de miel, una espina donde buscan la rosa, una tempestad en el cielo en que la esperanza les mostraba un arco-iris. (1)

Por el más simple agravio, á propósito de cualquiera friolera, la señora tomará una actitud de víctima que parecerá decir á ese noble corazón que acaba de esforzarse para sostener su lujo:—¡Vaya, tú eres un verdugo y un perjuro! ó todavía esto más:—¡Vaya, retírate, yo me resigno, porque tú eres impotente para hacerme feliz! Si esa mujer es frívola, aunque sea adicta á su marido, le proporcionará la más cruel decepción. Así, en el momento en que éste

(1) Al pasar el Emperador José II por Stuttgan, el Duque de Wurtemberg le obsequió con espléndidas fiestas que atrajeron una multitud de extranjeros. Una joven francesa se trasladó allí con su marido. El aposentador del Duque iba colocando á cada cual según su rango; y para no faltar al uso preguntó á la joven cuál era su condición. Sorprendida por la pregunta, ella le contestó riendo:—*Acariâtre* (agria).—*Acariâtre!* repitió el bueno del alemán, poco ducho en punto á lengua francesa, no conozco esa dignidad. Pero lo mismo es, eso debe significar cosa cumplida; pasad, señora, y colocáos entre las baronesas. Con este título muchas mujeres podrían ocupar el rango de las baronesas, porque muchas tienen *aquella cualidad;* pero en cambio, muchos hombres temerían sentarse en esa fila.

©Biblioteca Nacional de Colombia

cree que va á sentir las templadas y vivificantes emanaciones de un corazón amante, las caricias de un ángel adorado, oirá de repente á ese ángel decirle, gesticulando :—¿ No es cierto que serás menos avaro y que contaré con aquel magnífico adorno que tú sabes ?

Esposas cristianas, vosotras sabréis olvidaros de vosotras mismas para ser más consagradas. En vez de constituír el tormento de vuestros esposos por las exigencias exageradas de un lujo origen de querellas, ó por las amargas quejas de una excesiva sensibilidad, seréis para ellos ángeles de consuelo á fuerza de delicadeza y de dulzura.

Es la dulzura tanto más necesaria á las mujeres, cuanto es menor la suma de poder con que cuentan para apoyar sus deseos ó sus cóleras.

Hechas para obedecer á un sér imperfecto como el hombre (por más que digan lo contrario los discursos fascinadores en que se les predica su emancipación), sin tener más que sus lágrimas para triunfar de su señor, de su tirano á las veces, deben, con tiempo, aprender á sobrellevar sin ruido hasta la injusticia.

La mujer debe manifestarse dulce, no sólo por amor de Dios ó por caridad hacia el prójimo, sino por propio interés. La aspereza, la terquedad de una esposa, nunca harán otra cosa sino multiplicar sus penas, multiplicando los malos procedimientos de que es víctima.

El hombre siente en sí que no es con tales armas que se le puede vencer, y la cólera, cuando está unida á la debilidad, nunca logra otra cosa sino el ridículo.

El Cielo no hizo insinuante y persuasiva á la mujer para que luégo se trocara en áspera ; no la hizo débil para que fuera impetuosa ; no le dió voz melodiosa para que profiera injurias, ni rasgos tan delicados para que los desfigure con tempestuosos arranques de enojo. Las más de las veces puede ella tener

©Biblioteca Nacional de Colombia

razón para quejarse, pero siempre hará muy mal en reñir. Para ella principalmente es que ha dicho el Espíritu Santo: "La palabra dulce aplaca la cólera; la palabra dura excita el furor."

Se refiere que al saber Luis XIV la muerte de la Reina, su esposa, á quien había abandonado tan cruelmente, exclamó derramando lágrimas:—"Este es el primer pesar que me ocasiona!" Feliz la esposa que haya conseguido ser tan vigilante, tan alegremente consagrada, que merezca por parte de su marido esa magnífica oración fúnebre. Raras veces éste, por más que esté sumergido en el funesto letargo de la indiferencia, no despierta un día conmovido, subyugado, en presencia de tánta gracia unida á tánto heroísmo.

Una mujer santa tendrá también, á las veces, el buen tino de prescindir de sus costumbres y hasta de su propia dignidad para prestar un servicio á su prójimo. A propósito, ¿quién no conoce el rasgo de exquisita condescendencia que se lee en la vida del santo Obispo de Génova?

San Francisco de Sales tenía un criado que sentía vivísimo deseo de casarse, y, como es natural, ambicionaba un buen partido; pero, ¿cómo dar con él? Esto era lo que lo embarazaba. Si voy yo mismo, se decía, á manifestar mis intenciones, me enredaré todo; se me tendrá por un necio, por un tonto, y, ¡adiós mis bellas esperanzas! Si fuera capaz de escribir una carta bien meditada, bien correcta.... Púsose, pues, al punto á escribir. De improviso el santo Prelado se presenta en el cuarto, y el criado se afana por ocultar prontamente la pluma y el papel.—Francisco, le dice el Santo, de seguro estabas completamente absorto, pues que há largo rato que te llamo y no respondes. A propósito, ¿como que estabas escribiendo? ¿Qué cosa tan interesante escribías, para que mi llegada aquí te haya perturbado por completo? Visto que el pobre muchacho vacilaba para

©Biblioteca Nacional de Colombia

responder, el santo Obispo se acerca y echa un rápido vistazo sobre la famosa carta comenzada.—¡Ah! comprendo, querido Francisco; es que pretendes casarte. Tienes la edad para ello, y á fe que no adoleces de mal gusto; pero en estas ocasiones no es así como se manejan las cosas. Dáme tu pluma. Y el Santo se puso á escribir, en sesión permanente, una carta que entregó á su criado, diciéndole:—Cópiame eso con toda exactitud y limpieza, y te respondo del resultado. Así sucedió en efecto. Se vió que el muchacho no se expresaba mal, y luégo, luégo quedaron colmadas sus aspiraciones.

Ved ahí hasta dónde quiso de buen grado descender la caridad de un Obispo, y de un Obispo como San Francisco de Sales, sin que hasta hoy en ninguna parte se haya dicho que aquella admirable condescendencia sirviera de obstáculo para su canonización.

III

Las virtudes pequeñas, poca cosa son en apariencia; los hombres poco las estiman, pero Dios conoce su valor y las recompensará sabiamente. Puede decirse que á sus ojos las pequeñas virtudes son las grandes, desde luego, porque son más meritorias, y son más meritorias porque son las más difíciles.

Se presenta la ocasión de practicarlas, no una sola vez en la vida, sino todos los días, y frecuentemente en cada instante del día, y eso sin provecho alguno para el amor propio, porque el mundo las explota sin admirarlas. Se practican en la intimidad, en el seno de la familia ó de la comunidad, de ordinario inconscientemente, y en medio de la indiferencia de aquéllos que, también sin saberlo, hacen obligatorio su ejercicio.

El mundo estima y admira aquello que hace ruido y lo que brilla, de modo que no gasta incienso sino

©Biblioteca Nacional de Colombia

para las grandes virtudes, y en ocasiones hasta para las grandes iniquidades. Pero Dios no juzga como los hombres; y cuando llegue el día de sus grandes justicias hará luz sobre muchas renunciaciones, sobre multitud de heroísmos que lo han tenido á Él por único testigo.

Ved esa pobre mujer atormentada por su temperamento achacoso, abrumada por un fastidio mortal. Su fervor se ha apagado, ó al menos practica todos sus ejercicios sin gusto, sin consuelo, sin sentir nada, como no sea un inexplicable malestar que le deja apenas la fuerza necesaria para que tenga conciencia de su miseria. Su corazón está helado, su imaginación vagarosa; no sabe cómo está para con Dios ni para consigo misma. Lamenta su impotencia, mas es tal su extenuación, que apenas le queda la energía necesaria para ofrecer á Dios su estado en oblación.

Para colmo de desdicha, esa mujer sabe que se han calumniado sus intenciones; que se conversa maliciosamente de sus defectos, que ella primero y más que nadie lamenta, ó bien hasta se le hace sentir por medio de ciertos procederes, que está sirviendo de carga, y que si se la soporta es á fuerza de paciencia!... ¡Dios del Cielo! Vos que sondeais los corazones, sabéis cuánto será el peso que tengan en la balanza en que pesáis los méritos una respuesta dulce dada en tal situación á una pregunta superflua, y un servicio hecho con atención en una necesidad muchas veces frívola.

Las virtudes pequeñas son con frecuencia las grandes virtudes, porque son las más indispensables para la vida social y para la armonía que forma la felicidad de esa misma vida.

¿Cómo es, pues, que tan difícilmente viven juntas las mujeres? ¿Qué es lo que las divide y las malquista ajándolas? ¿Serán tal vez las grandes pasiones? No, sin duda son más bien las pequeñas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Luis XIV decía, refiriéndose á dos mujeres muy notables:—"Me cuesta mucho más trabajo mantener la armonía entre estas dos mujeres, que pacificar la Europa!" ¡Cuántos maridos, al ser menos pacientes y menos discretos, podrían lanzar la exclamación de Luis XIV! He visto muchas maravillas en mi vida, pero ninguna tan rara, y por consiguiente más admirable, que la de una suegra que viva en perfecto acuerdo con su nuera. Es posible que ambas sean piadosas y que hasta se las vea confesarse frecuentemente. Nadie se atrevería á decir que cometen sacrilegio, porque una y otra son sinceras y bien intencionadas; y, sin embargo, se las verá chocarse recíprocamente y martirizarse á alfilerazos.

¿Y eso por qué? Porque nunca tendrán el buen sentido de hacerse fácil una mutua concesión. ¿Qué necesitarían para vivir dichosas y para hacer feliz y no mártir al que sufre por contragolpe todos los ataques de esa guerra intestina? Bastaría que la madre se resolviera á decir:—Ciertamente, su marido es mi hijo; ella es hija mía; ambos me deben respeto y deferencia; pero al cabo están casados, y un esposo debe amar, sobre todo, primero á Dios y luégo á su esposa. Ella es la señora, porque es su mujer; y si yo quería conservar el mando, no he debido entregarle mi hijo.

La nuera, á su vez, debería comprender que siempre es muy penoso para una madre el verse relegada al segundo lugar en los afectos de un hijo, después de haberlos poseído por largo tiempo sin ajena participación. Debería saber preparar suavemente la transición; no olvidar jamás que su suegra merece su respeto, porque es anciana, y su cariño filial, porque es su madre. Debería indemnizarla á fuerza de buen manejo del dominio que ha perdido; y para esto, ¿qué necesitarían una y otra? Pequeñas virtudes para moderar y reprimir á la medida de la necesidad sus pasioncillas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Las pequeñas virtudes con frecuencia obran milagros en casos en que las grandes se hallarían impotentes.

Hacía muchos años que un Alcalde estaba malquisto con el Cura del lugar; y en vano se había hecho todo lo posible para reconciliarlos. Monseñor de Cheverus, cuya admirable dulzura dejó en la Diócesis de Burdeos tan grato recuerdo, llega un día á la Parroquia que por tanto tiempo ha sido testigo de aquella deplorable enemistad: se desmonta en la casa del señor Alcalde, quien se manifiesta entusiasmado por semejante honor.—Señor Alcalde, le dice Monseñor, ¿tendría usted la bondad de hacerme un servicio?—Estoy á vuestra disposición, Monseñor. Este al punto aprisiona al señor Alcalde entre sus brazos, diciéndole: —"Hágame usted el favor de llevar este beso al señor Cura!....." El Alcalde cumplió la comisión y la paz quedó firmada inmediatamente. La dulzura y el amable proceder de un Arzobispo obraron un prodigio que nunca habrían alcanzado las amenazas del poder ni los recursos del genio.

IV

Las pequeñas virtudes son las más fecundas, principalmente porque contribuyen de un modo poderoso á hacer amar la piedad, haciendo amar las almas que ellas embalsaman con su delicioso perfume.

—"Yo quiero pertenecer á la religión de San Francisco de Sales, exclamaba una señora protestante, porque sólo la religión verdadera es capaz de hacer tan amable á un hombre."

Tal es el razonamiento que se hacen muchas almas subyugadas por los atractivos de la virtud, y jamás podremos nosotros conocer el sinnúmero de prodigios que realiza este admirable apostolado. Pero también es muy fácil razonar de un modo enteramente contrapuesto, cuando se tiene la desgracia de ver aliadas á

©Biblioteca Nacional de Colombia

los defectos más ruines, las exterioridades de la piedad y los manejos más propios para ajar las almas un tanto delicadas.

Hay en el mundo cierta clase de personas cuyo solo nombre pasa sin razón por un sarcasmo. Quiero hablar de las "solteronas."

Entre ellas hay muchas que edifican por su devoción, regocijan á los verdaderos servidores de Dios, indemnizan al Salvador del olvido de los indiferentes con su fervor, y prestan incalculables servicios á los Ministros del Santuario con su celo.

Permanentes en su condición de solteras, con frecuencia por su fe en una promesa falaz, por fidelidad á un corazón veleidoso que apenas si se digna honrarlas con un recuerdo, ó por consagración á sus padres, y sobre todo por amor á la virginidad, las más se redimen por medio de admirables virtudes, de defectos que provienen, en no pequeña parte, de su posición.

Su aislamiento es el resultado de un sacrificio ó de un infortunio. En su necesidad de amar, se constituyen voluntariamente en madres de los que carecen de ella: se dedican á los pobres, á los huérfanos, á los hijos de una hermana. Para esos niños en pañales ella es la buena "tía arrulladora;" es ella quien más tarde los cuida, los viste, los lleva á pasear; para ellos tiene siempre su memoria, en alguno de sus escaques, un cuento que los divierte, en su gaveta una golosina que los atrae; y su bondad reconocida le vale el honor de recibir, con toda puntualidad, el día de su cumpleaños, votos tanto más ardientes cuanto menos desinteresados.

Si de vez en cuando se muestra áspera, es porque su carácter se ha agriado. Ocupa poco espacio en la casa, y sus servicios son tanto más gratuítos cuanto que á fuerza de ser múltiples no excitan ni la atención ni menos la gratitud. (1)

(1) Por una flagrante injusticia, el mundo, tan severo al res-

©Biblioteca Nacional de Colombia

Seres de esta especie hacen amar la piedad y merecen toda nuestra veneración. ¡ Y por qué ha de ser que otras se les asemejen tan poco y parezcan apropiarse la tarea de inspirar disgusto profundo por la devoción, ó al menos de ofrecer á los mundanos pretextos para calumniarla !

Encarnación viva de un ruin egoísmo, la "doncella" de quien hablo, pondrá todo conato en oír la palabra de Dios, en asediar los confesonarios, en recargarse de escapularios, en ganar innumerables indulgencias, en explorar todas las capillas ; pero será incapaz de desprenderse de un óbolo, como no sea para colmar un capricho ó para satisfacer un rencor.

En su casa hace frío aun en la estación de los grandes calores.

¿Tendrá corazón ! Nadie se atrevería á asegurar que sí, excepto, por supuesto, sus animales favoritos. Aspera hasta más no poder, reñirá á su criada, aunque no sea más que por pasar el tiempo. Recorrerá el vecindario para saber las noticias, y las repetirá y las discutirá, aunque no sea más que para tener ocasión de encolerizarse.

La igualdad de su humor llega á la perfección : gruñe permanentemente.

Intolerante para con las personas, más bien que para con los principios, mide los grados de su piedad por la facilidad con que se escandaliza, y por el celo que despliega para censurar. Descontentadiza y susceptible, se da tales trazas que acaba por turbar la paz del santuario mismo con sus refunfuños y envenenados cuchicheos. Muy poco mortificada por sí misma, aleja la caridad hasta mortificar á los que la rodean ; los ayuda así á tejer una corona más bella

---

pecto de nuestras vírgenes cristianas, concede amnistía al celibato en el hombre. Y, sin embargo, ¿ qué cosa es un solterón ? Ah ! muy frecuentemente se le podría definir así : "Un egoísmo dominado por una criada."

©Biblioteca Nacional de Colombia

para el paraíso, sin reflexionar que Nuestro Señor al encarecer con toda eficacia á cada cual que se mortifique, á nadie confirió la misión, harto fácil por cierto, de mortificar á los demás. Incapaz de amar y de hacerse amar, parece exclusivamente ocupada en supervigilar á las que tienen la dicha de ser lo contrario; en perseguirlas, en denigrarlas si lo cree preciso, y en prometerles por lo bajo las llamas eternas, creyendo que puede así garantizarse contra ellas. Todavía más: hostigará á los Ministros del Señor con su importuna asiduidad, y los comprometerá con las exhalaciones pestilentes de una implacable envidia. Al ver cómo obra, al oírla hablar, se diría que increpa á la pobre humanidad el que haya sido capaz de apreciarla en tan poco.

¿Qué digo? De tal manera procede, que causa espanto el verla acercarse "periódicamente," á la mesa santa para sumergir en el pozo helado que se llama su corazón, el Cuerpo adorable del dulcísimo Jesús.

¡El Divino Salvador! Por cierto no es ese el ejemplo que El nos ha dado. ¿Qué benevolencia igualó jamás á la suya? ¿Qué hombre fué nunca tan solícito para hacer un servicio, tan dulce en la acogida, tan divinamente seductor con su mirada? El se "prodigó;" esta sola palabra encierra toda su vida desde el pesebre hasta el Calvario, que fué el último acto de esa sublime prodigalidad. ¡Qué admirable igualdad de ánimo! ¡Ningún hombre tuvo tantos motivos para irritarse, ninguno se vió como él presa de las insidias, de los inconvenientes de tantas pasiones grandes ó pequeñas. Ninguno fué tan dulce en la contrariedad, tan indulgente para con los débiles, tan paciente para con la impertinencia!

Jamás se le vió entregarse á los trasportes de una alegría inmoderada; pero tampoco se vió nunca velada por la tristeza lúgubre, la serenidad de su adorable semblante. Fué siempre la dignidad en la manse-

©Biblioteca Nacional de Colombia

dumbre; y basta mirarlo en ese espejo que se llama el Evangelio para postrarse ante su arrebatadora fisonomía.

¡Que diré de su condescendencia! Benigno en sus discursos, cumplido para con todos, sabe prestarse con todo el mundo para la mayor gloria de su Padre, y para mayor alegría de los que lo buscan. Se le invita á las bodas; sabe que regocijará á toda la concurrencia, manteniéndola, sin embargo, en la mayor circunspección, y acude acompañado de su santa Madre y todavía más, á los postres se manifiesta benévolo hasta obrar su primer prodigio multiplicando aquel líquido del cual dice el Espíritu Santo "que alegra el corazón del hombre!"

Se le vió acariciar y bendecir á los niños, acoger con bondad á las pobres mujeres, aceptar la hospitalidad de Zaqueo el publicano, sin rehusar la de Simón el fariseo, entrar en conversación con la Samaritana, sin indignarse por la ligereza casi impertinente de sus observaciones, y recibir á Magdalena y aceptar sus perfumes con una indulgencia que llega á despertar murmullos. En una palabra, en todas partes siempre se manifiesta, aunque Dios, perfecto hombre de sociedad.

Yo no sé, señoras mías, si alguna vez habréis meditado sobre esta faz admirable de la vida y del carácter de nuestro divino Salvador; pero en cuanto á mí, veo en ella una de las pruebas más palpables de su divinidad. Nuestro Señor se presentaba como Dios ante la humanidad; quería hacerse oír y adorar como tal. Si no hubiese sido más que un hombre, ¿qué habría hecho? Lo habría establecido. Habría afectado en su palabra, en sus actos, en su persona algo grandioso, algo desmedido, algo que hubiera hecho decir de él: ¡Este no es sólo un hombre! Pero no: El tiene en tal manera la conciencia íntima de su propia divinidad, que ningún cuidado se toma á este respecto,

©Biblioteca Nacional de Colombia

y lo más adorable que hay en El, es que es divinamente "verdadero," divinamente natural. La naturaleza divina se deja ver en toda la sublimidad de sus perfecciones; pero la naturaleza humana también se hace visible en toda la sencillez de sus emociones legítimas. En El el hombre no desaparece nunca, y la naturaleza goza de todos sus derechos; pero al propio tiempo las virtudes se manifiestan sin debilidad, sin tacha, y tanto más divinas cuanto mejor dirigen los sentimientos de la naturaleza; por esto son tanto más verdaderas, y es su verdad lo que constituye su divinidad. Jesucristo, como Dios, es la virtud misma, y como hombre, la encarnación de la virtud.

En El, el hombre y el Dios están íntegros: El Dios puede decir:—"¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" pero el hombre también puede exclamar:—"¿Quién de vosotros podrá convencerme de insensibilidad?" Ahí está precisamente lo que nos seduce y encanta como á la multitud que lo seguía; ahí, sobre todo, lo que nos anima á imitarlo, lo que hace que el modelo más acabado sea á la vez el menos desesperante.

Esforcémonos, señoras, en seguir las huellas de ese divino modelo. Si no tenemos ocasión de imitarlo en las grandes virtudes, de las cuales nos dió ejemplo, al menos sepamos ser amables imitándolo en las pequeñas. Guardémonos de caer en las tortuosidades de esa odiosa piedad que hacía decir á San Francisco de Sales estas palabras, hijas de una larga meditación:—"¡Hay personas que á fuerza de empeñarse en ser buenos ángeles, se olvidan de ser buenos hombres!"

Vosotras cuidaréis de evitar esa reprensión, sin omitir las prácticas más propias para alimentar una piedad ilustrada, y también sabréis hacerla amable; así podrá decirse de vosotras, al aspirar el perfume que exhalará vuestra alma, lo que se dijo de la rama de naranjo: "El fruto no destruye aquí la flor."

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPÍTULO IV

LA MUJER QUE SE ENRIQUECE Y LA MUJER QUE SE ARRUINA.

Yo no soy iconoclasta.—I. Piedad estéril.—II. Piedad fecunda.—Misión de la mujer.—III. Las obras llenas.—Melania.—IV. Medios propios para hacer llenas las obras.—Me proporcionáis placer.

Un día tuve ocasión de hacer una visita á cierta señora muy acomodada, que sin estar comprometida en el estado religioso ni en las dificultades del matrimonio, pasaba su tiempo en recitar el rosario, en cuidarse mucho, y en murmurar un poco; señora que, en una palabra, arreglaba su vida apacible evitando el tomarse demasiado trabajo para subir al Cielo. Al ver que yo me sorprendía un tanto de su filosofía, me hizo esta observación, que me dejó aun más admirado:—"Señor Abate, sabréis que no soy 'iconoclasta.'" (Los iconoclastas, como es sabido, eran herejes que tenían furor por la destrucción de las santas imágenes).—¿Y qué entendéis, le respondí, cuando me decís que no sois iconoclasta?—¡Entiendo que teniendo el insigne honor de ser "la imagen de Dios," debo, ante todo, cuidar esa imagen, y la cuido!

I

Os reís, mis buenas lectoras, y me felicito por ello, porque vuestra risa me prueba que vuestro corazón rechaza semejante justificación de la pereza y de la sensualidad, por más sutil que ella sea.

¿Qué he hecho yo, sin embargo, sino personificar en tan incompleto cuadro esa especie de devociones "estériles," con las cuales se cree haber hecho bastante por Dios, cuando apenas pueden ser lo necesario para

©Biblioteca Nacional de Colombia

evitar los remordimientos consiguientes á un gran desarreglo, sin que, por otra parte, ninguna acción meritoria haya marcado su inútil jornada!

¡Cuántas hay que parecen temerosas de ser iconoclastas, y nada las asusta tánto como maltratar la imagen de Dios, mortificándose, como si el amor no hubiera martirizado con una sangrienta inmolación esa faz adorable!

En efecto, no escasean las personas que parecen darse á la devoción, más bien para buscar en ella un recurso que el mundo les niega, que por procurarse un elemento de perfección. Llevando al Santuario una actividad que no son capaces de desplegar en otra parte, miden su piedad por el número de sus comuniones, por la profusión de sus prácticas, por la multitud de cofradías en que están inscritas, y por el enfado que causan á sus Directores.

Otras hay que, colocadas en una posición más elevada, y envueltas por razón de su estado, en un mundo cuyos escándalos saben evitar, no caen en el detestable escollo que acabo de apuntar; pero en cambio poseen el triste dón de perder su tiempo sin honra para Dios ni provecho para sí mismas.

Se rodean de una multitud de obligaciones ficticias, y bien pudiera decirse que toman como por tarea el encubrir su ociosidad real bajo un cúmulo de ocupaciones aparentes. Aquí es un niño cuyo mimo constituye la ocupación; allí son las amigas que hay que recibir ó visitar, para comunicarse mutuamente cosas ya sabidas, y que, además, es peligroso saber; y más allá, por último, son correrías ó compras lo que hay que hacer. Todas estas cosas se espacian, se dilatan hasta que en breve se tocan la una con la otra; y mucho será si en ese día prodigiosamente recortado, y con tanta ligereza desparramado por la imprevisión, queda lugar para leer una novela, para zurcir un artículo de modas, para arañar una variación en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

piano y echar un vistazo sobre el folletín de un periódico.

"El tiempo vale Dios, dice San Bernardo, porque es con el tiempo con lo que podemos ganar á Dios."

Nada diré de cierta clase de gentes que, no sabiendo qué hacer de su tiempo, lo pasan esmerándose en conservarse. Si hubieran tenido la desgracia de nacer inmortales serían los más miserables entre todos los séres. Una vida que no temieran perder nunca, no tendría para ellos ningún valor.

Esas gentes necesitan médicos que las amenacen para lisonjearlas y que les proporcionen diariamente el único placer que les es dado, el de no haber muerto.

Decididamente una vida semejante es demasiado estéril para que pueda ser piadosa; sus caminos no son los caminos del amor. El amor es, no solamente circunspecto, tímido y delicado, sino también activo, vigilante y fecundo. Solícito siempre que se trata de agradar al objeto amado, no reconoce medida; ningún caso hace de la fatiga, y se esfuerza en hacer más de lo que puede.

¡Mirad si no al Salvador! ¡Ved si El es estéril, si cuida de sí, si se atavía!

El adorable Salvador nos amaba, y de ahí que la humanidad le viera reclinar su infantil cabeza sobre las pajas de un establo, maltratar sus pies, tan tiernos todavía, pisando los guijarros del desierto, y descansar jadeante junto al pozo de Jacob! Nos amaba, y por eso los Apóstoles le vieron sudar sangre y agua bajo los olivos del huerto; y por eso se le pudo contemplar mostrando á la turba ingrata su faz oscurecida por la ignominia, y, jadeante, cargar su cruz hasta las cimas del Calvario para morir allí.

Una alma, para ser piadosa, sabrá, pues, obrar y dirigir su actividad convenientemente para hacerla fecunda.

Y para eso, ¿qué se necesita? ¿Crearse ocupaciones

©Biblioteca Nacional de Colombia

extraordinarias, ejecutar maravillas! Por cierto que no; porque si así fuera, tendríamos que deducir que para la inmensa mayoría de los hombres es imposible la perfección, puesto que los más están condenados á santificarse en el círculo monótono de una vida enteramente vulgar.

La Iglesia honra santos y santas que se han santificado en todos los estados. Santa Genoveva, era pastora; San Isidro, labrador; San José, carpintero, y María, la más pura de todas las criaturas, así como también la más grande, apenas hizo otra cosa que el oficio de una sirvienta, ó el de una pobre mujer de su casa!

II

Lo que Dios exige de nosotros es que sepamos, en primer lugar, cumplir todos nuestros deberes para con El. Así, la mujer piadosa se dará siempre trazas de tener el tiempo necesario para invocarlo á mañana y noche, en la oración, en compañía de sus hijos; sabrá acomodarse para poder adorarle frecuentemente en nuestros altares, asistiendo al santo Sacrificio; sabrá visitarlo de tiempo en tiempo para interrumpir el silencio que reina en torno de sus tabernáculos y nutrir su alma con todos los ejercicios propios para alimentar su fervor sin deslustrar su piedad. (1)

La mujer piadosa sabrá luégo desempeñar todos los

(1) Cierta señora rica y piadosa tiene la desgracia de que su esposo la ame con demasía. Este, animado de un celo excesivo por la salud de su esposa, la obliga á permanecer acostada hasta las nueve, y le hace llevar el almuerzo á la cama. Para mostrarse complaciente sin faltar á la misa ni sacrificar sus comuniones, la señora se entiende con la camarera, se levanta á las seis, se va á misa, en la cual comulga, y vuelve en seguida á acostarse. El ardid cuenta ya largo tiempo de práctica, ignorado por el bueno del marido, que se acerca regularmente á las ocho á demostrar á la señora que si se hubiera levantado más de mañana, irremediablemente habría cogido un romadizo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

quehaceres más ó menos penosos que constituyen los deberes de su estado. Madre de familia lo hará todo tan bien que podrá reconocerse en el retrato que el Espíritu Santo ha trazado al hablar de la mujer fuerte.

No se puede reflexionar sin emoción en la bienhechora actividad que despliega una buena madre de familia en su humilde habitación, para que su marido, al volver del trabajo, no se impresione demasiado por su desmantelamiento; para que los niños estén aseados y no sufran ni hambre ni frío.

De ordinario en un rincón del alojamiento, al lado de la cuna del recién nacido, está el camastro del abuelo, convertido en carga para los suyos después de una penosa vida de trabajo.

A fin de poder hacerlo todo, la pobre mujer se levanta antes de clarear el día y es la última que se recoge. Si le queda un instante de tiempo cuando ha terminado su tarea de cada día, se arma de su aguja y fabrica ó remienda la ropa de toda la familia.

Providencia de los suyos en todo y por todo, ella es quien se inquieta por sus dolencias, prevee sus necesidades, solicita al que suministra los víveres, apacigua á los acreedores, hace inocentes esfuerzos para ocultar la común penuria, y todavía, en medio de sus afanes y de sus penas, tiene palabras salidas del corazón, ¡para alentar á su marido, tranquilizar á su padre y regocijar á sus hijos!

¡Pobre mujer, Dios te ve y María te ama!

De esta manera la mujer fuerte sabe estar satisfecha en su casa. En vez de buscar fuera de ella distracciones que cansan ó triunfos que deshonran, finca su gloria en gobernar bien ese reducido reino que se llama una "casa." Consagra todo su genio al servicio de su corazón, para que, bajo su imperio, reine la paz en el orden y todo el mundo esté contento.

Durante sus momentos desocupados procura ador-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nar su espíritu con lecturas escogidas y serias, no para convertirse en bachillera (¡Dios la preserve de semejante enfermedad!), sino para hacer con propiedad los honores de una sala, llegado el caso; para mantener con su esposo la comunión de la inteligencia, tan á propósito para favorecer la unión de los corazones, y defender á tiempo con una buena réplica la religión que, mejor que su juventud ó su hermosura, hace de ella una reina.

En fin, si algunas veces sale de casa será para visitar á los enfermos, aliviar á los pobres, consolar á los afligidos y hacerse bendecir sembrando á su paso lo que Dios se complace más en tomar en cuenta, quiero decir, las buenas obras.

¡Las buenas obras! ¡Felices los que saben enriquecerse multiplicándolas! El arrepentimiento tiene innumerables puertas por donde entrar al corazón, pero jamás penetró por la del recuerdo de una buena acción; y es además rarísimo que nuestro buen Dios no se acuerde de alguna en la hora señalada por su misericordia, aun cuando nosotros la tengamos en completo olvido.

Un sacerdote confesaba á la hora de la muerte á un viejo soldado. Este demostraba un dolor tan grande de sus faltas y un sentimiento tan profundo de alegría mezclado de esperanza, aunque había vivido mal toda su vida, que admirado el sacerdote, le pregunta si examinando bien sus recuerdos no encuentra entre ellos el de alguna buena obra notable.—Ninguna, respondió el soldado, no hay en mi memoria sino iniquidades. Pero esto es un misterio, replica el sacerdote; buscad bien, pues aunque sea inadvertidamente habéis debido ejecutar alguna buena obra. —¡Ah! perdón, recuerdo una, una sola. Yo estaba en América: encontré un día á la orilla de un riachuelo á una negra que tenía en los brazos un niño, y se preparaba á arrojarlo á la corriente. De improviso me

©Biblioteca Nacional de Colombia

ocurrió un buen pensamiento, y le dije:—"Mujer. ¿quieres que tu hijo sea cristiano?—Cristiano, sea, me respondió, con tal que no sea esclavo como su madre. Entonces tomé de sus brazos al inocente pequeñuelo y lo bauticé, devolviéndoselo en seguida. Si ésta es una buena acción es la única que he hecho en toda mi vida.

Dios se había acordado de ella en ese momento supremo. Esas lágrimas, esa alegría, esa caridad que se desbordaban del corazón del viejo soldado, eran aquel bautismo que se le recompensaba á la hora de la muerte; porque escrito está que Dios no olvida el vaso de agua que una mano caritativa ofrece en su nombre al más pequeño de sus hermanos.

Una mujer generosa podrá contar entre sus buenas obras la de un amable y prudente apostolado.

Se refiere que el Emperador Conrado, que sitiaba una fortaleza de Alemania, encolerizado porque la guarnición se negaba á rendirse, juró pasar á cuchillo á todos los habitantes. En breve la plaza se rindió á discreción, y Conrado, perseverando en su ira, se propuso cumplir su juramento. Sin embargo, por un resto de cortesanía, hizo advertir á las mujeres que les permitía salir de la ciudad, "llevando consigo todo lo que fuera más precioso para ellas," antes de que ordenara la matanza. ¡Pero cuánta no fué su sorpresa cuando las vió desfilar, llevándose unas á sus maridos, otras á sus hijos ó á sus padres!

Pues bien, ¿me atreveré á decirlo? una virgen piadosa, una esposa verdaderamente consagrada y amante, una madre santa, deben esforzarse por salir de este mundo y comparecer delante de Dios un día, como en otro tiempo aquellas mujeres delante de ese Emperador: es decir, llevando sobre las alas de su caridad las almas de los séres queridos cuya salvación deben procurar á todo costo, aunque no sea sino para poder amarlos siempre.

©Biblioteca Nacional de Colombia

De las mujeres se puede decir que son ellas las que gobiernan el mundo, porque á ellas están sometidos casi todos los que lo gobiernan. Dios dirige el universo, á pesar de la libertad del hombre, y siempre logra sus fines á pesar de los obstáculos que esa libertad le suscita, porque "tiene en su mano el corazón de todos los hombres," y porque cuando se tiene el corazón se tiene todo.

Así la mujer gobierna en parte el mundo á modo de la Providencia, reinando en los corazones. Madre, es dueña del corazón de su hijo; esposa, posee el corazón del hombre maduro; hija, es árbitro del corazón del anciano; y si llegáis á preguntarme el secreto de ese imperio, no haré sino repetir lo que vosotras sabéis mejor que yo: hay un encanto al cual casi nadie puede resistir, el de la gracia unida á la debilidad, que es lo que ha hecho afirmar: "Que una bella solicitante puede más que una buena razón."

"Dios puso todo su poder en los ojos de la mujer," ha dicho no sé qué poeta. Yo no sé si diría la verdad, pero lo que sí sé es que Dios jamás toma posesión del corazón de una mujer por su virtud, sin poner á su servicio infinitos recursos.

San Jerónimo, el más austero de los doctores de la Iglesia, escribiendo á una noble dama romana, cuyo padre estaba todavía sumergido en las tinieblas del paganismo, le aconseja un ardid que le parece infalible para lograr la conversión de una alma tan querida: "Que vuestra hijita salte al cuello de su abuelo, le acaricie la barba y lo abrace hablándole de Jesús."

¿Cuál será el sexagenario que no aprende nada de su hija? ¿cuál el padre indiferente que no habiendo conocido á Dios, no obstante los llamamientos que El hizo á su corazón, al ver que su hijo se pone de rodillas todas las noches, ó se acerca por la primera vez á la mesa de los ángeles, no adivina en la sencillez de su oración, en la paz de su alma, algo del misterio

©Biblioteca Nacional de Colombia

que se acerca á su corazón para seducirlo con tan peregrina escena? Y luégo, ¿cómo sustraerse á un ángel de diez años que prodiga sus caricias, que persigue porque ama con el más puro, más sincero y más suave de los amores?

¡Oh ternura de los caminos de Dios! ¡El Cielo podrá decir cuántas almas han sido el fruto de esta última violencia ejercida por la verdad sobre el corazón del anciano! ¡Sólo él podrá decir cuántos padres que nada habían visto ni oído despertaron del sueño del error en su lecho de muerte, y han adorado con su último aliento el eterno amor, al mostrárseles bajo la forma angelical de una amadísima hija!

No menos grande es el poder de una esposa santa sobre el corazón del hombre maduro. Orgulloso de su fuerza y de su talento, el hombre á los treinta años podrá, como Clovis en otro tiempo, desconocer á su Dios, reírse de su alma precipitándose en pos del oro y de la gloria; podrá despreciar la voz del sacerdote, como el Rey de los Francos despreciaba antaño la palabra de los Obispos; podrá, en la embriaguez de sus pasiones, permanecer por algún tiempo fiel á sus ídolos y lanzarse á los negocios sin cuidarse del porvenir. Pero si la Divina Providencia ha puesto al lado del "fiero Sicambro" á una esposa á la medida de su corazón, una esposa llena de gracia, de delicadeza y de consagración; una esposa que sepa mantenerse amable, á pesar de sus enojos, y aguardar sin impaciencia la hora de Dios, ¡oh! creedlo sin vacilar, esa alma no durará largo tiempo rebelde. Hay oraciones, palabras, silencios y lágrimas que son asaltos temibles para el corazón de un esposo y á los cuales apenas se puede resistir.

Por pequeña que sea en ello la intervención de Dios, una visión misteriosa sorprenderá al guerrero en los campos de Tolbiac y lo conducirá trasfigurado al suelo de Reims para que adore al Dios de Clotilde.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Pero es necesario que Clotilde sepa preservarse de esa piedad absorbente que se trueca en enojosa á fuerza de ser rígida. Es necesario que Clovis no sienta la acción del sacerdote sobre su esposa sino al percibir el beneficio de las virtudes que él inspira y de los actos delicados que vigoriza.

Angel de dulzura, la mujer verdaderamente generosa sabrá, hasta donde alcanza su influencia, sembrar en torno suyo la paz, mantener la concordia, evitando los choques, conciliando las oposiciones, apagando las cóleras y encendiendo los afectos entibiados.

Así como esas lianas odoríficas y florecidas que trepan de tronco en tronco y de rama en rama en las vírgenes selvas del Nuevo Mundo para formar otros tantos pabellones impenetrables, la gracia flexible é insinuante de una mujer abnegada, sabrá entrelazarse con todas las edades, con todos los caracteres, en todos los estados y situaciones de la vida, para acercarlos armonizándolos. Semejante al arco-iris, cuyos hechiceros colores tranquilizan al peregrino presagiándole el fin de la borrasca, esa mujer logrará con su dulce sonrisa, fortalecer todas las debilidades, disipar todos los temores y dorar todas las nubes. ¿Qué más podré decir? Como el arpa de David que refrenaba los trasportes de Saúl y devolvía la calma á su espíritu conturbado, así la mujer, á un tiempo suave y fuerte, puede, con su voz celestial, apaciguar los odios, ahogar los rencores, predisponer el perdón, calmar las fiebres y conjurar las tempestades.

III

No basta, sin embargo, obrar mucho: es preciso que nos esforcemos en ejecutar bien cada una de nuestras acciones, porque eso es precisamente lo que constituye nuestro mérito en presencia del Señor. Lo que nos empobrece ó nos enriquece á los ojos de Dios, no es

©Biblioteca Nacional de Colombia

la acción en sí misma, sino la manera de ejecutarla. Nuestras obras son como ese grano misterioso de que nos habla el Evangelio cuando nos dice que producía treinta, sesenta y hasta ciento. Uno mismo era el grano y enteramente diverso el resultado.

Aquí en el mundo todos somos sembradores: unos siembran más, otros menos, pero al tiempo de la cosecha no serán los más ricos aquellos que más sembraran. Hay algunos que se agitan grandemente y que en el día del juicio se hallarán con las manos vacías porque sus acciones no han sido plenas delante de Dios, según esta expresión del Espíritu Santo: "Escribe esto al ángel de Sardes:—Conozco tus obras; tú eres tenido por vivo y estás muerto. He escudriñado tus acciones, y no las he hallado plenas en la presencia de mi Dios."

¿Qué se necesita para que una acción sea *plena* delante de Dios?

Primeramente es preciso que sea moralmente buena, es decir, que nada haya en ella de contrario á la ley de Dios ni á las inspiraciones de la conciencia.

Debe además ser ejecutada en orden, esto es, en su tiempo y en su lugar.

Esto nos hace comprender las ventajas y la deliciosa certidumbre que nos asegura la santa virtud de la obediencia. Un religioso ó una religiosa que sabe obedecer en todo á sus superiores no tiene por qué preocuparse acerca de la naturaleza de sus obras; su vida está por lo mismo tan bien ordenada que nada hay más perfecto que ella á los ojos de Dios.

Para que una acción sea plena, debe ser ejecutada en estado de gracia; porque es una verdad de fe que una acción hecha en estado de pecado mortal no tendrá mérito alguno para la eternidad, aunque pueda, no obstante, inclinar al Señor á concedernos los auxilios que necesitamos para salir de tan deplorable estado.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Esto nos enseña cuán previsivas son las almas que se confiesan de tiempo en tiempo, porque la confesión frecuente hace más fecunda su vida, aunque no sea más que porque las mantiene sin cesar en ese estado sobrenatural que comunica valor á sus acciones.

Por último, para que una acción sea plena, es preciso que se practique con una intención pura, esto es, que tenga, ya que no por motivo único, ú al menos como móvil supremo, la gloria ó el mayor agrado de Dios.

¡La pureza de intención! Nada más natural ni más sencillo en apariencia, y con todo, cuánto es difícil al hombre el imprimirla á un solo acto de su vida, de suerte que no lo mancillen ni el interés ni el amor propio! Se afana uno fácilmente por el deseo del oro, por el amor de la gloria ó por la sed de placeres; pero por el amor de Dios muy raro es que se sienta afán.

Melania, noble dama romana, había oído hablar de un famoso solitario llamado Pembo, que vivía en el Desierto, en los alrededores de Alejandría; y resolvió ir á pedirle sus consejos. Rica, tanto como piadosa, llevó consigo trescientas libras de plata y llegó á la ermita del santo Patriarca.

Pembo estaba sentado en el suelo con los ojos bajos enteramente ocupado en trenzar esteras.

Melania le hace una reverencia y le presenta su regia limosna diciéndole:—"Padre mío, aquí tenéis trescientas libras de plata que os traigo para vuestras necesidades y las de vuestros hermanos que viven en el Desierto."

El santo anciano, lejos de responder, ni siquiera levantó los ojos.

Melania, por extremo admirada de verse en presencia de un personaje todavía más extraordinario de lo que ella se había figurado, agrega, después de un instante de silencio:—"Padre mío, aquí están trescientas libras de plata."

©Biblioteca Nacional de Colombia

Entonces Pembo, sin alzar la vista, le dijo:—Señora, ¿es á mí á quien hacéis ese presente? Si es á mí volved á llevároslo, porque quedaría sin mérito alguno para vos; y si es á Dios, el que pesa los mundos sabrá medirlo bien sin necesidad de que vos le digáis su peso!"

Melania se retiró, y si es verdad que había ocurrido en busca de consejos únicamente, debió retirarse satisfecha!

Todos tenemos algo de Melania. Si hacemos algún bien, nos place que todo el mundo lo sepa. El amor propio es más hábil que el más hábil de los hombres en el mundo; y muchas veces la virtud no iría tan lejos si la vanidad no le hiciera compañía.

Sin embargo, nuestro divino Salvador nos hace á todos esta advertencia:—"Guardáos de proponeros en vuestras buenas obras la admiración de los hombres ó sus vanas alabanzas, porque esas obras no serán recompensadas por mi Padre que está en los cielos." Eso se comprende: siendo Dios el autor de todas las cosas á Él sólo corresponde la gloria, así como los frutos de una hacienda pertenecen al que la posee. La gloria, esa es su propiedad, en ella se sostiene y siempre la reivindica con soberano celo.

Así, pues, el que en sus acciones no se propone sino la satisfacción de su vanidad ó de su egoísmo, arrebata á Dios esa propiedad de que es tan celoso, comete, por lo que á Él respecta, un horrible latrocinio, interceptando homenajes que á Él sólo le son debidos, con lo cual se asemeja á la esposa infiel que se engalana para agradar á otros y no á su esposo.

De éstos es de quienes ha dicho el Profeta:—"Habéis sembrado mucho y habéis recogido poco; habéis comido y bebido y no habéis sido saciados; os habéis vestido y no os habéis calentado. Habéis amontonado muchas riquezas y las habéis echado en un saco roto."

Más previsivas seréis vosotras, señoras mías: sem-

©Biblioteca Nacional de Colombia

braréis en el amor para cosechar un día cien veces más en el gozo.

Es de esta manera como cumpliréis con este precepto del Señor: "Es necesario orar sin cesar," porque, dice San Hilario, es orar sin cesar el obrar siempre por la gloria de Dios. Esto se comprende: una acción bien ejecutada es un acto de amor tanto menos sospechoso y tanto más meritorio, cuanto es más costoso. Una vida llena de esta clase de obras es, pues, un perpetuo acto de amor, y por consiguiente una oración sin fin, según esta palabra del Espíritu Santo: "El que observa la ley, multiplica la oración."

IV

Pero, ¿cómo llegarémos á ejecutar bien todas nuestras acciones? Tal es la cuestión última que nos falta resolver.

Primeramente debemos esforzarnos por hacerlas todas cada una como si por el momento no tuviéramos que ocuparnos en nada más. Así, si estáis en el templo con el fin de oír misa, oídla sin pensar en las ocupaciones que os aguardan en la casa. *Omnia tempus habent*, cada cosa tiene su tiempo, nos dice el Espíritu Santo, y la primera condición de una vida bien arreglada se contiene en este adagio: "*Age quod agis*, haz lo que estás haciendo." Cuántos hay que hacen siempre lo que hicieron ayer ó lo que harán mañana, y jamás lo que hacen hoy.

El segundo medio á propósito para hacer plenas nuestras obras delante de Dios, es hacer cada una de ellas como si debiera ser la última.

El pensamiento de la muerte es un hábil instituto.

¡Con qué fervor procuraríamos orar, confesarnos ó comulgar, si pudiéramos decirnos con una certidumbre infalible: después de esta oración, de esta confe-

©Biblioteca Nacional de Colombia

sión, de esta comunión moriré! "¡Bienaventurado el siervo á quien el Señor encuentra así en guardia cuando venga!" Entre todos tendrá el incomparable privilegio de no ser sorprendido.

El tercer medio eficaz para dar valor á nuestras menores acciones consiste en ejecutarlas en la presencia de Dios. Cuántas hay que no llevaríamos á cabo, ó que ejecutaríamos muy de otro modo, si pudiéramos decirnos: ¡alguno me ve! ¡Aunque no fuera sino un niño!

Cuántos no se ponen á la obra tan satisfechos, sino después de haberse dicho muy quedo: "¡Nadie nos ve!"

Pues bien: pensemos que un ojo vigilante, cuya mirada no son capaces de interceptar ningunas tinieblas, está perennemente á plomo sobre nosotros; que esa mirada es la mirada de Dios que ve más que el género humano todo junto.

San Francisco de Sales se levantaba, se acostaba, oraba y trabajaba cuando estaba sólo como si hubiera estado bajo las miradas de una gran reunión de personas. Tal es el testimonio que le ha rendido el Obispo de Belley después de haberle "espiado" por largo tiempo; lo que equivale á decir de él que era un santo, porque sólo los santos son capaces de desmentir esta máxima profunda de un pensador: "Si se pusiera á escoger á un hombre cualquiera entre ser del todo conocido ó ignorado, por grande que sea el horror que tengamos á la oscuridad, no hay uno solo que no prefiriera estar del todo ignorado más bien que sentirse de esa manera conocido."

Por último, para evitar esa impura liga que se mezcla con demasiada frecuencia á nuestras intenciones más puras aparentemente, los santos aconsejan, ante todo, al alma piadosa que impida á los hombres, en cuanto le sea posible, el conocimiento de sus buenas obras. Si es prudente y generosa, como una es-

©Biblioteca Nacional de Colombia

posa bella, sabrá velarse á los ojos de los profanos para no descubrir sino á su muy amado los encantos de su semblante. Este es el consejo que Nuestro Señor nos da cuando dice: "Si dais limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace vuestra mano derecha."

Si nuestras obras no pudieren quedar ignoradas, y si por ellas recibimos algunas alabanzas, sabremos decir á Dios como el Profeta: "*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, no á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre sea dada la gloria." Y para que esto se diga con corazón sincero, ¿qué se necesita? Reflexionar un instante sobre nuestra propia nada, para conservar hacia nosotros mismos un sentimiento "verdadero," porque entonces la humildad viene á ser cosa de mero buen sentido.

Ved una madre que considerando que se acerca el Año-nuevo, quiere proporcionar un pequeño goce á su hijo. Le pone una pluma en la mano, guía luégo esa mano á la vez que dicta los pensamientos, los sentimientos, y tan bien lo hace que logra al fin acomodar una cartita que el niño presenta á su padre. Este, encantado, ó haciendo el papel de que lo está, abraza á su hijo y le da el parabién.

Que el niño, á su turno, quede encantado, nada tiene de sorprendente; pero si es justo, ¿qué hará? Dirigirse á su madre y llevarle el beso que ha recibido de su padre, diciéndole:—"Madre mía, gracias á ti he puesto tan contento á mi padre; eres tú quien me ha dado tinta, papel y pluma; eres tú quien ha derramado en mi carta su talento y su corazón y tú eres quien ha guiado mi manecita. Yo nada habría podido sin ti, y tú lo habrías hecho, mucho, mucho mejor sin mí: á ti te toca, pues, en toda justicia el beso que me ha dado mi padre."

Pues bien, por gloriosas que sean nuestras obras, nosotros somos ese niño, y esa madre Dios.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Sólo una palabra agregaré, señoras mías, para animaros á multiplicar vuestras buenas obras santificándolas. Hace cuarenta años, cuando el Papa Pío VII atravesaba la Francia de regreso hacia la ciudad eterna, uno de los más ricos negociantes de una ciudad del Mediodía le ofreció una estola preciosa primorosamente trabajada. Pío VII, al aceptar este presente, dijo al que se lo ofrecía:—"Señor, me dais placer." Al oír estas palabras el generoso comerciante exclamó en un trasporte de alegría:—"¡Hé aquí el más bello día de mi vida! ¡He causado placer al primer personaje del mundo, al Vicario de Jesucristo!"

Mujeres generosas que estáis piadosamente inquietas porque no sabéis si amáis á Dios, contad las obras, los sacrificios, las santas resistencias que hayan señalado el decurso de vuestros días. Examinad cuántas veces habéis sabido corresponder á las inspiraciones de la gracia, á pesar de los murmullos de la naturaleza. Si este examen os es propicio, ah! rogocijáos, porque podréis deciros: He tejido mi corona para el paraíso; "he causado placer," no tan sólo al Vicario de Jesucristo, sino á Jesucristo mismo. (1)

CAPITULO V

LA MADRE Y EL HIJO.

¿Por qué este encanto?—I. La cuna.—Los grandes caracteres.—II. Lo que puede una madre.—El pecado original en flor.—III. El sacrificio.—El amor maternal.—IV. La mujer que tiene miedo.—La bendición.

¡La madre! Después del de Dios, ese nombre ha sido la palabra más dulce de toda lengua humana,

(1) Una dama célebre que tenía tanto talento como corazón, acostumbraba dirigir á Dios, al despertar, esta bella oración: "Señor, haced que yo ejecute hoy algo que vos podáis recompensar."

©Biblioteca Nacional de Colombia

así como es también la más sagrada: es el nombre bendito que nuestro corazón pronuncia sin haberlo aprendido, y cuyo recuerdo deja en la memoria, después de todas las borrascas, un inagotable perfume.

¿Por qué este encanto? Porque la madre es sobre la tierra la más dulce y la más pura personificación del amor. Si su semblante brilla con su más bella sonrisa, su corazón conserva su más rico tesoro.

Encerrados por nueve meses en el seno de nuestra madre, hemos dormido nueve meses sobre su corazón, cuyas palpitaciones han venido á ser el primer impulso de nuestra vida.

Cuando nos recibió en sus brazos la primera vez, cuando nos contempló, con insaciable mirada, extasiándose en la visión de su imagen, sintió como un poder misterioso que la inclinaba hacia nosotros.

Su corazón le dijo que este sér tan querido y tan débil no podría vivir sino por su amor, ni crecer sino por su abnegación. Ella ha aprendido, en las necesidades de su corazón, en las debilidades de su hijo y en las simpatías que los acercan á entrambos, que amar inmolándose es la ley especial de su vida.

Como la savia circula y se difunde desde el tronco del árbol hasta su follaje para resolverse en flores que presagian los frutos, así la madre comprende que la ternura deba brotar y espandirse fuera de su corazón sin agotarse jamás para formar ese sér arrebatador que debe ser dentro de poco la flor más bella de su vida y más tarde el más hermoso fruto de su amor.

A ella le corresponde de derecho, como á la fuente más fecunda de sus alegrías y de sus dolores, la custodia vigilante de ese depósito sagrado que llamamos "La cuna."

I

¡La cuna! ¿Habéis reflexionado sériamente alguna

©Biblioteca Nacional de Colombia

vez, señoras mías, sobre la majestad que debe circundar, á los ojos de la madre cristiana, esa concha adornada de encajes que llamamos la cuna!

Contemplad ahora esa cesta de juncos que avanza lentamente mecida por las aguas del Nilo. El viajero que desde la orilla le ve pasar, la mira por un instante con cierto sentimiento de curiosidad mezclada de indiferencia, y sigue luégo su marcha, sin siquiera preguntar lo que aquella cesta contiene. No encierra, por cierto, sino un niño, y un niño recién nacido, que no tiene ni la conciencia del peligro que corre y que no sabe hacer sino tres cosas: ¡dormir, llorar y sonreír! ¡Eso es muy poca cosa! Y, sin embargo, esa canastilla guardaba más maravillas que todos los palacios de Menfis ó de Tebas, porque en ella iban el castigo de Faraón, los prodigios del Mar Rojo, las tablas del Sinaí, la gloria de Sión, los destinos de Israel y la luz del mundo: ¡llevaba á Moisés!

Empero de cualquiera cuna puede decirse en cierto modo lo que digo de la cuna de Moisés: que encierra la "esperanza" del mundo, porque encierra el porvenir.

Esas manos delicadas y regordetas que apenas tienen fuerza para empuñar un juguete, un día empuñarán el cetro. Bajo esa frente tan pura, en la cual vuestros labios depositan un beso, brillarán un día grandes pensamientos. Dentro de ese pecho que apenas levanta una suave respiración, mugirán bien pronto fuertes pasiones. Si vosotras sois el mundo de hoy, el niño es la humanidad del mañana.

No lo olvidemos nunca: á ese sér indiferente y tan querido lo aguardan grandes destinos. Podrá un día merecer el nombre de Nerón ó de Vicente de Paúl, de Robespierre ó San Francisco de Sales!

El hijo es bello como la "esperanza" de su padre ó de su madre; es bello como la esperanza de la Patria, y es bello como la esperanza de los ángeles, en-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tre los cuales hay uno que ha recibido de Dios la misión de guardarle.

Criatura amada y amable nos hechiza con su tez tan pura, con esa mirada tan viva y tan dulce, con su cabellera rubia y con esa frente no velada todavía por ninguna sombra; alma cándida y pura emblanquecida poco há por las aguas del bautismo, no ha sentido todavía su sueño apacible turbado por los huracanes de las pasiones; los cálculos del egoísmo no han alterado todavía su rectitud; sus labios no han sido aún manchados por la mentira. Hasta hoy ese niño no ha cometido ninguna indignidad con reflexión. Flor brillante y fresca, húmeda todavía con el rocío de la mañana, se abre risueña á los rayos de sus primeras auroras. Ignora el pasado, sonríe al presente y no teme el porvenir. Cada uno de sus días pasa como ha comenzado, con una oración y una sonrisa. Es un cordero que duerme, tranquilo como la inocencia, en una selva poblada de bestias feroces; y si ya sueña, en sus sueños no ve sino hadas y paraísos.

¿Quién velará sobre ese tesoro de concierto con el ángel del Señor? ¿Será el padre? Ah! no todos los deberes del padre consisten en su ternura! Cada mañana, antes de salvar el dintel de su hogar para volver al trabajo ó dirigirse al foro en donde se tratan los negocios, se detendrá un instante cerca de la cuna en que el niño duerme todavía, su mano vigorosa alzará un extremo de la tela delicada que abriga ese sueño angelical.

Pero ya preocupado con las atenciones que consigo trae cada día que comienza, sonríe apenas y se va. La vista de su hijo le recuerda que en adelante debe ganar otra vida además de la suya, y que ese nuevo huésped, enviado por Dios á su hogar, le apareja un aumento en el trabajo.

Por la tarde, de vuelta á su hogar después de haber cumplido su tarea, tomará por un momento en

©Biblioteca Nacional de Colombia

sus robustas manos, aunque no sea más que para disponerse al reposo, ese fruto de su corazón, consintiéndole que manosee su rostro varonil: pero será para decirse en el misterio de su alma conmovida: ¡Yo haré de modo que si llora no sea de miseria!

A la madre es á quien Dios ha confiado la dulce y penosa misión de velar instante por instante sobre ese tesoro; y á ella en primer lugar la de "alimentarlo," si puede, porque esa es una ley de la Providencia.

La madre que alimenta á su hijo completa su creación.

En lo exterior lo mismo que en lo interior, sigue uniendo su sangre á su sangre, su carne á su carne, haciéndose así cada vez más madre; y no adquiere toda su verdadera belleza, sino cuando tiene en sus brazos al niño suspendido de su seno y sacando de él con una avidez que parece insaciable, esa vida que la madre derrama siempre en él en su leche nutritiva, como antes se la derramaba en su sangre generadora. Ella se aniquila, bien lo sé yo, y nadie lo ignora, pero si es á un tiempo fuerte y generosa, querrá mil veces más imponerse ese cúmulo de fatigas, que confiar su tesoro á manos mercenarias y consentir en que otra sangre se mezcle con la suya, en que el alma de ese sér tan querido despierte bajo la influencia de una mirada que no es su mirada, y que manchándola pueda "una bestia cruel devorar su hijo."

A la madre corresponde el cuidado de "educar" su hijo; y de todos los deberes maternales no es éste ni el menos largo ni el menos doloroso. Sobre ella pesa la misión de despertar esa alma tierna á las visiones de la fe, de enseñarle á juntar á su dulce nombre los nombres benditos de Jesús y de María; á ella toca el santo empeño de hacerlo desde temprano capaz de los alegres esfuerzos de la virtud, de dar sombra á esa nueva y delicada flor con la mirada vigi-

©Biblioteca Nacional de Colombia

lante de su ternura, y de precaverla de todos los hálitos que pudieran marchitarla; á ella, por último, le incumbe resistir, para gloria de la patria y de la humanidad, contra la perversión universal de los principios y de las costumbres haciendo de ese hijo "un gran carácter."

¡Los grandes caracteres! Ved ahí, entre tantas cosas que tenemos que envidiar ó que echar de menos, lo que más escasea en nuestra época. Ya no hay virtudes públicas, esas virtudes que hacen la grandeza de las naciones, porque ya no hay eso que se llama carácter, y esta desgracia depende en no pequeña parte de las madres.

Lo que ante todo constituye la grandeza del carácter es el amor de la justicia llevado hasta el olvido del propio interés, y si es preciso, hasta el desprecio de la muerte.

Mientras hay en el corazón ambición de placeres y temor de la muerte, nada hay que esperar del hombre en las grandes ocasiones. Una amenaza, un cálculo bastarán para vencerlo; flotará sin timón á merced de esas olas que se llaman los acontecimientos, y si la historia llega á conocerlo, no sabrá sino vergüenza, ni referirá de él otra cosa que sus apostasías.

El desprecio de la muerte es lo que forma al soldado, lo que hace al ciudadano, lo que confiere al magistrado su toga y al príncipe su salvaguardia.

¡Infeliz el que prefiere la vida á la justicia! Su carrera se verá tarde ó temprano oscurecida por debilidades indignas. Hallará ocasiones en que las virtudes privadas no alcanzan á poner al hombre á cubierto, y en que se necesita la intrepidez del alma que sabe mirar hácia lo que está más alto que el mundo. Si le falta la fe, en vano la patria contará con él, y en vano la verdad y la justicia lo mirarán desde el cielo. La gloria pasará por delante de él tendién-

©Biblioteca Nacional de Colombia

dole la mano; y él por temor de comprometerse ó de arruinarse retirará la suya. (1)

II

Venturosos los pueblos en que las madres tienen suficiente virtud para no rechazar las glorias de su sacerdocio como una carga. El porvenir les pertenece. ¡Feliz, sobre todo el hijo que en su juventud fué dócil á las enseñanzas de una verdadera madre! Ese está armado para las santas batallas.

A los veinte años puede ser que sienta que la tempestad ruge dentro de su pecho, pero será más fuerte que la borrasca, porque oirá en el fondo de su corazón una voz bastante poderosa para dominar las olas enfurecidas recordándole las alegrías de la primera edad. Si sucumbe, si una sonrisa tentadora ha logrado ser más fuerte que su virtud, no desesperéis; que el recuerdo de Mónica perseguirá á Agustín en las orgías de Cartago, para suscitar en su corazón el remordimiento, y en una alma que Dios no haya desechado del todo, el remordimiento es el precursor de la virtud.

El recuerdo de los consejos de una madre se borra con dificultad de la memoria, porque va unido al recuerdo del amor más tierno, más desinteresado, y por lo tanto más sincero. Un hijo extraviado puede quizás decirse para sofocar un remordimiento importuno: —¡Mi madre se ha engañado! Pero jamás se atreverá á exclamar:—¡Mi madre me ha engañado!

La vida está sembrada de numerosos escollos, y

(1) En el momento en que el heroico Rey de Polonia, Juan Sobiesky, montaba á caballo para acudir al socorro de Viena, sitiada por los Turcos, la Reina su esposa lo contempló llorando, y abrazando al menor de sus hijos.—"¿Por qué lloráis, señora? le dijo el héroe."—"Lloro, respondió esa madre, porque este niño no está todavía en aptitud de seguiros, como os siguen los demás."

©Biblioteca Nacional de Colombia

tarde ó temprano tropezamos con ellos, como nuestros primeros padres con el árbol misterioso cuyo fruto guarda la tentación. También Dios, que lo sabe todo, ha querido, por una misericordiosa delicadeza, que para todo el género humano la buena tentación proceda de la mala; y ha querido igualmente que todo el género humano pase por el corazón y por los brazos de una madre antes de entrar en la vida militante, á fin de que el hombre no se vea en ocasión de escoger entre el bien y el mal sino después de haber aprendido á amar el primero.

Iluminada por una luz más íntima y más inmediata, la madre conserva en la humanidad las creencias á las cuales debe ésta su subsistencia. En medio de la general confusión de ideas ella es el guardián incorruptible de esas creencias. Sólo ella sabe enseñar al niño á amar á Dios.

Es á las lágrimas, á las tiernas solicitudes de una madre cristiana, á lo que San Basilio debió su salvación, San Juan Crisóstomo la más pura centella de su genio y San Luis su sencilla y valerosa santidad.

Son las madres las que han formado esa raza sublime y conmovedora de los mártires, mezcla asombrosa del cordero y del león; ellas las que han creado esa generación de cruzados, apóstoles-soldados que, como Bayardo, hacían un Crucifijo del pomo de su espada; ellas las que han producido esa encantadora falanje de caballeros que iban á guerrear por la gloria de Dios y de Nuestra Señora, y que supieron embellecer el amor humano con no sé qué arrebatadora mezcla de celestial pureza.

Colaboradores predilectos del amor divino en la obra de nuestra salvación, son las madres las que pueblan el Cielo, á pesar de las borrascas de las pasiones y de las pruebas de la libertad.

Llega una época en la vida, en que todo poder, todo dominio nos abruma como un yugo. Solamente uno

©Biblioteca Nacional de Colombia

se conserva, si no intacto, al menos objeto de nuestro respeto, pues por fuerte que sea nuestra pasión por la independencia, damos aún oídos á la verdad si emana de la boca de una madre amada de Dios; su vituperio no carece de aguijón para que nos cause remordimiento; y cuando se ve por completo desarmada, le quedan sus lágrimas como último mandato, al cual apenas osamos resistir. Ella se abre paso, sin que lo sepamos, á los senos más recónditos de nuestro corazón; y nos aturdimos de encontrarla allí en el momento en que nos creíamos solos con nuestros sueños, nuestras ilusiones ó nuestros remordimientos.

¡Poder singular, inconsciente, y que atestigua, hasta en sus despojos, de qué fuentes eficaces lo ha sacado Dios!

Para corresponder á las miras del Altísimo y para realizar las esperanzas del porvenir, debe la madre desplegar respecto de su hijo, según el caso, una ternura que la haga más fuerte que el corazón de ese mismo hijo; debe sin duda mostrarse llena de paciencia y mansedumbre; y guardarse de castigar en el arrebato del egoísmo, haciendo de modo que el niño vea siempre, aun en el mismo castigo, el impulso del amor. Pero sabrá también mostrarse en todo caso digna y firme, y temerá, como el mayor de los crímenes, el que consiste para una madre en "consentir" á su hijo.

—¿Qué cosa es un "niño consentido?"

—Un niño consentido es, nada menos, que el "¡pecado original en flor!"

Digan lo que quieran ciertos filósofos, es lo cierto que nacemos malos. Si se deja á nuestra alma la libertad de desplegar todas sus inclinaciones, en breve se asemejará á ciertos terrenos que se dejan baldíos y no producirán sino apenas cardos y espinas.

Educar un niño es ante todo pulirlo, cultivarlo, podarlo, es decir, corregirlo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Desventurada la madre cuya ternura demasiado cruel teme el llanto derramado por caprichos acostumbrados á verse obedecidos! ¡Desgraciada la que por exceso de indulgencia y de contemplación, acaba por hacer creer á ese pequeño monarca, vestido de encajes y repleto de golosinas, que es un prodigio, cuando no es más que un juguete!

Es necesario que ese reyezuelo aprenda que tiene deberes, antes de saber que tiene derechos. Es preciso que sepa, á medida de la necesidad, doblegar su voluntad, é implorar, cuando haya faltado, un perdón que lo humille. Si se le lisonjea para apaciguarlo cuando se irrita, si se le obedece cuando manda, si se cede cuando él resiste, será en breve el tirano de su niñera y de sus camaradas, mientras llega á hacerse el tormento de su madre y la vergüenza de su padre.

"El cachorro vendrá á ser león," dice el Espíritu Santo, ¡y desgraciados los padres que lo comprendan demasiado tarde!

Cuando en nuestros colegios dan los maestros con un niño que los contrista, por su molicie, su insubordinación y pereza, es muy raro que se engañen al afirmar que es un niño consentido. Preguntad á la mayor parte de esas personas, tan estimables como dignas de lástima, que se llaman "preceptores," preguntadles, por qué su situación es de ordinario tan penosa; por qué sus esfuerzos son con tánta frecuencia estériles, y os responderán:—"Es por culpa de las madres, que no saben 'abdicar,' llegado el caso, y que anulan nuestra autoridad rompiendo nuestras sentencias."

La madre generosa sabrá velar sobre sí misma y sobre las demás personas que rodean á su hijo, de manera que ningún ejemplo pernicioso debilite nunca la acción saludable de sus enseñanzas. Será para el fruto de sus entrañas, como un libro siempre abierto en que él pueda leer sus deberes viéndolos practica-

©Biblioteca Nacional de Colombia

dos; y hará de modo que su hijo nada vea ni oiga que no pueda ser visto ú oído y que él no pueda hacer también.

"Ya no hay niños." Esta verdad debe ser para los padres una voz de alerta, y si procuran recordarla constantemente, sus preceptos producirán frutos precoces y abundantes, sin que tengan nunca que temer de las indiscreciones de esos tristes héroes que han conquistado su puesto en la literatura contemporánea, bajo la denominación de "¡Niños terribles!"

III

Madres cristianas, vuestra tarea es penosa, bien lo lo sabemos, y mucho mejor todavía lo sabéis vosotras. La flor crece bajo el sudor del jardinero que la cultiva y que la riega; y el niño crece y se desarrolla entre los sufrimientos de la madre que lo amolda y lo educa. ¡Felices las madres que hayan sufrido, y sufrido mucho, para educar á sus hijos! ¡Felices las que hayan llorado, y llorado mucho! Lágrimas fecundas son esas, que caen sobre esos corazones todavía tiernos, como la lluvia del cielo sobre las flores.

Este rocío de lágrimas y este reflejo del amor vendrán á ser un día la vida, la hermosura, la grandeza de los hijos en la familia; y esos mismos hijos, frutos del amor que haya sabido inmolarse, vendrán á ser á su turno el honor y la bendición de la fecundidad de su familia.

¡El dolor en el sacrificio! ved ahí lo que da á la madre en la familia y en la humanidad una grandeza incomparable. Nuestro pensamiento nada ve superior á la abnegación; y si nos complacemos en colocar en tronos invisibles las grandezas que han conquistado nuestra admiración, sobre el primero de ellos colocamos la abnegación. La obediencia abnegada nos parece superior al dominio que sólo alcanza á ser egoísta.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Nada hay en ello que deba sorprendernos. Estando el egoísmo en lo más íntimo de nuestra naturaleza y de nuestra vida, la abnegación, que es la derrota de aquél, debe parecernos lo que hay de más grande, porque se nos revela como lo más verdaderamente heroico. Bien han podido poetas asalariados cantar las hazañas de los conquistadores que han turbado la paz del mundo en pro de su egoísmo; pero en todo tiempo la humanidad, maldiciendo en su corazón á esos magnates, ha sabido entonar un himno de alabanza y de admiración en honra á la madre que se sacrifica.

Por otra parte, Dios, que la destinaba al sacrificio, ha dotado su corazón de la fuerza que puede consumarlo, derramando en él á torrentes el amor.

Nada tan poderoso como el amor. Él aligera toda carga, atenúa toda amargura, y logra realizar, como por encanto, lo que la razón y la naturaleza acordes á las veces declaran imposible.

Si el sabio siente en sí la fuerza necesaria para gastarse sobre sus libros é instrumentos y abrir así un nuevo surco en el campo de la ciencia, es porque está poseído del amor á la gloria ó á la verdad.

Si el artista, para producir una obra maestra, encuentra en sí un valor capaz de agotar sus fuerzas, reuniéndolas al impulso eléctrico del genio, es porque se siente embriagado por el amor de lo bello y de lo ideal.

Si el soldado halla en su corazón un entusiasmo que lo enajena hasta la inmolación, es porque está ébrio de ese vino generoso que se llama amor á la patria.

Una de las más bellas armonías del universo es la que consiste en que cuando Dios derrama en alguna parte mucho amor, predestina al que lo recibe á algún gran sacrificio. La madre ha recibido de Dios el don de amar mucho, porque está destinada á sufrir

©Biblioteca Nacional de Colombia

grandemente, y está destinada á sufrir así porque es la fuente viva de la humanidad.

"No se pueden admirar bastante, dice Bossuet, los medios de que se sirve la naturaleza para unir las madres á sus hijos, porque ese es el fin que tiene siempre en mira, y cuida para ello de proceder de una misma manera, siendo muy fácil notarlo en el orden de sus obras. ¿Y no es esa la razón por la cual el primer cuidado de la naturaleza es el apegar los hijos al seno de la madre? Ella quiere que su alimento y su vida pasen por los mismos canales; corren juntos los mismos peligros; no son sino una sola persona. Ved ahí un vínculo bien estrecho; pero quizás pudiera uno persuadirse de que los hijos al venir al mundo rompen el nudo de esta unión: no lo creáis. No hay fuerza capaz de separar lo que la naturaleza ha enlazado tan bien. Su conducta prudente y previsora ha atendido á eso por otros medios. Cuando esa primera unión acaba, hace nacer otra que la reemplace; forma otros lazos que son los del amor y de la ternura. La madre lleva á sus hijos de otro modo; no bien han salido de sus entrañas y ya comienzan á depender mucho más del corazón; tal es el proceder de la naturaleza, ó más bien del que la gobierna. Ved ahí la habilidad con que obra la naturaleza para unir las madres á sus hijos é impedir que ellas se les separen. El alma se apodera de ellos por el afecto, tan luégo como el cuerpo los abandona; nada puede arrancarlos del corazón, y la unión es siempre tan firme, que en el instante en que los hijos se agitan, las entrañas de las madres también se conmueven de una manera tan viva y tan penetrante, que apenas les es posible apercibirse de que ya no ocupan su seno."

Cierta mujer atacada de una enfermedad mortal, que diez años antes le había arrebatado su hijo, exclamaba en las angustias de la agonía:—"Ah! ¡cómo debió sufrir mi pobre hijo!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

El amor desciende mucho más de lo que sube.

La madre ama á su hijo con un amor tal, que comparado á ese amor, el del hijo para con su madre puede pasar por ingratitud.

Dios lo ha querido así, porque la madre ha recibido la misión sublime de "proteger" el fruto de sus entrañas, educándolo, mientras que el hijo, lejos de estar investido de semejante misión, no tiene que hacer sino recibir su beneficio.

Hasta el amor del padre, por muy ardiente que se le suponga, es muy tibio, y sobre todo, muy frágil al lado del de la madre.

Cuando un niño muere, el padre llora; pero el tiempo no respeta en él ese dolor más que los otros dolores; para la madre la herida es incurable. Ved esa pobre mujer, cuyo pálido semblante parece marcado con un aire particular de desesperación; su dulzura, el timbre decaído de su voz, su frente inclinada sobre el pecho, todo denuncia en ella no sé qué desgarramiento irreparable que aprieta el corazón. Hasta en su sonrisa se ve que está á punto de llorar. Preguntadle la causa de su pena, ó más bien no se la preguntéis, sino decidle:—¡Pobre madre! ¡habéis perdido un hijo en la flor de la edad! y luégo llorad con ella si hay lágrimas en vuestros ojos, pero no pretendáis consolarla: *Noluit consolari quia non sunt.*

Tal es el amor maternal: sin igual en la creación, nace en un instante, sin cálculo, para hacer del dolor un placer, de la privación un goce y para obrar milagros sin saberlo. No conoce ni progreso ni decadencia: el tiempo no lo extingue, la vejez no lo hiela. ¿Qué digo? Renueva íntegramente el ser que lo experimente: hace de una coqueta una mujer séria, de una mujer cobarde, una heroína, de una mujer perdida un modelo de abnegación.

©Biblioteca Nacional de Colombia

IV

Dios ha dado á la mujer, á la vez que el amor, una virtud que lo confirma y una gracia que lo corona impregnándolo del espíritu de Cristo.

Madres que leeis estas líneas, yo no os diré de qué inmolaciones es capaz una mujer si sabe vivificar y rejuvenecer su amor al contacto del amor que salvó al mundo por su sacrificio. Tampoco os haré el retrato de la madre tal como lo ha hecho el Salvador, cada vez que ha tomado de su corazón una posesión digna de ella y de Él. Temería ofender vuestra modestia, presentando á vuestra admiración, en semejante cuadro, vuestra propia imagen. Prefiero, aunque no sea sino para inspiraros valor, regocijándoos con el contraste, mostraros la mujer tal como el paganismo la hizo, tal como el mundo nos la hace ver luégo que ella ha repudiado con el yugo de Cristo las suaves austeridades de su amor.

Precisamente porque guarda en su corazón un tesoro de amor mucho más rico y la vocación á más grandes sacrificios, la mujer se convierte con mayor facilidad en un prodigio de egoísmo por el extravío de ese amor y por el desprecio de esa vocación. El egoísmo no implica en el corazón la imposibilidad del amor, más bien implica el desórden en el amor. Allí, en donde reside un amor más profundo y más delicado, es también en donde puede desarrollarse, por la perversión de ese amor, el más monstruoso egoísmo.

Mirad, si no, lo que acontece en la mujer "libre," ¡en la mujer mundana! Ese amor, que siguiendo sus legítimas inclinaciones debiera salir de sí mismo para entregarse á otro, se vuelve sobre sí para entregarse exclusivamente á sí propio. Toda mujer mundana es ídolo de sí misma, ¡y qué ídolo! Un ídolo capricho-

©Biblioteca Nacional de Colombia

so, versátil, sensual, interesado, criminal algunas veces, estéril siempre: el hogar es para ella triste como una prisión, abriga en primer lugar todo horror posible á la familia; estima que por ningún título puede imponérsele la propia inmolación; se mofa cobardemente del sacerdote y de la Iglesia que le requieren para que corresponda al voto de la naturaleza y al llamamiento de la Providencia. Pregunta con insolencia si en nombre del deber se le puede imponer la tiranía; cuando el egoísmo la invoca corresponde al egoísmo que la llama; y contesta por la boca de un médico complaciente, de un marido sensualista ó de un amigo perverso.

El lujo, por otra parte, conspira á la par con el placer para quitar á la mujer mundana la corona de la maternidad.

El lujo es déspota y la mujer mundana su esclava. Desde que ha expulsado de su corazón á Jesucristo, para dejar que reine en él como señor absoluto el demonio de una sensualidad versátil y brillante, es asunto concluído.

La alegría de ver á sus hijitos felices bajo el sol de su mirada, nada tiene de comparable con la alegría que experimenta al contemplarse vestida como una reina; la dicha de tomar parte en sus juegos, de prepararles fiestas, le parece un suplicio, comparada con la dicha de medirse en el palenque de todas las vanidades con las mujeres atacadas de la misma locura, y con la gloria de triunfar en esas luchas de gastos insensatos, de belleza facticia, en que se aspira al honor de competir con todas las princesas, aunque se haya de sufrir la humillación de ser vencida por las cortesanas!

¿Qué hará por lo demás, si se ve rodeada de cinco ó seis hijos? ¿Cómo nutrirlos con su leche? ¿Cómo protegerlos con su vigilancia? Por la noche la aguarda el baile con sus enajenamientos..... ¿Qué le vais á

©Biblioteca Nacional de Colombia

hablar de familia? ¿Qué puede haber de común en ese corazón egoísta entre las emociones de la danza con sus torbellinos sensuales, y las emociones de la maternidad y las caricias de la infancia?

Además, aun cuando el egoísmo burlado por la Providencia, ha dejado que se escape la vida á despecho de las industrias de la muerte, y Dios ha concedido á esa mujer la gloria inmerecida de oír á algunos hijos decirle ¡madre mía! su corazón abierto á otras inspiraciones no se forja un encanto de su sonrisa, ni una visión celestial de su inocencia, ni una felicidad de su alegría. Ella no siente de su maternidad fortuíta sino el yugo que la hace cautiva; se mira como una extraña enmedio de los retoños de su vida. En el seno de las realidades que llegan á ser tan dulces para el corazón trasformado por el amor á Dios y al sacrificio, ella sueña no sé qué novelescos éxtasis. Bajo el pretexto egoísta y falso de que los hijos reciben el amor sin retribuírlo y de que sus caricias no alcanzan á colmar un gran corazón, aspira á otros amores y á otras venturas.

Despreciando su dignidad, á la vez que su ministerio, esa mujer de Babilonia deja á manos mercenarias esos seres frágiles que no son para ella sino un obstáculo; y madrastra más bien que madre, irá á los tabernáculos del mundo, á rendir al placer la marchita corona de su maternidad.

¿Y no será posible que á precio de tántas flaquezas y apostasías al fin consiga esa mujer alguna porción de dicha?

¡Ah! no.

Lanzada fuera del orden por su egoísmo, se condena, sin saberlo, al vacío del alma, á las tristezas del corazón, á los yermos de la vida y á los remordimientos de la conciencia. Triste si tiene hijos, porque no siente de ellos sino el enorme peso, y más triste todavía, si no los tiene, porque siente su ausencia en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

vacío de su corazón, ve llegar en breve el hastío que la devora.

Y porque un mal llama á otro mal, así como un abismo llama á otro abismo, el hastío, hijo del desorden, engendra el desorden; aquélla que no sabe mostrarse madre abnegada, porque no sabe amar al Cordero de Dios, tampoco puede ser esposa fiel, porque no sabe amar al que recibió su corazón al aceptar sus juramentos.

Madres cristianas, vosotras amáis á Cristo, y por eso jamás tendréis que avergonzaros de tales extravíos. Lejos de temer como un castigo la familia numerosa, hallaréis siempre en vuestro corazón harto heroísmo para aceptarla como una bendición. ¡Oh! sí, venturoso el hogar en que el sacrificio y la virtud se han dado cita para multiplicar la vida.

El respeto debido á los hijos impone la reserva, la dignidad, el miramiento, el apostolado del ejemplo. La petulancia de los hijos excita en los padres á la posesión de sí mismos, á la dulzura, á la paciencia; y hasta su indisciplina viene á ser para el padre y para la madre una lección perpetua de obediencia y de autoridad. Su alma se siente mejor aspirando el perfume de su candor, al corresponder á la sonrisa de su inocencia.

Esos hijos en sí mismos constituyen los unos para los otros una mutua bendición que se comunican sin pensarlo en el beneficio engrandecedor de la fraternidad. El niño que se ve solo en el hogar, se resiente en todo su ser, y más que todo en su educación, del inevitable contragolpe de la desdicha de su soledad; acostumbrado á mirarse como centro único de todos los afectos, sin hermanitas ni hermanitos que participen con él de las sonrisas y de las caricias de tus padres, se hace absorbente, personal y egoísta.

El niño que hace parte de una familia numerosa se acostumbra á la comunicación y al amor de la jus-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ticia. Su derecho tropieza á cada paso con otro derecho que lo limita, y se presta fácilmente al deber; la generosidad viene á ser para él como natural, y crece en amor para con sus padres, en amor desinteresado para con sus hermanos y en gracia delante de Dios.

El espíritu de familia, tan propio para conservar la alegría y las buenas costumbres, apenas existe en nuestra sociedad moderna, porque hay muchos "hijos únicos."

Una madre verdaderamente generosa, después de haber aceptado con reconocimiento esa bendición de Dios que se llama una familia numerosa, sabrá ingeniarse para retener en el hogar á su marido y á sus hijos; y para eso procurará "divertirlos," tanto cuanto sea necesario para que no se sientan tentados á irse á buscar en otra parte placeres menos inocentes. Sabrá sobre todo distribuír sus sonrisas, caricias y favores con bastante imparcialidad para no exponer á "José," á ser, si no vendido, cuando menos detestado por sus hermanos!

¡Cuán bella es la madre cristiana rodeada de la juventud y del brillo de su casta generación! *¡Quam pulcra est casta generatio cum claritate!* Es más bella que la palma que crece en la falda del Thabor, cubierta con su espléndido follaje: más bella que la viña que despliega al sol sus pámpanos y sus flores; más bella que la rosa que abre su cáliz en medio de espinas.

Dios que la mira con amor desde lo alto del Cielo, se dispone á perdonarle sus fragilidades, contando al par que sus lágrimas sus *fiat* heroicos.

Embellecida por sus dolores, aun más que por el alegre reflejo de su ternura, se capta, sin exigirlos, los acatamientos de la humanidad, presentándole su frente adornada con los estigmas del sacrificio.

Más feliz que esa ilustre matrona romana, cuyo recuerdo ha conservado la historia, puede decir, mos-

©Biblioteca Nacional de Colombia

trando á Dios y á los hombres los frutos benditos de su amor:—"¡Ved aquí mis tesoros! ¡Ved aquí mis joyeles!" ¡porque ellos harán su consuelo en la tierra y le tejerán una corona en los Cielos!

CAPÍTULO VI

LA MUJER Y EL INFORTUNIO.

Su lote y sus aptitudes.—I. Justifica la Providencia.—II. Alegra su propio corazón.—Las comidas.—El traje azul.—III. Un cambio magnífico.—Thabita.

"A vos os toca aliviar al pobre, á vos socorrer al huérfano." La mujer verdaderamente generosa debe reivindicarse para sí estas bellas palabras que el profeta dirigía á Dios, y considerarse como investida por el Altísimo de una sublime misión, que consiste en hacerse el bondadoso intermediario de su providencia, y la encarnación viva de su misericordia, aliviando el dolor y consolando el infortunio.

A otros toca el ministerio de la doctrina, á ella el ministerio de la caridad. A otros el cetro del mundo, á ella la esponja misteriosa que sabe enjugar las lágrimas y estancarlas. A otros defender la patria en los campos de batalla, á ella abrir la mano para disminuír la miseria, visitar los desvanes, explorar los rincones, para descubrir los gemidos de la desnudez, las blasfemias de la desesperación, para apaciguarlas.

Dios, al predestinarla para esta labor, ha puesto á su servicio tres elementos que el hombre no posee del propio modo que ella, que son el amor, el tiempo y la delicadeza.

La mujer sabe amar mucho; éste es su lote, ésta su gloria, la fuente de sus grandezas y frecuentemente de sus angustias. Además ha recibido la parte más cuantiosa en la distribución del sufrimiento como para dilatar su amor purificándolo; y por eso es por

©Biblioteca Nacional de Colombia

lo que sabe compadecer también, y por lo que el más común de los tormentos que soporta es el glorioso tormento de la compasión.

Para ejercer la caridad no basta arrojar al desgraciado un óbolo que apacigue su cólera mitigando su hambre. El hombre trasfigurado por Cristo tiene derecho á mayor respeto; y hay infortunios que, además del sacrificio de la limosna, exigen, para ser cristianamente socorridos, el sacrificio del tiempo. Pero el hombre es el jefe de la familia, y es á él á quien corresponde, en calidad de tal, el cuidado de los grandes negocios. Cuando ha cumplido su tarea, no le quedan sino unos pocos instantes y él ha adquirido el derecho de consagrar esos instantes á Dios, á su familia ó á sus amigos.

No sucede lo propio respecto de la mujer que ocupa cierta posición en el mundo. Es muy raro que la multitud de sus quehaceres no la deje algún tiempo desocupado en todo el día; sobre todo si sabe levantarse temprano y vestirse en menos tiempo del que supongo que necesita uno de nuestros novelistas para escribir un folletín. El temor del fastidio bastaría para imponerle las buenas obras, en caso de que su corazón no hiciera de ellas una necesidad, y el Evangelio un deber.

Como ciertas flores, ó como algunos vasos frágiles, hay dolores y enfermedades que exigen que no se les toque sino con la más exquisita suavidad, y sólo la mujer posee el secreto de esa delicadeza; sólo ella tiene el privilegio de saber manejarlo todo sin romper nada, de prever hasta lo que no se haya deseado, de adivinar y ofrecer lo que uno no se atreva á pedir; de regocijar sin que uno se aperciba ni de que ella pretende consolar; de curar todas las heridas sin que se sospeche siquiera qué bálsamo es el que ha derramado en ellas. Y el Espíritu Santo, para tributar homenaje á ese magnífico privilegio, ha proferido

©Biblioteca Nacional de Colombia

estas bellas palabras: *¡ Ubi non est mulier, ingemiscit egens!* ¡desgraciado el enfermo que no tiene sino corazones de hombres y manos de hombres en torno á sus dolores!

I

Mujeres cristianas, vosotras sabréis corresponder á la confianza del Altísimo empleando en su servicio los singulares dones que os ha deparado. Cuando Dios solicita vuestra caridad, desde luégo os llama al insigne honor de justificar, con la abundancia de vuestras limosnas, los cálculos de su Divina Providencia.

Dios, principio y creador de todas las cosas, es de ellas también el dueño soberano. Cuando dijo á nuestros primeros padres al bendecirlos:—"Creced y multiplicáos," habría podido hacer la porción de cada uno y conservar la distribución por medio de su intervención soberana, para perpetuar á través de los siglos el nivel de la igualdad; ó bien, habría podido conceder á cada cual, en iguales proporciones, los recursos que constituyen la riqueza.

Pero no lo quiso.

El puso al hombre al frente de la tierra limitada y le dijo:—"¡Anda, ahí tienes el mundo; riega el suelo con tu sudor, fecundízalo con tu trabajo. La porción así fecundizada será la tuya, y nadie tendrá derecho de despojarte de ella; y como tus hijos no serán sino tu sangre, que sobreviva á tu sangre, recogerán tu herencia!"

Por parte de Dios, era sin duda un designio inexplicable el de entregar así la tierra á las ambiciones y á la libre actividad del hombre, designio tanto más inexplicable, cuanto que por él, Dios distribuiría sus dones en una proporción enteramente desigual.

Se comprende que al punto debía resultar una espantosa desigualdad del conflicto entre la fuerza y la debilidad, entre el vicio y la virtud. En breve la

©Biblioteca Nacional de Colombia

miseria debió rozarse con la opulencia, y Lázaro acostarse cubierto de úlceras en los dinteles de los felices del mundo. Dios había previsto esta desigualdad y no quiso hacerla desaparecer. ¿Por qué así? Sin duda, como el orden temporal está esencialmente subordinado al orden eterno, ha contado con la paciencia del pobre, á quien ha prometido las alegrías del Cielo para después de las tribulaciones de la tierra. Sin duda ha querido abrir á la mitad del género humano una fuente abundante de expiación, y suministrarle, en la ingratitud de su suerte, una prueba palpable de su inmortalidad, dándose á sí mismo el magífico espectáculo de la virtud y del amor en las luchas con la miseria.

Pero Dios tenía otro designio que os atañe á vosotras, mujeres cristianas. Ha contado con vosotras, con vuestro corazón, y se ha creído fuerte contra las consecuencias del principio establecido por El. Se ha dicho: con frecuencia la riqueza es el resultado del trabajo y de la virtud; por este aspecto merece un homenaje. A las veces también tiene su origen en la iniquidad; por este aspecto es indispensable que se purifique. ¡Pues bien, yo el Señor, le tributaré ese homenaje; yo le proporcionaré ese medio de purificación, convidándola al honor de concurrir conmigo al mantenimiento del orden y de la armonía en el universo! Yo descenderé hasta mi hermano el pobre; participaré de su lecho austero y de su negro pan; pondré en contacto su alma con la mía, para divinizarla; pondré en su rostro mi propio semblante. Al presentarlo así, trasfigurado, á mi hermano el rico le diré:—¡Hermano mío, tú, á quien yo he dado el lino fino por vestido, la sustancia de la tierra por alimento, las perlas por adorno, con un palacio por morada, por favor, dáme un óbolo para mi muy querido hermano el pobre, que no tiene vestidos para cubrirse, ni pan para alimentarse, ni techo para al-

©Biblioteca Nacional de Colombia

bergar su miseria!" Y quizás él no tenga valor para desatender mi súplica; tal vez sienta conmoverse su corazón al recuerdo de aquel día en que por él corrió á torrentes la sangre de mi cuerpo martirizado y despojado por el amor; y entonces el pobre ya no acusará mi providencia, ó si blasfema, á pesar de eso, su pecado se volverá contra él.

¿Qué será, señoras, si vosotras, no contentas con dar mucho, también sabéis daros en algo? Perpetuaréis así al Salvador, en la medida de vuestras fuerzas, en su misión conciliadora; porque reconciliáis al pobre con el rico quitando todo pretexto á las cóleras del primero, por medio del respeto y del cariño que le atestiguáis.

La caridad es bella en cualquiera que la ejerce: lo es en el hombre maduro que sustrae una hora á sus propios negocios para consagrarla á las atenciones del sufrimiento; lo es en el pobre que destina un denario para otro más pobre que él; lo es, en fin, en el joven que roba un instante á sus placeres para ir á enjugar una lágrima. Pero es, sobre todo modo bella en la "dama," que se aleja un momento de la dicha de ser amada, para ir á llevar un poco de amor á aquellos que no conocen de él sino el nombre!

¿Sabéis lo que el pobre se dice al veros llegar? escuchadle:—"María Inmaculada ha recibido la visita del Angel y ha concebido en su casto seno al 'Deseado del de las naciones." Sabiendo que Isabel será feliz con su presencia, corre, atraviesa las montañas y llega á toda prisa á la villa de Judá. Entra, saluda á su prima, y ved aquí que ésta exclama en el trasporte de su júbilo:—"Sois bendita entre todas las mujeres. ¿Pero de dónde á mí esta dicha, que la Madre de mi Dios se digne venir á visitarme?"

¿Y no es algo de eso lo que pasa, cuando la mujer del pobre os ve abrir la puerta de su mísero albergue, aspirar su olor, y saludarla con una sonrisa que le lleva la esperanza?

©Biblioteca Nacional de Colombia

Al aspecto del semblante tan digno como dulce de la "dama de la caridad;" al ver esos labios de donde mana el consuelo, esas manos en que brilla la limosna, esa mirada que dice, "yo te amo y te compadezco," la pobre mujer se dice en su corazón conmovido y hechizado:—"No, Dios no me ha abandonado, puesto que envía á un ángel que me visite en mi miseria; un ángel que por mí ha dejado el paraíso de la familia y se aleja de las fiestas á que el mundo la convida; un ángel que por mí sabe afrontar el invierno, mojar sus pies acostumbrados á hollar la lana y la seda, cuidar ese traje que ha vestido únicamente para honrarme mejor en mi abatimiento." *¿Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Así se consuela la pobre madre; siente que su alma recupera su dignidad, al ver los sacrificios que impone á otros corazones distintos del suyo el amor de que ella es objeto; no maldice ya á aquéllas á quienes no odiaba sino porque no las conocía, y se siente más dispuesta á amar á Dios, bendiciendo en la que la socorre, á la mensajera de su inagotable caridad.

¡Felices los ricos que de esa suerte saben comprender y llenar su bella misión! porque, mucho mejor todavía que el pobre, tienen el glorioso privilegio de personificar á Jesucristo sobre la tierra.

La grandeza que desciende por misericordia, la riqueza que se despoja por caridad, tal es el carácter del Salvador, y tal es también el carácter del rico misericordioso.

El pobre, sin duda, tiene el insigne honor de ser la imagen viva de Jesús en el sufrimiento, de Jesús que tiene hambre, que llora, que mendiga y que recibe. Sin embargo, el pobre, aun en la altura á que quiso Jesucristo elevarlo, no puede ser su perfecta semejanza: el pobre es pobre por la necesidad de su condición, y Jesucristo no lo es sino por la libertad de su elec-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ción; es rico por la necesidad de su ser. ¿Queréis una imagen más acabada del Hombre-Dios? Buscadla en el rico á quien su condición eleva y su misericordia abate; que posee y la caridad lo despoja; en el rico que pasa "haciendo el bien."

Y notadlo bien, mujeres generosas, el pobre no se crea por sí mismo su dignidad; es Jesucristo el que se la da; mientras que vosotras os creáis libremente la vuestra por la caridad. Así, lo que os eleva os santifica; vuestras prerrogativas son vuestros méritos, y la Iglesia no puede honrar en vosotras la imagen del Redentor, sin rendir, por el mismo acto, homenaje á vuestras virtudes.

II

Cuando el Señor os pide un sacrificio para socorrer un infortunio, os brinda con la oportunidad de proporcionar á vuestro corazón el más dulce de los goces. "Hay más placer en dar que en recibir." Nuestro divino Salvador es el que ha pronunciado esta palabra, que puede causar admiración á muchas almas, pero que no por eso deja de ser una incontestable verdad.

Cuando Dios hizo el corazón del hombre, dice Bossuet, puso en él ante todo la bondad. No fué sino después que vino el egoísmo, y sólo el pecado fué su origen.

¡No! ¡no son el genio, ni la gloria, ni el amor, los que indican la elevación de nuestra alma; antes bien, de seguro es la bondad. Es ella la que da á la fisonomía del hombre su invencible encanto, y constituye de una manera enteramente especial nuestra semejanza con nuestro Padre celestial, á quien la humanidad se complace en llamar "el buen Dios!"

Pero, ¿sabéis lo que hace Dios cuando os pide una buena obra por medio de una inspiración generosa? Os da la ocasión de poner en actividad ese magnífico

©Biblioteca Nacional de Colombia

atributo, que constituye el fondo de nuestro ser: —"Mira, hijo mío, nos dice, conozco tu corazón, sé que tiene sed de placeres, pero ese placer á que aspiras no se encuentra, no, en las vanas alegrías del lujo y del mundo. Creeme, deja á otros esos locos goces que no hacen sino embriagarte, para suscitarte luégo remordimientos; gusta más bien el placer de hacer felices á otros. Yo no hago otra cosa desde toda eternidad y no me canso jamás. Bebe tú un poco de ese vino que alegrará tu alma, abre tu corazón y tu bolsa como abro yo cada día los tesoros de los Cielos para derramar su rocío. Yo bien podría ahorrarte ese placer y no hacer caso de ti; pero me acuerdo de haber puesto en tu corazón la bondad que se dilata, y por eso no he querido agotar la copa, para reservarte la alegría de ayudarme á vaciarla."

¡Hacer felices á otros! Yo no puedo imaginar aquí en la tierra una alegría, una felicidad comparable á esa. Si siempre me ha parecido deseable la riqueza, es porque entre todas las libertades que ella proporciona, da al que la posee la facilidad de saborear á cada instante esa incomparable felicidad.

Pero, me diréis, ¡si ya tántas veces la miseria, superior á mis recursos, ha solicitado mi socorro! ¡Todas las dichas cansan, cuando á fuerza de ser frecuentes se hacen monótonas!

Sin duda que sí; pero Nuestro Señor también había dado mucho hasta aquel día en que celebraba la Pascua con sus discípulos; había dado su palabra, su tiempo, sus sudores, y se preparaba á dar con toda su sangre su último suspiro; y sin embargo, experimentaba todavía una pasión, la pasión de darse á todos, no una sola vez, sino prodigarse, inmolarse siempre. ¡Su corazón adorable supo entonces hallar como último recurso la divina Eucaristía!

Me diréis que nuestro divino Salvador, siendo Dios como es, puede dar mucho sin empobrecerse, porque

©Biblioteca Nacional de Colombia

tiene un poder infinito que poner al servicio de su bondad sin límites, mientras que vuestra caridad, para ser prudente, debe saber acomodarse á la medida de vuestros recursos.

También eso es verdad, pero es muy raro que nuestro poder para hacer el bien sea tan limitado como queremos significarlo. Si la avaricia, la vanidad, el lujo ó el desarreglo pueden extinguirlo, todavía así podéis hallar siempre en vuestras virtudes el medio de ensanchar sus límites. (1)

Mujeres cristianas, sed sobrias, sed modestas, sed suficientemente hábiles para agradar á vuestros maridos por vuestras virtudes, más bien que por medio de los ardides, de la vanidad, y siempre tendréis como dar abasto á las exigencias de vuestro corazón, cuando él os solicita en nombre de la desgracia.

¡A cuántos seres se podría hacer felices con la dicha que se desperdicia en el mundo! ¡Cuántas señoras podrían hacer prodigios de caridad con la mitad de lo que les cuesta en afanes y en dinero el hacer que se diga, hablando de su mesa, por gentes cuyo reconocimiento dura menos que la digestión:—"Allí se come bien!"

¡Todo se ha echado á perder, hasta las comidas! En vez de ser éstas reuniones cordiales en donde los afectos resfriados se reaniman, y en donde los sabrosos manjares favorecen la unión de los corazones, dándoles expansión siempre mesurada, se han convertido en arena en donde se observa para murmurar en seguida; en un teatro en que se hace ostentación de

(1) Era el año de 1859. Yo emprendí marcha para ir á llevar los socorros de mi ministerio y algunas limosnas á nuestros heridos que llenaban los hospitales de Génova. Al pasar por una pequeña ciudad de la frontera, recibí de una pobre mujer una abundante limosna para nuestros soldados. Su hijo, queriendo imitarla, le dijo con admirable sencillez:—"Madre mía, yo fumo todos los domingos un cigarro de á diez centavos. Aquí tienes cinco francos para nuestros heridos; no seré más pobre por eso; sólo si me privaré de fumar durante un año."

©Biblioteca Nacional de Colombia

la riqueza desplegando un fausto ruinoso; en un duelo terrible entre la razón y el estómago. Cuando más se dice uno después de una comida que no hace daño: —"¡He salido perfectamente bien!" con la satisfacción de un soldado que, después de una batalla, se ve en posesión cumplida de sus piernas y de sus brazos.

La mujer piadosa se dará sus trazas para desterrar de la casa que gobierna esos excesos de una civilización extraviada; sabe, sin que pueda notarse, crear á su corazón inagotables recursos; sabe, llegado el caso, desafiar el "qué dirán," y sacudir la tiranía del "uso," para multiplicar su méritos multiplicando sus buenas obras. Sin prescindir del todo de todas las exigencias de su posición, se privará de ciertas delicadezas enervantes, para enjugar una lágrima más, y se mostrará generosa aun con detrimento de su costurera ó de su modista.

Un pobre sacerdote había fundado, con la ayuda de la noble esposa del Gobernador de un castillo, cierta obra piadosa que parecía contar con la bendición de Dios; pero le hacía falta un cáliz. Un día la joven dama hablaba en el castillo delante del sacerdote del éxito alcanzado por una de sus amigas con un traje nuevo; y hablaba de ello de modo que hacía sospechar una próxima y semejante adquisición para ella. El pobre sacerdote, que no pensaba sino en su cáliz, tuvo una súbita inspiración, y exclamó:—"¡Ah, señora, yo no he visto el traje de que habláis, pero lo desafío á que sea tan encantador como vuestro traje azul!" La dama sonrió, y algunos días después el pobre sacerdote recibía de una mano discreta, en cambio de su galantería, trescientos francos para comprar su cáliz.

Bien sé que no es sin esfuerzo que se cumple en tan ancha medida el precepto de la caridad. Si Dios ha puesto en nosotros la bondad, que no pide sino espacio para dilatarse, Satanás ha lanzado el egoísmo

©Biblioteca Nacional de Colombia

que concentra; y, víctima de esas dos corrientes opuestas, nuestro corazón se asemeja á aquel Canal de Constantinopla, que se ve sujeto á los embates de entrambos mares.

La corriente del egoísmo no siempre se remonta con facilidad; ¿pero puede seguirse de aquí que el placer de superarla sea menos dulce? Lejos de eso, porque en esa lucha tenemos ocasión de añadir al placer que resulta de nuestra bondad puesta en acción, la alegría que proviene de una espléndida victoria alcanzada sobre lo que hay de más vil en nosotros.

Nadie se arrepintió nunca de haber sido demasiado generoso.

No sólo es que la bondad que se ha dilatado por una buena obra que nos ha costado mucho, nos prepara, como en otro tiempo á San Martín, un sueño apacible y visiones risueñas, sino que también el egoísmo vencido nos proporciona, como la victoria en Vendôme, un lecho tapizado con banderas.

El hombre misericordioso hace bien á su alma: *Benefacit animae suae vir misericors.* Queridas hermanas, cuya cuna quiso Dios colocar enmedio de la opulencia, haced el ensayo para ver si el Espíritu Santo, al proferir esa sentencia, nos ha engañado. ¿Decís que no sabéis qué hacer? Pues bien, procurad alejaros del fastidio. Si en medio de esa prosperidad vuestra alma está siempre vacía, llenad vuestro corazón y vuestra existencia toda con esos beneficios; si la soledad os abruma, procuráos la sociedad de los infelices; si sentís que la vida os pesa, aligeradla tomando la carga de vuestros hermanos; si lloráis, enjugad vuestras lágrimas estancando las ajenas; si no habéis hallado la dicha recibiendo, ved si, como Jesucristo, la podéis encontrar dando.

Por otra parte, Dios, lejos de despojaros, no solicita nunca vuestra caridad sino para enriqueceros más. Lo que os propone es un magnífico cambio.

©Biblioteca Nacional de Colombia

III

En efecto, ¿qué es lo que él os pide? ¿No es el sacrificio alegre y espontáneo de lo supérfluo en beneficio del dolor? ¿Y qué viene á ser lo superfluo?

Lo superfluo, se me dirá, es la poesía de la vida, mientras lo necesario es su prosa. Hay algo de verdadero en esa definición, y como aquí en la tierra necesitamos un poco de poesía, aunque no sea más que para conjurar el fastidio, dando colorido á la existencia, se puede decir que, para muchos, lo necesario es lo que no alcanza. Sin embargo, no es menos cierto que cuando lo superfluo es abundante y no se sabe disminuírlo generosamente en favor de la caridad, se trueca en cómplice de la muerte y en puerta del infierno.

Lo superfluo atrae el lujo, el lujo fomenta el placer, y el placer es aquella canastilla de flores presentada por una esclava á Cleopatra.

¡Infeliz de la insensata que se goza en hallar esas flores en una vida de molicie y refinamiento, porque en el perfume que exhalan se esconde un áspid cuyo veneno causa la muerte!

Así, cuando Dios os exige la limosna, no os pide sino que por su amor y por amor á vosotras mismas, tratéis de apartar, por medio del sacrificio, esa funesta canastilla; y luégo en retribución de esa caridad, que no es sino prudencia, os ofrece el reinado sobre los corazones, esto es, el más bello de los tronos que un mortal puede ambicionar sobre la tierra.

De la Francia se ha dicho que después del Cielo es el reino más hermoso; y sin embargo, yo conozco un trono mejor que el de Francia: es el que nos prepara la gratitud en los corazones de aquellos que nos aman porque les hemos testificado mucho amor.

Eso es lo único que el Señor ambiciona aquí en

©Biblioteca Nacional de Colombia

la tierra. El prodiga voluntariamente las demás coronas, pero reivindica con celo sin igual el cetro que domina nuestros corazones; y basta repasar la historia de sus obras para ver que nada ha dejado de hacer para obtenerlo.

Esa era la corona que ambicionaba el primer Cónsul, cuando después de la batalla de Marengo decía á Josefina con mucha gracia y algo de envidia:—"¡Yo no gano sino batallas, y vos ganáis corazones!"

Y si me preguntáis por qué ese trono es el más bello de todos, os contestaré que también es el más noble, que os proporciona las más dulces alegrías, que no se sube á él sino por las gradas del sacrificio, y que la victoria que da derecho á él está limpia y pura de toda violencia, puesto que reinar sobre un corazón es seducirlo lo bastante para que él consienta en entregarse.

Por eso es por lo que Dios os propone ese trono á trueque de vuestros alegres sacrificios. Si correspondéis á su llamamiento merecéis primeramente el reconocimiento del pobre que os bendice en su corazón, refocilando su angustia con el rocío de vuestra munificencia. Cierto es que muchas veces la ingratitud es el oprobio de ciertas pobrezas; y merced de no sé qué doctrina perversa, el pobre se habitúa á no recibir sino como en virtud de un derecho, los beneficios que le dispensa una caridad enteramenre gratuíta; pero una dama generosa, lejos de quejarse y desalentarse por ello, se poseerá de tanta más compasión hacia la miseria, cuanto que en ésta verá mucho más que en la maldad del corazón, el principio de semejante degradación; se considerará feliz por tener doble semejanza con su Dios, la del sacrificio y la que apareja el desconocimiento de su misericordiosa ternura!

Merecéis el reconocimiento de la sociedad cuyas tareas consolidáis conjurando las cóleras que la amenazan. Vosotras refutáis este horrible dilema del socia-

©Biblioteca Nacional de Colombia

lismo que os grita:—"O podéis algo contra los males que nos ahogan, y entonces debéis apresuraros á hacerlo palpable; ó nada podéis, y en este caso debéis retiraros con vuestros conventos, vuestras monjas, vuestros templos, vuestras oficinas y todas vuestras vejeces. ¡Dad plaza á un mundo más joven, á una humanidad más dichosa, de los cuales somos nosotros los precursores y los héroes!"

Vosotras, mujeres generosas, les responderéis poniendo aceite en vuestras lámparas y dilatando más y más vuestro corazón tan noble y tan bueno, á la llama del amor de Cristo que os amó hasta la locura, y les gritaréis mostrándoles vuestras obras.—"Nos quedamos, con la alegría de hacerlo mejor que vosotros; porque vosotros sembráis en la aridez de la utopía, y nosotras cosechamos en la fecundidad del sacrificio."

Por último, merecéis el reconocimiento de la patria obligando al Altísimo á perdonarle mucho.

Eran los primeros días de la Iglesia: había en Joppé una viuda caritativa llamada Thabita que vivía para los pobres mucho más que para sí misma. Un día, dice la Escritura, fué el postrero para Thabita. Se llamó á San Pedro que se encontraba en las vecindades, y cuando hubo llegado á la morada de la difunta, los pobres, señalándole los vestidos con que los había cubierto la caridad de la viuda, le clamaban sollozando:—"¡Por favor volvednos á Thabita!" y San Pedro, en el nombre de Cristo, mandó á la muerta que se levantara, llenando de alegría con su resurrección á todos los que lloraban su muerte.

Para las naciones, así como para los individuos, hay una justicia y una misericordia; para ellas lo mismo que para cada uno de nosotros, llega temprano ó tarde la hora de la recompensa ó del castigo, con la sola diferencia de que Dios nunca aguarda á la eternidad para premiar ó castigar á los pueblos, porque ellos cumplen, en cuanto son pueblos, sus destinos en este mundo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Siendo esto así, no es de admirar el que nuestra querida patria conserve su lugar á la cabeza de las naciones, provocando miedo ó envidia, ni tampoco el contemplarla al presente, como en la historia, triunfante de las pruebas y de las conjuraciones que parecían más fuertes que su organismo.

Que otros traten de suscitar desfallecimientos por medio de no sé qué profecía que la Providencia ha burlado siempre, y á la cual ningún mentís desespera; ¡poco nos importa! Yo tengo fe en el porvenir, porque tengo fe en el Espíritu Santo que ha dicho: —"¡Bienaventurado el que comprende al pobre y al indigente; en el mal día Dios le librará!"

¿Cuándo será ese mal día? Lo ignoro; lo que si sé es que en ese día el Salvador perdonará mucho á la Francia, acordándose de sus obras; lo que sí sé es que si la Francia acabara por perecer, no quedarían al Catolicismo para formar su corona, sino naciones casi infecundas.

De todas partes acudirían las inmolaciones de nuestras abnegadas señoras y la sangre de nuestros apóstoles derramada en todas las regiones, á presentarse ante la faz airada del Altísimo para clamarle como los indigentes de Joppé al Apóstol:—"¡Por favor volvednos á Thabita!" ¡Volvednos la Francia, la Francia que fué el Sinaí de tus oráculos y el tabernáculo de tu amor!

Por último, merecéis el reconocimiento del Señor, cuyo bendito nombre habéis amparado contra las blasfemias provocadas por la desesperación, y esta gratitud del Altísimo, á su vez, tejerá para vosotras la más bella de todas las coronas.

Lejos de mí el querer seduciros con palabras mentirosas, y el pretender que la caridad supla por toda virtud. Sin embargo, no creo engañar vuestra inteligencia en provecho de vuestro corazón, si os aseguro, en nombre de Dios, que la limosna, sin ser infalible,

©Biblioteca Nacional de Colombia

viene á constituír para el que la hace una prenda casi segura de salvación.

¿Cuál es el obstáculo que cierra para nosotros la puerta del Cielo? No hay más que uno, que consiste en nuestras propias manchas, según esta sentencia del Espíritu Santo:—"Nada manchado entrará en el reino de los Cielos;" pero el hábito de la limosna aparta ordinariamente ese obstáculo. *Date elemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis.* "Sed caritativos y todo será puro en vosotros." ¿Y cómo podrá ser todo puro en vosotros? En virtud de que la limosna es una victoria sobre el egoísmo, un grande esfuerzo sobre las pasiones, un precioso triunfo sobre la lujuria, y, por tanto, un acto eminentemente purificador. *¡Munda sunt!*

¿Por qué más? Porque la limosna supone amor al prójimo; este amor, para ser verdadero, supone el amor á Dios, y cuando se ama á Dios todo queda salvo. *¡Munda sunt!*

La gracia de Dios puede purificarlo todo; Dios no rehusa su gracia á sus acreedores, antes bien, es solamente con ella con lo que paga en la tierra sus deudas. Así, el que da limosna se hace acreedor de Dios: *Foeneratur Domino qui miseretur pauperis. ¡Munda sunt!* Porque el alma caritativa tendrá en su favor, con la oración del pobre, esta promesa de nuestro dulce Salvador:—"¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!"

Todas vosotras sabéis, señoras cristianas, el inefable milagro cuya relación se lee en la historia de Santa Isabel de Hungría. Más santa que rica y elevada, Isabel se complacía en descender de la colina que su castillo coronaba, para ir á distribuír entre los pobres de su vecindad las abundantes provisiones con que llenaba manchándolo su delantal de Duquesa. Cierto día que había aprovechado una ausencia de su

©Biblioteca Nacional de Colombia

marido para darse la alegría de una de esas excursiones caritativas, lo encontró en el camino de vuelta de la caza, de la cual regresaba más pronto que de costumbre. ¿Qué hacer? Cogida en flagrante delito por su querido Luis de Turingia, que tántas veces le había suplicado que tuviera más miramiento para consigo misma, nuestra Santa se encomienda al Señor. Entre tanto el Duque llega, se acerca, abre con su propia mano el delantal, acompañando la acción con una sonrisa que parece decir:—"¡Todavía vuelvo á encontrarte en ello!" y con grande asombro de ambos, sólo encuentra en el canto rosas.

Para vosotras, señoras mías, esas rosas son un consolador y gracioso símbolo, el símbolo de la corona inmortal que el Señor teje para vosotras con las flores que haya recogido y que no serán otras que vuestras limosnas trasfiguradas! (1)

CAPÍTULO VII

LA MUJER FRÍVOLA.

El tocador.—I. Misión de los vestidos.—Verdugos del cuerpo. II. Cómplices de las pasiones.—III. Obreros de la mentira. Las solteronas.—IV. La moda.—Enemiga del pobre.—De la sociedad.—V. Los elegantes.

"Que las mujeres, una vez vestidas decentemente, se adornen de pudor y de prudencia, más bien que con cabellos rizados, con oro, perlas y vestidos suntuosos."

Por estas palabras, el Apóstol de las naciones prohíbe á las mujeres, no el adorno conveniente y gra-

(1) Quizás debiera yo tratar en el capítulo siguiente de la "resignación en el dolor;" pero para no exponerme á repeticiones, prefiero remitir á mis lectores á mi libro intitulado *Esperanza á los que lloran.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

cioso si se quiere, sino el culto exagerado á su persona con las galas y todo lo que constituye el "tocador."

Este tema, tan fútil en apariencia, es, cuando uno se dirige á las mujeres, si no el más grave, por lo menos el más delicado. A este propósito es muy raro lograr que se acepte la verdad sin suscitar murmullos, y con frecuencia se cree dar prueba de indulgencia, cuando apenas se procede con imparcialidad.

Sin embargo, yo, en mi caso, trataré con franqueza la materia, sin perder por eso de vista las reglas de la más refinada cortesía.

Lisonjear á alguna persona es declararla demasiado débil para soportar la verdad; al decírosla sin embarazo, al par que sin acritud, os ofreceré, señoras mías, una galantería más bella, sin exponerme, abrigo esa confianza, á arrepentirme de haber presumido demasiado.

Decir la verdad francamente es no vestirla sino á medias, y por lo tanto las mujeres que de esa manera se visten no tienen derecho á ser demasiado severas. Por lo que hace á las que tienen el buen gusto de vestirse por completo, ellas me perdonarán de buen grado una franqueza que no podría ajarlas puesto que no puede alcanzarlas.

Con el fin de no llevar la turbación á ciertas almas susceptibles y timoratas, diré desde luégo que un cuidado conveniente para con la persona no es en modo alguno incompatible con la verdadera piedad. El respeto que nos debemos á nosotros mismos y á nuestros semejantes exige un tocado decente y á las veces más ó menos brillante. San Francisco de Sales, ese guía tan ilustrado cuanto amable, "quería que su devoto y su devota fuesen lo mejor vestidos de la multitud, siempre que fueran también los menos pomposos y los menos afectados;" y nuestro divino Salvador mismo, en ninguna parte nos enseña, sea con palabras, sea

©Biblioteca Nacional de Colombia

con ejemplos, que para ser uno perfecto está en la necesidad de ser desaseado. (1)

I

Lo que el Evangelio reprueba, lo que condena el espíritu cristiano, es el abuso de los adornos y de los vestidos; es lo que yo llamaría un "tocador desordenado."

¿Qué es un tocador desordenado?

El tocador es desordenado cuando, como dice Santo Tomás, se usan los vestidos para lograr fines totalmente distintos de los que Dios quiere, y que aconseja la recta razón.

¿Cuáles son los objetos del vestido, ó si os parece mejor, con qué fin debe uno vestirse?

A esta pregunta responde el buen sentido que uno debe vestirse:

1.° Para conservar la salud del cuerpo, preservándola de las malas influencias del aire, pero siempre dejándole una libertad conveniente;

2.° Para oponer una valla á la concupiscencia y ofrecer una defensa á la virtud;

3.° Para establecer la armonía entre la apariencia y la realidad, relativamente al sexo, á la edad y á la condición.

Empero, ¿será siempre para lograr estos objetos que os vestís, ó se os viste, señoras mías? ¡Ah! á muchas mujeres les bastaría un poco de sinceridad para confesar que la vanidad, de concierto con la sensualidad, hace muy frecuentemente de los vestidos los tiranos del cuerpo, los cómplices de la concupiscencia y los obreros de la mentira.

(1) Una mujer, por pobre ó por enferma que esté, deberá siempre por prudencia, y para ahorrarse muchos sinsabores, gastar un aseo exquisito y no presentarse nunca á su esposo en un "descuido" tal que pueda inspirarle disgusto y herir su amor propio, probándole que se hace poco caso de él.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Hay un hecho incontestable, y es que la mujer mundana, por su naturaleza, y gracias á sus costumbres, es delicada hasta donde no se puede más. Más que ninguna, se indigna contra la sujeción, rechaza toda privación y declama contra esta palabra cuya barbarie le causa miedo:—"¡Mortificación!" Con una complexión más endeble, rebusca sus comodidades, se queja fácilmente, exige excepciones y privilegios y teme por extremo todo cuanto puede contrariar la naturaleza. La humanidad lo comprende tan bien que no tiene para con esa flor frágil sino miramientos, solicitud y condescendencias; hasta los mismos confesores se apoyan en esa delicadeza nerviosa para mostrarse tolerantes, demasiado tolerantes quizás, en todo lo que concierne al ayuno, á la abstinencia y á todas las prescripciones de la Iglesia, relativas á la penitencia; en una palabra, mi señora arregla su vida de modo que no tenga nada que alterar en ella, salvo ciertas formalidades de buen tono, en el caso de que llegaran á suprimirse de improviso la religión, el paraíso y el infierno.

¡Pues bien! ¡Es cosa que no se creería si diariamente no se renovara la prueba de ello, que un ser tan endeble, tan delicado, tan quejumbroso, lo trasforma la vanidad en un héroe! ¡Mujeres mundanas, cuántas cosas podría yo referir si quisiera pintar, aunque no fuera más que á grandes rasgos, las numerosas extravagancias que ya no admiran al mundo á fuerza de ser vulgares; las minuciosas tiranías que sufris cada día, los disgustos sin cuento que soportáis, con una paciencia de mártires, para proporcionaros una emoción, para alcanzar algún ruin triunfo y no conseguir al fin las más de las veces sino el ridículo!

No escribiré, no, vuestra historia, por respeto hacia vosotras primeramente, y luégo para no relatar lo que todo el mundo sabe. Por caridad para con vosotras mismas, sólo os pediré un instante de medita-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ción sería delante de un Crucifijo, aunque no sea más que para que oigáis, junto con la voz de Dios, la voz de la razón. Esta voz misteriosa os dirá que os impone infinitamente más cuidados, pesares, cóleras y dolores el arrancar al mundo un pasajero homenaje, que esfuerzos el propósito de lograr la eterna amistad de Jesús.

Me diréis quizás que vuestros maridos os quieren así, y que sólo la obediencia es capaz de imponeros sacrificios tan costosos. Si eso es cierto, los compadezco, y mucho más todavía os compadezco á vosotras. Comprendo que una esposa se atavíe de una manera conveniente y se muestre siempre suficientemente agradable para mantener cautivo en las redes de un afecto legítimo un corazón que el disgusto podría llevarse á otra parte; pero siempre me causará lástima una mujer que no puede ser amable sino con la condición de abrumar á su marido con una granizada de facturas.

II

La vanidad y la sensualidad han consumado una revolución mucho más desastrosa todavía que la primera, haciendo de los vestidos "los cómplices de las pasiones."

¡Cuántas desgraciadas hay que parecen esforzarse en hacer ver á todo el mundo, con sus tocados inmodestos, que han perdido lo que constituía su gloria, ó que están en camino de perderlo!

¡Cuántas criaturas hay que parecen haber emprendido la tarea de fomentar, con refinamientos inauditos y gastos fabulosos, todos los desórdenes de los sentidos, alentando todos sus excesos!

¡Cuántas de esas mujeres que el mundo llama "honradas," porque no han llegado todavía á los últimos límites de la degradación, consideran como un mérito el prender no sé qué incendios, cuyos estragos no alcanza á medir ninguna mirada!

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Cuántas hay que hacen de cada paso, de cada palabra, de cada mirada una audaz provocación á lo más frágil y más encantador que darse pueda, quiero decir, á la inocencia de la juventud!

¡Ah, que el mundo corrompido tenga incienso y coronas para esas deidades paganas, no me sorprende, porque el vicio puede incensar al vicio sin menoscabo. Pero yo protesto á nombre de Aquel que ha condenado al mundo, despreciando sus pompas y proscrito las inmundicias de Corinto y de Babilonia! Dios aborrece y repudia esas criaturas.

Para ellas es para quienes el Señor ha dicho por los labios del Profeta:

"Porque las hijas de Sión se han exaltado en su vanidad, porque se han paseado con el cuello extendido, haciendo guiños con los ojos y señas con las manos, porque han medido todos sus pasos, estudiado todos sus movimientos, el Señor volverá calva la cabeza de las hijas de Sión. En ese día de su cólera, el Señor les quitará sus sandalias magníficas, sus fajas de oro, sus collares, sus hilos de perlas, sus brazaletes y sus turbantes. Les quitará sus cintas de los cabellos, sus ligas, sus cadenas de oro, sus cajas de perfumes y sus zarcillos. Les quitará sus trajes espléndidos y sus punzones de diamante. Les arrebatará sus espejos, sus bandas y sus vestidos vaporosos. En ese día sus perfumes se cambiarán en pestilencia, sus cinturones de oro en cuerdas, sus cabellos rizados en cabeza desnuda y sus corsés en cilicio."

¡Dios no juzga como los hombres! Y una sonrisa impertinente, lejos de desarmarlo, no logra sino aumentar su severidad.

"La puerta del Cielo es estrecha," y si la del infierno es tan ancha, es quizás para ofrecer una entrada más fácil á esas sultanas infladas á quienes una prodigalidad mal calculada haya reducido á no tener con qué cubrirse las espaldas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Acordáos, mujeres cristianas, de que se os ha confiado una grande y noble misión en este mundo que habitáis. A vosotras toca ofrecer á sus miradas un modelo constante de dignidad suavizada por la gracia; á vosotras el reducir al vicio insolente á que se sienta avergonzado, al alejar de vuestro sexo la blasfemia de Bruto:—"¡Virtud, tú no eres sino un nombre!" Vosotras estáis llamadas á conservar en las naciones civilizadas el patrimonio que constituye su gloria, esto es, el bienestar y la elevación.

La presencia del sacerdote no siempre es, ay! una barrera capaz de contener el vicio, cuando éste tiene la osadía de desafiar la opinión; porque por muy sagrado que sea el carácter del sacerdote, hay hombres que fácilmente se resignan á su desprecio; ¡pero al desprecio de una mujer!... ¿Qué hombre se sentiría con el triste valor de afrontarlo sin ruborizarse después de haberlo merecido?

¡Cualquiera que haya conservado en su alma siquiera sea un rasgo de esa religión que se llama honor, me responderá que la cólera de un rey sería menos difícil de soportar que el desprecio de una reina!

Por cierto que eso no constituye un glorioso imperio; pero sólo una virtud lo asegura, y esta virtud, que bien puedo llamar el complemento de toda belleza, es el pudor. Una mujer inmodesta pierde de luégo á luégo el prestigio, perdiendo la estimación; y mucho menos se comprende una mujer sin pudor, que un soldado sin bravura ó que un sacerdote sin fe.

Cuando el hombre obra, ante todo debe seguir el impulso de su conciencia. Muy raras veces deberá inquietarse por la opinión de los hombres; y en muchas ocasiones es deber suyo el desafiarla.

No sucede otro tanto respecto de las mujeres, pues no les basta ser estimables sino que también deben ser estimadas; no les basta ser prudentes sino que necesitan que se las reconozca como tales. Si la opinión

©Biblioteca Nacional de Colombia

es frecuentemente la tumba de la virtud de los hombres, es siempre el trono de la virtud de las mujeres.

¡Feliz la mujer virtuosa y púdica! es la gracia coronando á la gracia: *¡Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata!* El pudor, dice San Bernardo, es la perla de las costumbres, *gemma morum;* la hermana de la castidad, *soror continentiae;* la irradiación de una alma pura, *lampus pudice mentis;* el decoro de la vida, *vitae decus*, y el asiento de la virtud, *virtutis sedes.*

Yo no sé, pero me parece que semejante virtud ha de proporcionar á la mujer alegrías tanto más suaves, cuanto más brillantes dones haya recibido de Dios. Criatura privilegiada, todo lo ve á sus pies, y de todo triunfa como triunfa de sí misma. Reina sin satélites, por donde quiera impone el respeto á su paso, como en otro tiempo el arca santa al atravesar las calles de Sión. Su mirada límpida como su alma, es por sí sola un castigo para todas las bajezas. La veneración universal le paga sin cesar, con tributos de gloria, los combates de un instante, mientras que su corazón, amparado por esa muralla que levanta su pudor, "es un continuado festín;" y por poco que en el secreto de su alma agradecida sepa hacer homenaje de los beneficios que ella recibe al Autor de toda perfección, ella personifica dichosamente la grandeza en la debilidad y la alegría en la virtud.

La mujer que sabe preferir siempre el espíritu de Jesucristo al espíritu del mundo, conserva todo su ascendiente enmedio del mismo mundo; alcanza en él triunfos mejores y más merecidos, precisamente porque ningún conato pone en obtenerlos. Rechazando los ardides con que tántas mujeres se figuran prepararse la victoria, lo que hace es huír de las ridiculeces, y conserva, haciéndola más y más seductora, la gracia de que el Señor ha hecho su ornamento.

El Espíritu Santo, al hablarnos de Judith cuando

©Biblioteca Nacional de Colombia

se preparaba para presentarse á Holofernes, nos hace reparar en los principales detalles de su tocador: —"Se purificó, dice la Escritura, se perfumó con mirra; adornó sus cabellos y ciñó su frente con una venda. Se engalanó con los vestidos de su alegría y se puso sus brazaletes. Tomó lirios, zarcillos, anillos de oro y todos sus ornamentos." Después agrega: —"Y el Señor hizo brillar su belleza, añadiendo á todo ese adorno, un esplendor nuevo."

Eso mismo se ve en una mujer cristiana. La mujer frívola puede engalanarse con los adornos de Judith, pero la mujer fuerte tendrá sobre aquélla una ventaja que nada es capaz de suplir; hablo de ese celestial esplendor, y de ese brillo sobrenatural con que Dios, complacido, hace irradiar las bellas almas.

Vosotras, mujeres cristianas, que habéis tenido el insigne honor de nacer "grandes señoras," ó de haber llegado á serlo, sabed siempre, yo os conjuro á ello, sostener el cetro:—"Que vuestra modestia brille á los ojos de todos." Ninguna gala vale lo que esa gala. Así pensaban las vírgenes heroicas de la primitiva Iglesia, cuando recogían con mano convulsiva en medio de los anfiteatros los girones de sus vestidos desgarrados por las bestias feroces, á fin de morir con decencia, como habían sabido vivir!

No escotéis demasiado el vestido, porque él es el que os ha rescatado del estado natural para poneros en posesión de vuestro destino. Es el vestido el que sustrae á la mujer al comunismo de la mirada y corona su hermosura con la dignidad del pudor. La hermosura es como la divinidad, que habla tanto más á la imaginación, cuanto más reposa en la poesía de lo invisible, tras el velo del santuario.

III

En fin, la vanidad hace de los vestidos los obreros de la mentira; y es éste un tercer desorden que no es posible dejar de deplorar.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Prescindiendo de esos innobles "disfraces," que confunden los sexos y hasta las "especies," ¡cuántos esfuerzos no se hacen para confundir las condiciones y las edades!

Como si la pobreza deshonrara, como si hubiera oprobio en asemejarse por la condición á Jesús y á María, se afana uno por parecer lo que no es. La sirvienta se avergüenza de vestir el traje de Agar, la negociante se da aire de marquesa, la mujer del empleado subalterno quiere rivalizar á la condesa, y la del arrendador competir con las emperatrices. Todo esto es practicado con un furor que no retrocede ante ningún esfuerzo, espanta al joven que querría casarse, obliga al Gobierno á aumentar los impuestos con los salarios, suscita los murmullos de los maridos más discretos y acaba por consumar la ruina de las familias. Eso es lo que ha hecho decir:—"El matrimonio está muerto; el progreso moderno ha hecho de él un objeto de lujo que cuesta demasiado caro."

Como si la vejez fuera un crimen, abundan sobre todo mujeres que no saben resignarse á ser viejas ó al menos á parecer tales.

Santa Francisca de Chantal, cuando estaba todavía en el mundo, era tan modesta, aunque siempre graciosa, que en toda su persona, según dicen, no había nada "de joven sino el rostro."

¡Cuántas mujeres hay de quienes puede decirse todo lo contrario! Se ven algunas que estando en los sesenta, rechazan todo pensamiento serio para ocuparse todavía en las bagatelas que las encantaban á los veinte años. Por el frenesí con que se consagran á engalanarse, se puede creer que se imaginan encadenar el curso de los años á fuerza de cintas, y resucitar á fuerza de flores una primavera que pasó.

¡Pobres mujeres! yo querría poder consolaros y me veo reducido á tener lástima de vosotras. La mujer que repara en su primera arruga ó en su primera

©Biblioteca Nacional de Colombia

cana, experimenta siempre, bien lo sé, una penosísima emoción; ve llegar el día en que ha de perder su poder y sus alegrías, perdiendo sus encantos, si de antemano no ha sabido prepararse otra belleza distinta de la del rostro: la belleza del espíritu y del corazón; otra alegría que no sea la de la vanidad que triunfa: la alegría de una conciencia libre de los asaltos del remordimiento y que puede esperar con toda confianza.

¿Pero será aquello una razón para pretender lo imposible y querer burlar la aritmética mutilando el almanaque? ¿Será una razón sobre todo para adelgazar una joven de veinte años á fuerza de tratarla como á niña para hacer creer más fácilmente que no tiene sino doce? ¿y todo para evitar como un espantajo el precioso título de abuela?

Permitidme que os lo diga con todo el miramiento posible, ¡os engañáis! Mucho menos os costaría que se os venerase como santas, de lo que os cuesta conseguir que se rían de vosotras.

El exquisito y seguro tacto de los mundanos á quienes queréis agradar tampoco padece engaño por vuestros ardides. Ni las cintas, ni las flores, ni todos los cosméticos del mundo, "pueden jamás remediar la irreparable acción del tiempo," porque no corrigen las arrugas ni las canas. Si por premio de vuestros esfuerzos lográis alguna galantería sincera, no será sino de los anticuarios que al veros dirán para sí: —"Ved ahí una momia bien embalsamada."

No hay mueble más embarazoso en una casa que una mujer vieja que pretende ser joven, y á quien es necesario armar todas las mañanas para desarmarla todas las noches.

Es un hecho que una vejez franca y autorizada, que lleva por adornos la alegría y las virtudes, parece menos antigua que una juventud mal aparentada.

Hay una época en que el color violeta es más re-

©Biblioteca Nacional de Colombia

sistente que el rosado. ¡Desgraciada la mujer de cincuenta años que lo olvida! Se esquiva su trato por temor al compromiso de mentir á cada instante, para ver de complacerla; y se repite por lo bajo este pensamiento de cierto moralista:—"El ridículo más peligroso en que pueda caer una persona que ha sido amable, es el olvidar demasiado tarde que ya no lo es." (1)

IV

¿Después de esto, desearéis tal vez, señoras, conocer mis opiniones á propósito de esa reina chiquita y caprichosa que se llama la "moda?" Pues bien, sin rodeos os diré, por un aspecto me agradan las modas y sus caprichos.

Las prodigiosas evoluciones de la moda nos revelan un hecho incontestable, y es el atractivo que lo nuevo tiene para la humanidad. Esto es tan cierto que esta mágica palabra: "¡Novedades!" constituye el más poderoso medio de seducción de los almacenes.

Así la ambición, la sed de lo nuevo, nos prueba que hemos sido creados para otras esferas y nos revela el paraíso.

Si nuestros destinos se limitaran á este mundo inferior, no experimentaríamos en modo alguno este amor instintivo é irresistible á la variación. Un objeto que hubiera logrado la distinción de agradarnos una vez, nos agradaría por largo tiempo. Pero destinados á la posesión de lo infinito, buscamos desde aquí su sensación; apenas nos vemos poseedores de un objeto que ayer nos hechizaba, sentimos en seguida no sé qué disgusto ó lascitud, y nos decimos:—"¿Quién volverá la hoja?" La novedad la vuelve; y al dis-

(1) En 1865 se importaron á Francia, procedentes sólo de Italia, 17,628 kilogramos de cabellos humanos, destinados á mentir!

©Biblioteca Nacional de Colombia

trazar la insulsez de lo infinito, nos ofrece una prueba imperfecta del Cielo, en donde nada es monótono, y por eso nos encanta.

Me agradan, pues, los caprichos de la moda en cuanto son una prueba, entre otras mil, de nuestra inmortalidad: pero aborrezco la vanidad que los provoca, como al más grande enemigo del pobre, como á un azote desastroso para nuestra sociedad contemporánea, como el demonio que expone á la mujer á más numerosos peligros, cerrando su corazón á mayor número de virtudes.

No es seguramente la avaricia el más cruel enemigo del pobre en el corazón de la mujer. Esta es naturalmente sensible, compasiva y caritativa; una desdicha cualquiera la conmueve fácilmente, y cuando tiene recursos bastantes que poner al servicio de su corazón, es raro que haya algún motivo capaz de contrapesar en su alma los requerimientos de la piedad.

Si su corazón queda vencido, es casi siempre debido á la astuta alegación de alguna vanidad que siente la tiranía de la moda. La vanidad es la que echa á pique el corazón de la mujer, la que la vuelve egoísta y cruel á fuerza de empobrecerla; es la vanidad la que arrebatando lo supérfluo y á las veces lo necesario, reprime casi siempre los ímpetus más generosos; es ella la que en el momento en que la bolsa está á punto de abrirse para proporcionar la alegría de una buena obra, exclama:

—"¡Detente, desgraciada! ¿Qué vas á hacer? ¿No ves que la moda ha cambiado desde ayer, que en tu guarda ropa todo ha venido á ser viejo y que es necesario que lo renueves? ¿No ves que de aquí á pocos días habrá gran baile y que es preciso que tú triunfes? ¿No ves que tu amiga se lleva todos los homenajes por su traje de último gusto? ¿Querrías dejarte aventajar? ¡Detente! ¿No ves que ya llega la pri-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mavera, y que necesitarás para entonces un tocado ligero como el céfiro que va á acariciar los bosquecillos, cambiante como la mariposa que va á loquear en los jardines? ¡Detente, imprudente! ¿No ves que tus cintas se descoloran, que tus perfumes se agotan, que tu abanico se desgonza, que tu chal se arruga y tus encajes se ajan? ¿Qué será de ti si no sabes dominar esos impulsos de un corazón demasiado pródigo? ¡Los pobres! ¡Son tan vagabundos, tan ingratos, tan malcriados! ¡No se ve otra cosa en nuestro tiempo! Se ve una asaltada por todos lados, se trata de producir la ruina de todos modos. Pero, al fin y al cabo, es necesario pensar algún tanto en sí misma y reservar con qué vestirse."

Vencida, postrada por tan formidable alegato, la infeliz prefiere á las inefables alegrías de una buena obra hecha y de un dolor aliviado, los mezquinos triunfos que la arruinan sin proporcionarle la dicha. En vez de irse, como un ángel de misericordia, á recoger el reconocimiento y las bendiciones de veinte familias que habría podido socorrer, irá á cosechar en los almacenes los cumplidos interesados de los comerciantes, á recoger en las calles el desprecio de las gentes sensatas y á recibir en los tabernáculos del mundo ciertos homenajes que es honroso no merecer.

Desde lo alto del Cielo ha contemplado Dios las obras y los días de esa mujer; ha visto cómo ha rodado ese oro que su munificencia ha derramado con ancha medida en esas manos, para que pudieran colocarlo en las operaciones incomparables de su misericordia, y ve, ¡oh negro crimen! que todo ello quizás no ha servido sino para ultrajarlo.

¡Ah! aunque haya de suscitar algunas cóleras, y herir ciertas susceptibilidades "demasiado suspicaces," yo declaro que Dios tendrá para esa mujer juicios hartos severos.

El Evangelio es terminante; es terrible para el

©Biblioteca Nacional de Colombia

"mal rico," tanto como tranquilizador para los corazones caritativos. En vano será que las pasiones halagadas inventen subterfugios, porque no podrán mutilar la ley de Dios, y el que ha prohibido el lujo y mandado dar limosna, ha dicho también:—"El Cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra es eterna." (1)

¿Es ese el único resultado deplorable de la pasión de que hablo? No, prescindiendo de las perturbaciones que suscita en el seno de las familias y de las guerras intestinas cuyo principio es ella, yo la denuncio como uno de los cómplices más hábiles, más inadvertidos de la "Revolución."

Si echamos una mirada sobre la Francia contemporánea ¿qué veremos?

Por un lado los campos despoblados por donde quiera; la agricultura recargada con impuestos, quedándose sin brazos; una multitud de terrenos sin cultivar. Por otro afluír las poblaciones en masa hacia los grandes centros en que la industria ofrece á la codicia y al sensualismo una provisión que los campos les rehusan. Allí, millares de brazos cuya actividad podría duplicar los productos útiles de la Francia, agotan sus fuerzas en la producción de futilezas supérfluas, en cuya distribución por todo el mundo están empleados millones de brazos, para ayudarlo á corromperse más y mejor. En esas grandes ciudades, en que todos los intereses se centralizan, todas las malas pasiones atizadas hierven dentro de pechos en que habitan almas desmoralizadas.

Fuera de esto, ¿qué sucede y qué hemos visto? Un

(1) Esto era lo que comprendía cierta mujer fuerte y espiritual, al escribir á uno de nuestros grandes Obispos la siguiente carta:—"Monseñor: La Providencia acaba de enviarme mil francos para que compre un chal de cachemira. He calculado que estando el pan á cinco sueldos la libra, abrigaría mis espaldas con el equivalente de 4,000 libras de pan, lo que me causaría una gran mortificación y por eso os los envío rogándoos que los deis á los pobres."

©Biblioteca Nacional de Colombia

suceso, un rumor, una nada trasmitidos de un extremo á otro del mundo en alas del rayo viene á traer la inquietud al ánimo de los reyes del comercio, y ved ahí que todos esos brazos quedan sin ocupación. Las fábricas quedan en silencio, las máquinas se paran, los talleres se cierran, el crédito se abate, los dineros se ocultan, la vida se hace cara.

¡Que una chispa llegue á caer sobre esa multitud agitada por sordas cóleras, y el rayo al caer sobre un montón de pólvora no sería más terrible!

Ved aquí que todo se trastorna. Los prudentes cierran sus almacenes, las calles se convierten en campos sangrientos, y el edificio social, sacudido hasta en sus fundamentos, hace que las gentes pacíficas se pregunten si será que el mundo toca á su fin.

¿Quién crea á las sociedades esos pánicos? Las causas son múltiples, pero aunque deba yo parecer prodigiosamente extravagante, me atrevo á decir á las mujeres mundanas y sensuales:—"Vuestras pasiones, vuestro lujo, vuestra vanidad entran por mucho en esos azotes, sin que os asista mejor derecho que á Pilato para lavaros las manos."

Quizás me digáis como Luis XIV, "que un rey, gastando mucho, da limosna;" que vuestras prodigalidades sirven de obstáculo á las revoluciones, porque hacen circular el oro y dan á los trabajadores ocasión para ganar su salario. Sí, pero todo eso, lejos de debilitar la centralización, lo que hace es favorecerla. Sí, pero cien mil metros de seda, ó de encajes, no hacen que la Francia produzca una espiga más de trigo ó un racimo más de uvas.

Que todas las mujeres, como "la mujer Fuerte," sepan hilar la lana; que su modestia aniquile toda esperanza de especulación; que finquen su gloria en dilatar el círculo de sus virtudes, reduciendo el presupuesto de sus vestidos, y veremos consumada la más consoladora de las revoluciones. Los campos verían

©Biblioteca Nacional de Colombia

la vuelta á ellos de dos millones de labradores á fecundizarlos; volviendo á ser menos difícil la vida, serán menester menos soldados para contener á los hambrientos; haciéndose las costumbres más austeras, los caracteres serán menos afeminados; la bolsa no tendrá ya el privilegio de dictar supremas órdenes de arresto, ni oráculos tiránicos; la sociedad se verá mejor consolidada, y Dios nos bendecirá porque será menos profanado su día.

V

¡La vanidad! Si se llegara á extirpar esta pasión en el corazón de la mujer, ésta quedaría al mismo instante convertida en un ángel.

Basta un poco de reflexión para apercibirse de que todos los pequeños vicios de la mujer y la mayor parte de sus pecados nacen de esta fuente emponzoñada. Una vez que la vanidad ha tomado posesión de su corazón, la domina y hace de ella desde luégo un ser muy dispendioso y perfectamente inútil. Una elegante ya no es una mujer; porque una mujer es una criatura delicada que sufre, que ama y que consuela, en tanto que una elegante no es ya sino un ser medio racional, que brilla, loquea, murmura, se queja y se cuida.

Tampoco es ya una madre:—"Lejos de amar á los hijos les tiene miedo. Si por milagro en los momentos que le deja el mundo, ve jugar alguna niña enclenque y única, se divierte consintiéndola. Para ella un niño no es un hijo, es un juguete á quien trata como á una muñeca, así como cuando era pequeña trataba su muñeca como á una niña. Es una flor que salta, se divierte, masca confites, hace impacientar á su camarera, reír á su madre, y sienta tan bien en un salón, como una porcelana de Sevres sobre la chimenea.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La vanidad es la que impide á las mujeres mundanas el amarse.

Comprendo que una mujer en ciertas ocasiones se vista y se adorne de manera que guarnezca y hasta realce, si es posible, todas las glorias que Dios se ha dignado derramar en su persona, siempre que se proponga un fin legítimo y que no traspase los límites de un bienestar verdaderamente cristiano. Las más de las veces una parte de su misión consiste en agradar, y sería pretender lo imposible querer impedir á una mujer que se alegre de ser graciosa.

Pero yo hablo de la mujer mundana á quien domina la vanidad; que no contenta con ser bella y con saberlo, quiere, á fuerza de artificios y de gastos, parecer "la más bella;" por eso afirmo que una vez trabado ese duelo, la mujer ya no conoce amigas y no encuentra sino rivales.

Declaradlo muy quedo, señoras mías, las elegantes no se aman; todo lo contrario, se odian; y es sin duda para ellas para quienes se ha podido decir: —"Nunca se alaba bien á una mujer cuando se alaba á dos." Yo iré todavía más lejos diciendo:—"¡La galantería más lisonjera que se pueda dedicar á una mujer de esta especie, es decir mucho malo de aquélla cuya elegancia intimida á la suya!"

Yo me detengo casi confuso al verme tan ruin, al decir tanta verdad, y os pido indulgencia para una sola y última reflexión.

Que una gran señora se regocije de que el Señor la haya colmado de esos dones frágiles, que el mundo envidia, admirándolos, no me sorprende, y bien me guardaré de enrostrarle su alegría como un crimen. Lo que no se puede comprender es que una mujer esté orgullosa de su tocado, y que se prefiera en su orgullo á aquélla cuya apariencia es más modesta.

Razonemos un poco. Lleváis un traje magnífico, tiene seis arandelas y mide seis pies de diámetro en

©Biblioteca Nacional de Colombia

la base. ¡Es soberbio! pero yo os pregunto: ¿por qué esa mirada, ese ademán que revela yo no sé qué insolente beatitud?

¿Será porque el traje es de seda? pero entonces la gloria corresponde á un insecto, y éste es el único que tiene el "derecho de estar orgulloso."

¿Será porque es de un color perfectamente agradable? En ese caso la gloria pertenece al tintorero.

¿Será porque es inmenso? Toca entonces la gloria al artífice que ha trazado su plan con amplitud.

¿Será porque está perfectamente á la moda? Eso prueba que vuestra obrera estaba verdaderamente inspirada.

Pero á vos, al cabo, ¿qué os queda? Os queda el mérito de haberlo pagado muy caro y de probar con eso que tenéis un marido muy rico ó muy desgraciado.

Si era eso lo que queriáis probar, habría habido un medio mucho más sencillo de lograr el objeto, y es el de pasearos llevando en la cabeza una triple corona de volantes hecha con billetes de banco.

Ved ahí lo que es la lógica: no siempre es galante, puesto que ha suscitado este adagio:—"¡Si alguna vez la vanidad hizo feliz á alguien en la tierra, indudablemente ese dichoso no era sino un necio!"

¿Qué más debo decir? Que la mujer mundana, que no tiene otro cuidado sino el de gozar y hacerse admirar, es una mujer que ha perdido, respecto de Jesucristo, la más bella de las memorias; quiero decir, "la memoria del corazón." Es una diosa que dice adiós con sus encajes, sin caer en cuenta de ello.—"Señor, dicen que vuestra belleza arrebata, pero no se ve. Yo también tengo mis encantos y se ven." ¡Permitid que los hombres os olviden para contemplarme, os ofendan por admirarme en un éxtasis culpable, porque también á mí, Señor, me agrada mucho el incienso! Es una esclava liberta que se erige en rival de Dios, para arrebatarle adoraciones que sólo

©Biblioteca Nacional de Colombia

á Él le son debidas, y que lo ultraja con la desnudez de sus espaldas tanto como con la osadía de su mirada. Es una insensata que corre al abismo por una senda sembrada de rosas, arrastrando consigo á los locos que la adoran; ¡y sólo Dios sabe cuán terrible será el infierno para un orgullo saturado de alabanzas y para una carne saturada de perfumes!

¡Oh, mujeres cristianas! mi alma conmovida al recuerdo de lo que ha visto exclama con un grande Obispo:—"¡Por favor no arrojéis á los pies de Satanás las coronas que Jesucristo os ha conquistado!" ¡Dígnese María Inmaculada preservaros de semejante ingratitud, de tal locura, alcanzándoos la gracia de imitarla siempre en su modestia, en su pureza incomparable y en su ardiente caridad! ¡Así os haréis amar de Dios; así cosecharéis la estimación de aquéllos cuyos homenajes tienen algún valor; porque de todas las galas, la virtud es la más bella, la menos dispendiosa, y tiene además el inestimable privilegio de estar siempre á la moda!

CAPÍTULO VIII

LA MUJER MILAGROSA.

La lengua.—I. Malicia de San Francisco de Sales.—Peligros. II. Mal cálculo.—Cinco confesores en una manga.—Damas jóvenes.—III. La maledicencia.—La envidia.—IV. Vanos pretextos.—V. Funestas consecuencias.

¿Cuál es esa mujer? Voy á decirlo: es la que por amor á Dios ó por buen sentido, supo siempre callar á tiempo.

De la lengua se ha dicho con razón que es lo mejor y que es lo más malo que hay, según el uso que se sepa hacer de ella. Es por medio de la lengua, en efecto, que vaciamos nuestra alma en la de nuestros

©Biblioteca Nacional de Colombia

hermanos. Por medio de la lengua se establece la comunicación de los corazones y de las inteligencias. Con ella entonamos cánticos al Altísimo y consolamos el dolor. Sin ella la tierra estaría sin vida, el Cielo sin brillo. Nada, sobre todo, tan delicioso como la lengua de una mujer virtuosa y sensata. Ningunos acordes más suaves, ninguna armonía más arrobadora; se siente que toda una alma delicada y límpida se infiltra en nuestra alma hechizada, con la ayuda de los más dulces acentos; y queda uno bajo el encanto de esa melodía, como se queda, sin apercibirse, bajo la arboleda en que canta el ruiseñor, y se le podría decir con mucho placer, lo que un hombre de talento decía á cierta dama famosa:—"Señora, mi reloj marca las horas, pero á vuestro lado las olvido."

¿Por qué hemos de abusar de ese dón de Dios, así como abusamos de tántos otros? ¿Por qué ha de ser que de la misma fuente broten las aguas dulces y las amargas, la verdad y la mentira, la adoración y la blasfemia, la miel y el ajenjo, la paz y la guerra, la vida y la muerte?

¡Presérveme Dios de imputar á la lengua de las mujeres todos esos desórdenes! Semejante acusación sería una injusticia; y todavía hay un oprobio más que con frecuencia mancha los labios del hombre, y del cual la mujer en general ha sabido preservarse, ese oprobio es la blasfemia. Además confesaré que á propósito de la intemperancia de la lengua, si algunas mujeres saben parecer hombres, hay muchos hombres harto débiles para parecer mujeres; pero, hechas estas reservas, basta que ellas tengan algo de sinceridad, para que confiesen que abusan con demasiada frecuencia de la lengua, poniéndola al servicio de algunas pasioncillas, sea para decir nonadas, sea para destilar hiel.

©Biblioteca Nacional de Colombia

I

Se refiere de Foción, orador ateniense, que antes de subir á la tribuna para hablar á la multitud, tenía la costumbre de meditar profundamente; y como alguno le preguntara un día la razón de su recogimiento, respondió:—"Reflexiono para ver si no puedo recortar nada á mi discurso."

Yo no sé si las mujeres reflexionan bastante antes de hablar; pero seguramente, si lo hacen, no es con el mismo propósito que Foción.

¡Cuántas hay que acaban siempre por fastidiar á aquéllos á quienes interesaba al principio su conversación! ¡Cuántas que, como ciertos ministros responsables, tienen el singular talento de hablar durante una hora sin decir nada! ¡Cuántas que hablan á troche y moche para mostrar que tienen talento, de la propia manera que de todo ríen para hacer ver que tienen lindos dientes! Mucho tiempo hace que se les viene haciendo este reproche.

Alguien decía una ocasión á San Francisco de Sales:—"¿Cómo es, Monseñor, que todas las damas de París se vuelven locas por vos? Por lo que he podido observar, les habláis poco y no les decís sino cosas muy comunes."

—"¡Eso os admira!" respondió el Santo; "¿no sabéis, pues, que para agradar á esas señoras, no es de rigor un bello lenguaje, y que basta tener oídos y paciencia suficiente, para tenerlas atentas?"

Conduzcámonos, señoras mías, de manera que jamás merezcamos de los santos un cumplido tan poco lisonjero. Las primeras joyas que Eliécer presentó á Rebeca fueron unos zarcillos de oro; y esto con el fin, dice un piadoso autor, de enseñar á la virgen que para ser buena esposa debía pensar en el adorno de sus orejas, y prepararse á escuchar y por consiguiente á callar á tiempo.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La intemperancia de la lengua hace imposible la vida interior. La mujer que habla constantemente jamás oye la voz de su conciencia ni la voz de Dios. Sin reflexionar no podría conocerse; sin conocerse, ¿cómo podría enmendarse? y no enmendándose, la perfección se tornaría para ella en una cima que le sería imposible alcanzar.

El silencio, al contrario, humillando por entero el espíritu, produce naturalmente la reflexión, favorece los coloquios íntimos del alma con Dios, facilita el ejercicio de la divina presencia; y Jesús que la ve atenta, entra á su corazón, como en otro tiempo entró al mundo, á media noche, cuando todo era silencio al rededor de su cuna.

La intemperancia de la lengua nos arrastra á muchas faltas.—"El que no peca por la lengua es perfecto," dice el Espíritu Santo; y Nuestro Señor nos previene que habremos de dar cuenta hasta de una "palabra ociosa."

¡Una palabra ociosa! La lengua, me diréis, ¿no ha de servir nunca para hacer el gasto en una amable recreación? No es ese, de seguro, el pensamiento del Salvador, así me complazco en creerlo. Si así fuera, todas las damas, para ser cristianas, deberían cerrar sus salones; y Nuestro Señor no ha querido imponerles este sacrificio heróico, con tanto mayor razón, cuanto que para muchas sería perjudicial.

Una dama virtuosa, con edad suficiente para no ser ni ligera ni absorbente, puede desempeñar una bella misión. Manteniendo sus reuniones con una dignidad siempre amable y una gracia siempre discreta, puede contribuír poderosamente á la conservación de las buenas costumbres y del buen tono en el seno de nuestra sociedad contemporánea. Su palabra siempre agradable, da menos lugar que la del hombre á serias consecuencias; puede conservar más suavemente el orden en una sociedad espiritual y susceptible, y lla-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mar á la observancia de las conveniencias, sin que así parezca, y sin que nadie tenga derecho para creerse herido.

Por otra parte, la eutropelia es una virtud que se practica principalmente cuando uno complace á su prójimo por medio de una conversación que distrae y divierte, sin que ningún interés padezca. Nuestro Señor ha querido, pues, hacernos comprender que Dios para juzgarnos escudriñará hasta nuestras conversaciones más inocentes en apariencia, porque raras veces están puras de todo pecado, y á fin de premunirnos con esa advertencia, contra la intemperancia en el hablar.

Cuando se habla mucho, es efectivamente muy difícil mantenerse en los límites de la conveniencia y de la caridad. A fuerza de gastar se acaba por empobrecer; siendo fácil entonces incurrir en "indiscreciones," que son motivo de arrepentimiento.

Y luégo que cuando uno es largo en sus discursos, es ordinariamente hablando de sí mismo, á lo que se agrega que es más difícil hablar de sí mismo, "que bailar en la cuerda," dice San Francisco de Sales; y es muy raro que en ello no se ofenda á Dios, porque el más grande embustero es el que habla más de sí.

Pero aunque yo suponga que no habéis hecho más que fastidiar á los que os han escuchado por cortesía, ¿no es eso cometer un pecado contra la caridad? ¡El fastidio! pues bien, ese es un sufrimiento tanto más penoso, cuanto que con mucha frecuencia se ve uno obligado á disfrazarlo. La vida nos proporciona bastantes ocasiones para fastidiarnos; guardémonos, pues, de ayudarla en tan triste tarea; sepamos comprender que una cosa que nos interesa á nosotros no tiene por qué interesar lo mismo á todo el mundo, sino que antes bien fastidia á los demás, con tanto mayor facilidad cuanto más grande sea en ella nuestro interés.

Así, ved un marido que vuelve por la noche á su

©Biblioteca Nacional de Colombia

casa agobiado por la fatiga, ó bien, preocupado con algún negocio que le tiene en afanes. Necesita descanso, recogimiento, ó por lo menos algunas palabras cariñosas compatibles con el estado presente de su alma.

Su mujer por su parte habrá hecho algunas visitas durante el día, habrá recogido una multitud de noticias insignificantes que no interesan sino á ella ó á algunas amigas cuyo cerebro tiene las mismas dimensiones que el suyo. ¿Qué necesidad hay de que se apresure á derramar su provisión abrumando á su marido con la relación de tales futilezas? De seguro que si lo alivia es adormeciéndolo y justificando este oráculo del Espíritu Santo:—"Como un camino pendiente y arenoso para los pies de un anciano, así es a lengua de una mujer para el hombre apacible."

II

¡Si siquiera la vanidad, hablando mucho, acabara por hacerse admirar! Pero por lo común sucede lo contrario. ¿Y eso por qué? Es que, desde luégo, cuando se habla mucho, es difícil hablar siempre bien: se viene á parar en cosas extravagantes, inoportunas ó fútiles.

Esto es seguro, principalmente por lo que hace á las mujeres; su instrucción es generalmente muy reducida, muy superficial para que puedan decir por largo rato cosas á la vez interesantes y sensatas.

"Me he arrepentido frecuentemente de haber hablado, decía un sabio de la antigüedad, y nunca de haber callado."

"Cuantas veces estuve entre los hombres volví menor hombre," nos dice el autor de la *Imitación de Cristo*.

Palabras admirables, aunque no se las considere sino bajo el punto de vista de los intereses del amor propio.

©Biblioteca Nacional de Colombia

También ha dicho un pensador:—"Ningún grande hombre lo es para su camarero," porque no hay hombre que no tenga sus pequeñeces, y esas pequeñeces se revelan tarde ó temprano en la intimidad. Todos, hasta los que estén más alto en la estimación pública, necesitamos de que se nos vea á distancia, como los frescos de Miguel Angel, y es hacer un grande elogio de una persona el decir que gana más en la opinión mientras más se la conoce. Así, por la intemperancia de la lengua ofrecemos casi siempre á los complacientes que nos escuchan una revelación muy completa de nosotros mismos; multiplicamos en torno nuestro los "camareros." Es muy raro que nos retiremos después de una larga conversación, sin salir la mitad más pequeños de lo que éramos á los ojos de los que nos admiraban la víspera, únicamente porque no nos conocían bien. Sobre todo, si se tiene la desgracia de ser un tanto fatuo, es en la conversación en donde se revela esa fatuidad, y en seguida se repite uno esta agudeza sangrienta de un gran moralista: —"Oyéndolo experimento siempre un poco de ese placer que causa la vista de un buen mueblaje: su amor propio y él no son sino una misma cosa!" (1)

Si tuviésemos la rara dicha de hablar siempre bien, todavía sería ese un medio poco seguro de hacernos amar. Cada cual tiene su amor propio, se complace mucho á su vez en tener talento, y odia por eso á los que le impiden ostentarlo.

¿Queréis que todos los que os oyen queden encan-

(1) Hay mujeres admirables por este aspecto. Cierta dama llegó un día á decir á un sacerdote á quien conozco:—"¡Padre mío, no tengo de qué quejarme; tengo cinco confesores en mi manga! todos llenos de talento, de experiencia y de ciencia de la vida. Sin embargo, todavía no he podido encontrar mi 'ideal.' ¿Seríais vos tan bueno que quisiérais confesarme?" —"¡Ay, señora, le contestó, á mí me gusta el aire libre, y soy tímido; quedaría apretado en vuestra manga, y malísimamente acomodado en tan numerosa compañía!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

tados respecto de vos? sed bastante discreta, bastante modesta ó bastante hábil, para que al separarse de vos cada uno quede encantado de sí.

Así es el mundo. Basta que le parezca que uno desea sus alabanzas, para que él las niegue. La modestia será siempre el camino más corto para llegar á la gloria, y siempre se podrá decir de una mujer que sabe callar á tiempo, lo que un caballero del botón de rosa que había tomado por emblema: —"Mientras más oculta más bella."

Principalmente, ¿deberé decirlo? es entre "damas jóvenes," entre quienes la conversación es por lo común más perniciosa. Es en ella en la que se desquitan con placer (iba á decir con "licencia"), de la restricción que tan bien saben imponerse en otras ocasiones. Es en ella en la que se dan al viento aquellos secretos sobre los cuales ha querido Dios echar los velos más respetables. Se pregunta, se consulta acerca de ciertas reglas de moral, que apenas pueden tener una media solución en la sombra misteriosa del santuario. ¡De ahí tántas falsas reglas de conducta, tántos hábitos en que el espíritu del mal es el que tiene mejor parte, y de los cuales saca partido únicamente una egoísta sensualidad!

Mejor dicho, es en esas conversaciones en las que tienen á bien quejarse del pretendido yugo que se les impone, y llegan á declararlo insoportable á fuerza de tacharlo de tiránico. Semejantes, forzoso es decirlo, á esos estudiantes amotinados que organizan una resistencia en regla, cuando el maestro está ausente, pero á quienes el temor de un "merecido," reduce pronto al silencio, ellas, cuando están solas, forman los más bellos planes de resistencia, á reserva de someterse después con un poco más de despecho que antes.

En esos conciliábulos es en donde ellas se forman una idea falsa de su rango, de su poder y se habitúan

©Biblioteca Nacional de Colombia

á considerar como otros tántos "derechos," las condescendencias, las concesiones de que son deudoras á costumbres suavizadas por el Evangelio. De ahí las turbaciones interiores, de ahí ese aire altivo y pretencioso que tan mal sienta á una mujer, de ahí esa arrogancia egoísta que recibe sin gratitud los cumplidos más delicados, los servicios más gratuítos, como si todo esto se les debiera por derecho de conquista y á título hereditario.

III

¡Si siquiera no obraran mal sino en su propio perjuicio! pero es el caso que raras veces no tiene el prójimo mucho que sufrir por esa intemperancia de la lengua.

—"¡Bienaventurado, dice el Espíritu Santo, el que nada tiene que temer de las lenguas emponzoñadas!" Estos están en pequeño número, porque son muy pocos los que atraviesan la vida sin verse presa de la maledicencia ó de la calumnia: las mujeres, sobre todo, parecen poseer el triste privilegio de hacer de éstas el principal condimento de sus conversaciones.

Así, muchas de ellas van á hacerse visitas. Unas y otras se han mostrado llenas de solicitud, de amabilidades, de galantería exquisita; pero ved aquí que acaban de separarse. ¡Qué cuarto de hora tan terrible el que la lengua hace pasar entonces á la pobre caridad! y eso era lo que ponía en los labios de una dama prudente estas palabras:—"Cuando estoy en un salón, me doy siempre trazas de ser la última en salir, para que no quede nadie con quien hablar mal de mí." (1)

(1) —"¿Quién es ese pequeño monstruo?" decía una mujer á otra, refiriéndose á una pobre niña enferma:—"Señora, es mi hija."—"¿Ah?..... ¡qué linda es!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Se alega como excusa que es por pasar el tiempo! ¿Pero será eso alegrarse en el Señor, como lo manda el Apóstol? ¿Si amáis á vuestro prójimo como á vos misma, podéis alegraros con lo que á él lo aflige? ¿Seriais dichosa si, por pasar el tiempo, se hablase de vos como vos habláis de las demás? Y luégo, ¿no es más que por pasar el tiempo? ¿Son vuestras intenciones tan puras como decís? ¿En qué consiste que vuestras censuras van á dar siempre contra esa persona, y que jamás os desatáis tan agradablemente ni con tanta chispa como cuando recordáis sus defectos? ¿No será eso por una envidia secreta? ¿Sus talentos, su fortuna, su tocado no serán los que os hieren más que sus defectos? Como aquel ateniense que firmaba el destierro de Aristides porque le fastidiaba oírlo llamar siempre el "justo," ¿no será que tratáis de denigrarla porque os fastidia que digan siempre que esa persona es tan bella como irreprochable?

—"La envidia, dice el Espíritu Santo, es la podredumbre de los huesos;" y Santo Tomás la define así: —"Una tristeza que se experimenta por las ventajas que se observan en el prójimo."

Osada, hipócrita, inflexible, rencorosa, esta pasión no deja un instante de reposo al corazón que devora. Es el buitre que desgarraba á Prometeo. El avaro tiene sus alegrías, el glotón y el voluptuoso las suyas, pero el envidioso no conoce sino torturas; se indigna contra Dios, acusándolo de parcialidad; contra sí mismo, dándose en todo y por todo aires de víctima; contra el prójimo más feliz, á quien considera como el enemigo de su gloria. Como Satanás, cuyo suplicio aumentaba la contemplación de la felicidad de nuestros padres, dice para sí, maldiciendo á sus hermanos:—"Yo arruinaré esa felicidad, abatiré esa grandeza, estancaré esas alabanzas, oscureciendo esa reputación, cuyo brillo me hace mal." Eso nada le cuesta, ningún ardid le hace falta; revistiendo to-

©Biblioteca Nacional de Colombia

das las formas, se insinúa, espía, escucha, circula, desnaturaliza, inventa, si es preciso, para hacer descender más bajo de lo que él está, si es posible, á aquél cuyo mérito lo abruma. Si lo abraza, es para ahogarlo, si le besa la mano, es para morderla, si al principio lo alaba, es para dar á sus críticas el barniz de una imparcialidad mentirosa: *Verba bilinguis quasi simplicia, et ipsa pervenunt usque ad interiora ventris.*

El espíritu de crítica, ese furor de rebajarlo y empequeñecerlo todo, es ordinariamente el resultado de la envidia. El mérito ó el genio están siempre llenos de indulgencia; sólo la mediocridad se complace en manifestarse severa, inexorable, respecto de los hombres ó de las obras que otros admiran. Es una revancha que procura tomar para consolarse de su propia esterilidad. Sería necesario ser muy simple para sorprenderse por eso, y muy cruel para no dejarle de buen grado semejante desquite; tanto más, cuanto que las gentes de quienes hablo son por lo común de buena fe.

Mientras uno está más desprovisto de talento, más pretencioso es en sus juicios, porque es tanto mayor el imperio de las pasiones, cuanto menor es el de la inteligencia. Mientras es uno más incapaz es menos benévolo en su censuras, porque todo parece fácil al que desconoce todos los obstáculos, por no haber tenido que afrontarlos nunca.

Si algunas veces son temibles los hombres de quienes hablo es en fuerza de que son numerosos; pero el alma generosa sabrá hacerse fácil el perdón, acordándose de que la crítica amarga de la envidia vale más, mucho más que su compasión.

Esta pasión demasiado común entre los hombres, hace también sus estragos entre las mujeres, aunque se manifieste con menos claridad y por resultados menos desastrosos. Muchas hay, aun entre las mejores, que no son á las veces malas sino á fuerza de ser celosas.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Ved ahí un esposo que, lleno, sin embargo, de estimación y de miramientos para con su esposa, en cierta ocasión tuvo la necia simpleza de no vigilar bastante sobre sus ojos y sobre sus labios.

Su señora notó esa mirada y oyó esa palabra; y eso ha sido suficiente para que una sospecha tan injusta como cruel surja en su corazón. Comprimida al principio, no se manifiesta sino por cierto humor negro, por una tristeza sombría y huraña, cuya causa no comprende el marido, precisamente porque su conciencia no le lanza ningún reproche.

Pero hé aquí que en breve la atmósfera cargada de electricidad estalla. El rayo brilla y luégo se desata un espantoso diluvio de invectivas y de lágrimas que justifican plenamente este oráculo de la divina sabiduría:—"La lengua de la mujer celosa es un dardo que hiere todo cuanto encuentra; el hombre que la posee se asemeja al que coge un escorpión."

Allí tenéis dos amigas que se quieren y que se comprenden á maravilla; se las llama, "las inseparables." De repente se nota que están malquistas; lejos de buscarse se esquivan; en lugar de amarse se detestan; en vez de defenderse se calumnian.

¿Qué ha sucedido, pues?

¡Ah! Ambas estaban ayer en un salón rodeadas de una sociedad numerosa y escogida. Durante toda la velada se ponderó mucho el traje de la una; no hubo ojos ni elogios sino para sus lindas manos y sus hermosos cabellos; cuando se sentó al piano los aplausos redoblaron. Su amiga ha visto y oído todo eso; las alabanzas de que ella no ha sido objeto han herido su vanidad, su vanidad herida ha producido la envidia, y la envidia ha originado el odio, que se ha encargado de lo demás.

—"La envidia mata á los niños," nos dice el Espíritu Santo, y el Angel de las escuelas nos da de ello la razón cuando nos dice "que las frioleras pa-

©Biblioteca Nacional de Colombia

recen grandes á los pequeños." Los más pequeños triunfos los enajenan, así como las menores derrotas los irritan, y por este aspecto muchas mujeres son niños.

Hasta las personas más piadosas no siempre saben precaverse de esta pasión.

Preguntad á las religiosas sobre quienes ha recaído la difícil misión de gobernar una comunidad de santas mujeres. Si su sinceridad no encuentra obstáculo, os dirán que su mayor cuidado consiste en mantener la balanza de sus favores en buen equilibrio, para que ninguna pueda lisonjearse de ser la "favorita;" que á pesar de su buena voluntad, no siempre logran su objeto, y que si á las veces la paz del Cenáculo se ve turbada por discordias intestinas, es debido á los propósitos, á los murmullos emponzoñados de las que se figuran no ocupar sino el último lugar en el corazón de sus superioras. (1)

IV

Vosotras, mujeres cristianas, sabréis poneros en guardia contra pasiones tan mezquinas y domarlas.

—"Maldito el hombre de doble lengua, nos dice el Señor, porque él turbará la paz de muchos, y no tendrá ningún amigo para descanso de su alma."

—"Yo detesto al detractor," nos dice también; y yo comprendo este horror. La lengua del detractor es como cuchilla envenenada que hiere con el mismo golpe al que habla, al que escucha con complacencia y á aquél de quien se habla. A este último se le roba sin provecho para nadie el más bello patrimonio que

(1) Tampoco es raro encontrar almas descontentas y morosas que se deshacen en propósitos de todo género contra su director espiritual, porque quizás hayan podido apercibirse de que en el santo tribunal ha habido para ellas una paciencia menos heroica que para otras.

©Biblioteca Nacional de Colombia

pueda poseer una alma en la tierra, después del de una conciencia pura; quiero decir, ese trono glorioso que ocupa en el aprecio de sus semejantes, y que se llama una buena reputación.

¿Me diréis que los defectos que os agrada censurar son leves? Sí, bien que lo deseo, y no os acuso de que cometéis siempre pecados graves en esta materia; pero decidme, ¿tendriais de ello la misma idea si se os reprochasen á vosotras mismas? Cuando han alcanzado hasta vosotras ciertas pláticas tenidas durante vuestra ausencia, las cuales en verdad no atacan esencialmente vuestro honor, ¿cuáles han sido vuestras disposiciones? ¡Dios mío! entonces es cuando se abulta todo; y que además de exagerar la malicia de las palabras, se escudriñan las intenciones y se quiere encontrar motivos más odiosos que los discursos mismos. Cree uno haber sido insultado, habla de ello, se queja, estalla, y mientras que todo el mundo lamenta el exceso de nuestra sensibilidad, sólo nosotros nos obstinamos en creer que el asunto es serio y que nuestro honor está en él comprometido. ¿Por qué, pues, tener así "dos pesos y dos medidas?"

Los vicios que censuráis son leves; ¿pero no les agregáis vosotras nada de vuestra parte? ¿No mezcláis vosotras en la relación que de ellos hacéis la malignidad de vuestras conjeturas? Para formar un héroe ridículo que divierta, ¿no le disfrazáis vosotras con vuestros bordados?

Muy difícil es mantenerse en los límites de la verdad cuando ya se está fuera de los de la caridad.

Mientras más leve sea lo que se moteja, más de temerse es la impostura. Hay que embellecer el discurso para hacerse escuchar, y se hace uno calumniador, cuando no creyó ni siquiera llegar á ser maldiciente.

Además, la persona á quien atacáis puede pertenecer á un sexo para el cual todo rencor es una des-

©Biblioteca Nacional de Colombia

honra, toda agudeza un ultraje, toda sospecha una acusación, y el no ser alabado casi una afrenta y hasta una infamia.

San Pablo quiere que las mujeres cristianas estén adornadas de pudor y de modestia; es decir, que estas virtudes sean tan visibles en ellas como los ornamentos que las engalanan; y el más bello elogio que el Espíritu Santo hace de Judith, después de haber hablado de su belleza, de su juventud y de sus cuantiosos bienes, es que nunca se había encontrado en todo Israel una persona que hubiese hablado mal de su conducta, y que su reputación correspondía á su virtud.

¿Sucederá acaso que vuestras censuras afecten á aquellos á quienes la Divina Providencia ha constituído en superiores vuestros? ¡El orgullo, que aborrece la dependencia, se complace tánto en desquitarse de ella hallando debilidades y defectos en aquéllos á quienes está uno obligado á obedecer! Por ese camino se compromete, sin saberlo, su autoridad, exponiéndolos al ridículo; y el desprecio de la autoridad es, entre otros muchos, un azote de nuestra época. Basta que uno esté algo elevado para que se le haga objeto de los discursos más malévolos. Nada se perdona á los grandes, si es que todavía los hay en nuestros tiempos.

Aquellos que han sido más colmados de beneficios, ó más honrados con su familiaridad, son á las veces los que más se apresuran á divulgar sus vicios ó sus desaciertos; y hay muy pocas sirvientas que tengan algo qué increparse por exceso de gratitud ó de discreción, respecto de sus señoras.

Todavía no se detiene ahí la temeridad de ciertos espíritus ligeros. Los tiros de la maledicencia ó de la calumnia nunca son más vivos, ni más brillantes, ni más aplaudidos, que cuando se dirigen á los ministros de los santos altares. El mundo, tan indulgente para consigo mismo, parece no haber conservado severidad sino para ellos. El menor escándalo que descubre en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

santuario lo impresiona tan reciamente, que emplea para propagarlo las cien voces de la fama.

Sin duda el mundo tiene derecho á esperar mucho del sacerdote, pero debería también darse cuenta de las pruebas que soporta, y acordarse de que los vasos sagrados que sirven en el altar, no porque sean de un vil metal, dejan de merecer mucho respeto.

V

Para colmo de desdicha, no se reflexiona bastante que las consecuencias de una palabra inconsiderada, si son frecuentemente desastrosas, son también siempre irreparables. Se pueden expiar los excesos de la sensualidad con la mortificación y la penitencia, los de la codicia con la restitución, los de la cólera con actos llenos de mansedumbre; pero, ¿cómo reparar la difamación?

Se pueden seguir con la vista el navío que se aleja de la playa, el pájaro que hiende los aires, el meteoro que cruza el azul del firmamento; pero una palabra, ¿quién podrá seguirla en su rápido curso, ni calcular, ni prevenir sus efectos?

A nadie más que á uno habéis revelado aquel secreto que abrumaba vuestra vanidad; pero ese confidente, ó mejor dicho, esa confidenta que os ha prometido el silencio de la tumba, tendrá luégo, en virtud de una promesa idéntica, otras confidentas que no mirando ya como un secreto lo que han sabido, impondrán de ello á las primeras que lleguen. Cada una pondrá de su bolsillo algún rasgo envenenado, y bien pronto vuestra palabra semejará, dice Santiago, "una chispa de fuego que trasportada á diferentes lugares, por un viento impetuoso, abrase las selvas y las campiñas."

Aquí se verá á una sirvienta fiel y consagrada que, despedida por amos demasiado crédulos, difícilmente

©Biblioteca Nacional de Colombia

encontrará cómo ganar su pan y el de su madre; allá un pobre artesano, que verá desierto su taller, ó un comerciante que perderá su clientela; más lejos un joven á quien se arrestará sin espera en el momento en que, loco de dicha, tocaba ya al término de sus más queridas esperanzas.

O bien serán una amistad rota, una familia sumida en la desolación, la quietud de una comunidad turbada; ¿qué sé yo? Lo que no era en su origen sino una chanza secreta, una simple reflexión ó una conjetura maligna se convertirá en asunto serio, en el tema de todas las conversaciones; y ved aquí lo que para ciertos espíritus holgados y para ciertos nobles corazones hace frecuentemente inhabitables las "pequeñas ciudades."

Eso es público, me diréis, ¿y por qué ha de ser en nosotras un crimen el hablar de lo que todo el mundo sabe? Sí; os responderé con San Juan Crisóstomo, "pero si estuviérais algo más impresionadas con vuestra miseria, no os quedaría tánta atención para saber las faltas de vuestros hermanos, ni sentiriais tánto solaz en hablar de ellas. Mientras más públicas sean, más bendeciréis en secreto al Señor por haberos ahorrado, junto con tales debilidades, semejante infamia; más vivo sentiréis despertar vuestro reconocimiento, puesto que habiendo caído quizás en los mismos extravíos, Dios no ha querido que se hagan públicos.

Cuando los escribas y los fariseos llevaron al Salvador una mujer sorprendida en adulterio, aunque la falta de esta pecadora fuese pública, Jesucristo guardó un profundo silencio; y luégo, á las malignas y apremiantes instancias de aquéllos para que hablara, se contentó con responder:—"¡El que de vosotros esté sin pecado tírele la primera piedra!" Como si hubiera querido hacerles comprender que no correspondía á pecadores como ellos condenar tan altamente el crimen de esa mujer, y que para tener derecho de

©Biblioteca Nacional de Colombia

tirarle una sola piedra era preciso estar exentos de todo reproche.

¡Cuántos fariseos hay en el mundo!

Esa mujer es culpable, todo el mundo lo sabe. Pues bien, si delante de Dios vuestra conciencia no os hace ningún cargo, hablad libremente, sed severa. ¿Calláis? ¡Ah! ¿vos que os explicábais tan atrevidamente sobre su falta, sois acaso más venturosa que ella, estáis más inocente? Se os cree más virtuosa; pero Dios que os conoce, ¿juzgará lo mismo que los hombres?

Si un incidente imprevisto llegase á descubrir vuestro secreto, ¿en qué vendría á parar esa alegría maligna con que censuráis á la que, sin ser más culpable, no se diferencia de vos sino por su desgracia?

Por otra parte, "la caridad no obra en vano," dice el Apóstol. Así, si los vicios de que habláis son conocidos de aquéllos que os escuchan, ¿para qué relatarlos? ¿Qué podéis proponeros? ¿Acusar la conducta que os ha escandalizado? ¿Pero acaso no ha caído ya sobre ella, como castigo, bastante confusión? ¿Os proponéis quizás lamentar el infortunio del culpable? Guardad para vos, en ese caso, una compasión que más bien es barbarie. ¿Qué más? ¿Será que queréis alardear de haberlo predicho y de que vuestras profecías se han cumplido? ¿Y no es eso venir á haceros un honor de la malignidad de vuestros juicios? ¡Gran gloria es por cierto para un cristiano la de haber sospechado que su hermano es culpable, antes de que lo haya parecido!

Además, ¿qué sabéis de si el primer autor de esas conversaciones públicas no es un impostor? ¡Corren tántos falsos rumores por el mundo; y luégo, la malicia de los hombres los hace tan crédulos respeto de los defectos ajenos!

¿Qué podía haber de más verosímil para los hijos del cautiverio que el pretendido pecado de Susana? Los jueces del pueblo de Dios, venerables por sus

©Biblioteca Nacional de Colombia

años y por su dignidad, declaraban contra ella; todo el pueblo la designaba como el oprobio de Israel; y sin embargo, era su pudor mismo el que le atraía todos esos ultrajes, de suerte que si no hubiera habido un Daniel que osara dudar de un rumor público, la sangre de esa inocente habría manchado á todo el pueblo!

Lo más deplorable de todo es que la compasión misma sirve frecuentemente de pretexto á este vicio que la piedad sincera detesta. A muchas personas les parece que el odio al vicio autoriza para censurar á los pecadores. Los que aspiran á la perfección creen muchas veces honrar á Dios declamando contra los que lo ofenden, como si fuera privilegio de la piedad, de la cual la caridad es el alma, el dispensarnos de la caridad misma.

La verdadera caridad cubre con el manto del silencio y del olvido las faltas de los pecadores, y ruega al Señor que los convierta, dejando á su justicia el cuidado de castigarlos si perseveran en el mal. Le place edificar, pero nunca causar daño; se esmera en hacerse amable para hacerse útil; se siente conmovida por la desgracia de los culpables, más bien que escandalizada por sus faltas; querría hasta ocultárselas á sí misma, en vez de divulgarlas delante de los demás.

Mujeres piadosas, esa amable caridad será la vuestra. Vosotras quitaréis á los enemigos de la virtud, por la prudencia y la moderación de vuestras conversaciones, toda ocasión de blasfemar contra ella; sabréis corregir á los débiles mucho más con la santidad de vuestros ejemplos, que con la acritud de vuestras censuras; viviendo mejor que ellos, les daréis una lección, más bien que hablando contra ellos; procederéis tan bien, que no repararán en vuestra virtud sino por vuestra indulgencia; y la caritativa atención que pongáis en excusar sus vicios los indu-

©Biblioteca Nacional de Colombia

cirá á que ellos mismos los condenen más severamente. De esta suerte honraréis la piedad á los ojos del mundo, y mereceréis que Dios os trate un día como hayáis tratado á vuestros semejantes, con misericordia.

Para haceros más fácil la caridad, sabréis, ante todo, despreciar las viles sugestiones de la "envidia," teniendo presente que el mérito de los demás en nada deslustra vuestro mérito, como tampoco gana éste nada con el ajeno oprobio.

Cuando se tiene la dicha de ser hija de Dios, esposa del Salvador, heredera de su sangre; cuando se lleva dentro del pecho una alma imortal con un corazón puro, es una harto rica para hacer el menor caso de los vanos ruídos del mundo.

El amor, que embriaga el alma justa de delicias inefables, (1) la paz, que hace de su corazón "un festín contínuo," la hace bastante venturosa para que esté satisfecha con su suerte; y el verdadero cristiano jamás es envidioso, porque no puede figurarse que haya sobre la tierra un sér más feliz que él.

CAPÍTULO IX

LA DESPOSADA DE CRISTO.

La virginidad.—I. Los tres votos.—El verdadero poder.—II. El yugo suave.—III. Cómo se ve á Jesús.—La hoja de rosa.

La antigüedad pagana tenía vestales que conservaran el fuego sagrado; pero no es sino á fuerza de vigilancia, de privilegios y de honores que apenas lograba, conservándoles una castidad dudosa, indem-

(1) Cierto niño, un tanto abandonado por su madre, me refería un día la historia de Abel, muerto por su hermano.—"Y tú, le dije, no eres envidioso como Caín? ¿Si tu padre y tu madre amasen más á tu hermano Víctor que á ti, qué harías?" —"Lo amaría, á pesar de todo, como ellos; así seríamos tres, que le amaríamos mucho más que yo solo."

©Biblioteca Nacional de Colombia

nizarlas de un sacrificio que parecía entonces una tentativa imposible.

Más feliz que la Roma de los Cónsules y de los Césares, la Iglesia, en el trascurso de los siglos, cuenta por millares en su seno vestales voluntarias, vírgenes heróicas, consagradas por profesión á la guarda del fuego sagrado del amor divino, del cual es su corazón la más pura hoguera, y cuyos prodigios ya no sorprenden al mundo á fuerza de ser numerosos.

Al hablar de esas vírgenes es que el sabio exclama: —"Cuán bella es la raza de las castas, cuando se ve lucir en ella el brillo de la virtud. Su memoria es inmortal, y se la tiene en honor delante de Dios y delante de los hombres; se la imita cuando está presente y se lamenta su ausencia; triunfa después de la muerte; es coronada para siempre como victoriosa, después de haber alcanzado el premio incorruptible prometido á los que hayan triunfado en los combates de la castidad."

San Cipriano llama á las vírgenes la flor del tallo sagrado, la imagen de Dios reflejando la santidad, la porción más ilustre del rebaño de Jesucristo, el jardín florido que regocija á la Iglesia.

¡Qué cosa hay más dulce, más hermosa, ni más brillante, exclama San Crisóstomo, que la virginidad, que despide un brillo más vivo que los rayos del sol, y que, manteniéndonos separados de este mundo, fija continuamente la pureza de nuestras miradas en el "Sol de Jesucristo!"

La virginidad, dice San Agustín, es el ejercicio perpetuo de la incorruptibilidad de una carne de corrupción. Es la virtud de los ángeles una imitación en la tierra de la vida del Cielo. Las vírgenes, nos dice, además, son las esposas de Jesucristo; su corazón es un lecho nupcial; sus combates están llenos de gloria; son las perlas de la corona eclesiástica.

"Las hijas de Babilonia, exclama San Bernardo,

©Biblioteca Nacional de Colombia

llevan bajo el lino y la púrpura almas hechas harapos; pero vosotras, hijas de Jerusalén, lleváis, bajo los girones de la pobreza, una alma resplandeciente."

"La virginidad, nos dice á su vez el Espíritu Santo, nos acerca á Dios mismo." *Incorrupta facit esse proximum Deo.* Así, cuando quiso salvar el mundo, redujo, por decirlo así, la distancia que separaba á la humanidad de la Divinidad; y preparó de antemano el seno de María Inmaculada, como para solicitar la encarnación del Verbo, minorando su repugnancia. *Non horruisti virginis uterum.*

I

Vírgenes cristianas, ¿quién podría enumerar vuestras grandezas? Os asemejáis á María, por la prerrogativa, que ha preferido hasta al más hermoso título al título incomparable de Madre de Dios. Os asemejáis al Salvador mismo en lo que sintetiza, que es la virginidad en la inmolación. La castidad, que se inmola por la gloria de Dios y la salvación del mundo, tal es el Cristo, y tal también, en cierto modo, la virgen cristiana.

Por los tres votos que la constituyen en su estado, su vida viene á ser como un perpetuo holocausto.

Por el voto de pobreza renuncia á todos estos bienes de la tierra, que tántos otros envidian, prefiere á los encajes el buriel, á la seda la sarga tosca, á los colores alegres y brillantes los colores muertos y sombríos. Por amor de Dios y de la humanidad renuncia á esa poesía que un lujo elegante trae consigo, á todas esas delicadezas que tántas mujeres reclaman, y que su sexo excusa. Por un heroísmo cuyo valor sólo las mujeres son capaces de medir, la virgen cristiana renuncia á ser "bella" ó á parecerlo.

Por el voto de castidad ofrece á Dios el dominio exclusivo de su cuerpo y de su corazón. Ese corazón

©Biblioteca Nacional de Colombia

tan tierno, tan sensible, que tan grande necesidad tiene de amar y de sentirse amado, que forja tan lindos sueños, lo da sin retribución, no á un esposo que la seduce con el fuego de su mirada, la magia de su virilidad y la forma de sus conquistas; á un esposo que fundará su dicha en rodearla de goces, colmarla de miramientos y saciarla de homenajes, sino á un Esposo á quien no verá, á quien no podrá ni oír, ni tocar, y que no tiene, para seducirle, sino su cruz, su corona de espinas y su faz acardenalada, con esta palabra:—"Que la que quiera ser mi esposa se renuncie á sí misma, que tome su cruz y me siga."

Por el voto de obediencia renuncia á lo que la criatura racional tiene de más querido en el mundo: su libertad: abdica esa libertad para resignar su voluntad en la de otra mujer como ella, tal vez más joven, que podrá mandarla todos los días, en cada instante del día, frecuentemente con razón, sin ella á las veces, ó por capricho; y eso sin reservarse el derecho de preguntarle el por qué de sus órdenes, ó de juzgar su conducta. Ella hace todos estos sacrificios libremente, con reflexión, por amor de un Dios á quien no ve, de los pobres, de los niños, de los enfermos, á quienes ni siquiera conoce, y eso para siempre.

El mundo llama locura á semejante desprendimiento; pero una conciencia iluminada por los fulgores de la fe, que ve más lejos que el mundo, porque ve desde más alto, responde que esa locura, que ha descendido de la cruz, es pura y sencillamente heroísmo; y lo que bastaría para probar la divinidad de la Religión Católica, única que tiene el privilegio de hacer germinar ese heroísmo en el corazón que ella fecundiza, es que ha dejado de ser milagroso á fuerza de haberse hecho común.

Este sacrificio completo de la virgen es lo que hace también su prodigiosa fecundidad, porque el sacrificio es, en el orden moral, lo que el genio en el

©Biblioteca Nacional de Colombia

orden intelectual, la simplificación hasta su más alta potencia.

La virgen que ha sabido inmolar á Dios sus bienes, su cuerpo y su voluntad, imprime á su actividad el movimiento más eficaz y más fecundo. Es poderosa, porque está libre de todas las trabas que paralizan ordinariamente á los mundanos; quiero decir, los cálculos de la codicia, los goces ó las dificultades del matrimonio, los caprichos ó las indecisiones de una voluntad independiente. Es poderosa, porque Dios, al tomar posesión de su corazón, lo ensancha, abarcándolo, y hace brotar en él virtudes, tanto más eficaces cuanto más extravagantes parecen. Es poderosa, en fin, porque nada es gravoso para una alma austera y mortificada.

No hay aquí en la tierra sino dos potencias: la vida y la muerte; la vida, porque es el principio de toda actividad; la muerte, porque amenaza la vida, y porque aceptada voluntariamente, es, en el orden moral, el grado culminante de la grandeza.

Es también una ley del mundo que los que consienten en morir sean siempre los señores, porque son los más fuertes, y son los más fuertes, porque en la batalla son los que más ofrendan.

Sin embargo, hállase, asimismo, en la muerte, una circunstancia que la infirma, y es que en el momento en que se hace señora de la vida, por el heroísmo, permanece como envuelta en su triunfo. Si, pues, fuese posible unir perfectamente la vida y la muerte, el poder de la una y el de la otra, se llegaría á un incomparable poder, ante el cual quedaría anonadado cualquiera otro poder aquí en la tierra.

Empero, ese milagro se ha consumado. Jesucristo, Dios y hombre, Señor de la vida y de la muerte, ha dejado á sus discípulos escogidos para que obren todos los milagros que admiran al mundo y que á las veces lo espantan, la cuchilla sangrienta y pacífica de la mortificación.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La mortificación es una muerte que no mata la vida, pero que la manifiesta libertándola. Es la carne sometida á la ley del espíritu; es la esclavitud de los sentidos en beneficio de la razón; es una muerte que vive, una vida que muere, y que tánto más vive, cuanto mejor sabe morir.

La antigüedad sospechó algo de este poder. El atleta se ejercitaba en las abstinencias para fortificar su cuerpo, el sabio para fortificar su espíritu. Roma debió sus triunfos á la mortificación de sus más distinguidos héroes, y cuando el mundo que ella había conquistado se hundió bajo los redoblados golpes de los bárbaros, fué cuando el sensualismo se desplomó bajo el vigor de la austeridad.

Los hombres castos que comen poco, duermen á caballo y despiertan al amanecer; los hombres enervados que comen mucho, duermen sobre plumas y se levantan tarde, tal es la fórmula fundamental de todas las conquistas y de todas las agonías de los pueblos.

¿Y qué vendrá á ser, cuando la austeridad, en lugar de secundar el egoísmo, se ponga al servicio de la fe, de la esperanza y de la caridad? Preguntad al mundo qué piensa acerca de eso, y os responderá que nada hay más á propósito para inspirarle miedo.

Preguntadle cuál es el motivo de todas esas precauciones, más ó menos tiránicas, con que estorba la libre expansión de las falanjes religiosas. Si es sincero os dirá:—"Sois demasiado flacos, y como César soñando el imperio, desconfío de los hombres flacos. (1) Nosotros no podemos luchar con vosotros en punto á virtudes y abnegación. Vosotros encontráis en vuestros ayunos, disciplinas y castos entusiasmos, recursos increíbles cuyos secretos no poseemos; nosotros amamos el placer y vosotros el dolor; nuestros sentidos necesitan de muchas cosas, á los vuestros

(1) Shakespeare pone en boca de César, hablando de Bruto y de Casio, esta expresión:—"Yo los querría más gordos."

©Biblioteca Nacional de Colombia

nada les hace falta; entre vosotros y nosotros ya no existe la igualdad, y desde luégo, se os debe negar la libertad como una compensación en nuestro favor."

Apóstoles del Crucificado, enorgullezcámonos de sembrar esos temores. Los fariseos creyeron anonadar el poder del Salvador clavándole en el patíbulo, y fué desde ese patíbulo desde donde salvó al mundo; si nosotros clavamos también en él nuestros miembros continuaremos la obra de su libertad.

Si la Iglesia tiene por qué gemir y velarse la faz, es cuando por causa del lujo y del placer "la sal de la tierra se vuelve insípida."

Bien lo sabe el mundo; y así, cuando quiere triunfar de la posteridad de Cristo, arrancándole alguna apostasía, comienza siempre por alejarla de la Cruz para brindarle, como ciertos procónsules á algunos mártires, con un lecho de rosas en un jardín de delicias. Sabe que una alma es siempre libre cuando vive en un cuerpo que no siente ya necesidades, y que es muy difícil avasallar á un hombre que puede llamarse soldado sin pre de una idea que no tiene su objetivo sobre la tierra! (1)

Para no hablar sino de nuestras vírgenes católicas, ¡vedlas más bien en su labor! Ved á la hija de San Vicente de Paúl en nuestros hospitales, nuestras ambulancias y nuestros asilos de huérfanos. Ved á la hermanita de los pobres pidiendo para "sus viejos," y sus enfermos, cuyas llagas cura y cuyas camas tiende. Ved á esa joven hermana de las escuelas, de la cual apenas se habla y á quien menos piensa nadie en admirar. Comparad su día con el día de una mujer mundana, y decidme en cuál se encuentran el heroísmo y la fecundidad.

(1) La mayor parte de las grandes cosas, el Cristianismo sobre todo, se han desarrollado por la acción de dos elementos que parecen estériles por su naturaleza: la "virginidad" y la "muerte."

©Biblioteca Nacional de Colombia

Más madre que muchas madres, vedla rodeada de una multitud de niños á quienes ni ha llevado en sus entrañas, ni ha alimentado con sus pechos, pero á los cuales inculca con las primeras nociones de la fe, los primeros rudimentos de la ciencia. Aceptando libremente las más penosas cargas de la maternidad, sin probar ninguno de los beneficios que las aligeran ó las compensan, forma con amor el corazón de esos pequeñuelos que la fatigan, sin conseguir irritarla jamás, y despierta su inteligencia con los ardides de una paciencia que nada es capaz de desalentar.

En breve ella no verá ya más esos niños; otros, al recoger los frutos de sus precoces virtudes, recogerán también con ellos, sin conocerla, el fruto de sus cuidados, de sus talentos y de sus inmolaciones.

Pero nada de eso le pasa á ella por la imaginación. Su corazón angelical consuma el heroísmo sin saberlo: solamente sabe que esas niñas pequeñitas serán un día madres; que educarán á sus hijos como ha sido educada ella, en una piedad generosa y tierna, y que, gracias á sus cuidados, Dios será glorificado; eso le basta. ¡Poco le importa que esos niños no sean sangre de su sangre y que no deba volver á verlos! Es á Jesús niño á quien venera, á quien ama y acaricia y á quien rodea de su solicitud; y el dulce Jesús está siempre con ella; le ha hablado por la mañana y la bendecirá por la noche; la alegra sin cesar para coronarla algún día! (1)

La virgen es fecunda por el apostolado que resulta del destello de la juventud unida al brillo de la modestia y de la virginidad. *¡Tota pulchra es.....*

(1) Atravesando un día un monasterio, Santa Teresa encontró á su paso á un niño; y pensando que fuera pariente de alguna religiosa, le preguntó por su nombre; el niño le respondió: —"Decidme primero el vuestro y yo os daré luégo el mío." —"Pues bien, yo me llamo 'Teresa de Jesús." Entonces el niño sonrió amorosamente, y le dijo:—"¡Yo me llamo 'Jesús de Teresa!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

Oculi tui columbarum! "Eres bella en tu candor y tus ojos son los de la paloma." Sin duda es á ella á quien se pueden aplicar estas palabras del Cántico de los Cánticos.

Habéis visto pasar la hija de Babilonia, el ídolo de "medio mundo;" ved ahora venir la hija de la caridad: ¿cuáles son las emociones de vuestro corazón? Si sois mundano diréis:—"¡Qué lástima!" porque el mundo acostumbra tratar á Dios como el mal rico trataba á sus convidados. Pero vuestra veneración no por eso dejará de rendirse á la virgen modesta, y vuestro desprecio arropará al ídolo perfumado. En la una veréis la esterilidad del egoísmo, en la otra la fecundidad de la abnegación. ¡Tal vez también, si no lo habéis olvidado todo, sentiréis algún remordimiento al recuerdo de vuestras profanaciones!

La virgen es poderosa en la oración. ¿Cómo podría Dios no escucharla?

La mujer que ha consagrado á Dios su belleza, le ha hecho dón de lo más arrebatador que hay en la naturaleza; la mujer que ha dado á Dios su inocencia le ha hecho dón de lo más suave que hay en la virtud: la mujer que ha dado á Dios su amor, le ha hecho dón de todo cuanto hay de delicioso en el corazón.

Apoyada en esta magnífica ofrenda, ¿no tiene la virgen derecho de pedirle todo? ¿No es el dón de los milagros el gaje de los santos que se inmolan sin reserva?

Si una esposa llena de gracia, fiel y abnegada, raras veces puede temer una negativa de parte del esposo á quien hace feliz, qué decir de la virgen inmaculada que puede clamar á Jesús su esposo omnipotente:—"¡Oh dulce Jesús, Rey amadísimo de mi corazón, para probaros mi amor os lo he dado todo; si soy pobre, es mi corazón el que me ha despojado, y ese corazón vos lo poseeis todo entero, porque os ama más que á todos los reinos del mundo, más que á todas

©Biblioteca Nacional de Colombia

las embriagueces de los sentidos, más que á todas las alegrías de la independencia. Y ahora si este pobre corazón que os pertenece sin reciprocidad, os solicita, os implora en favor de los pecadores ó de los desgraciados, es también porque os ama, porque vuestra gloria es su felicidad!"

Nosotros nunca podremos saber de cuántos favores, de cuánto perdón es deudor el mundo á las santas austeridades, á las plegarias fervorosas de las heroicas hijas de la Trapa ó del Carmelo, á quienes se acusa de que son "inútiles."

¡Ay del mundo el día en que las santas lágrimas dejen de regar el suelo del claustro, ó en que el incienso de la oración deje de arder delante del "Santo de los Santos!" No ofreciendo ya entonces la tierra una compensación suficiente por los crímenes de los malos, llegará la hora de la justicia, el principio del fin. *Haec sun tinitia dolorum.*

II

No contento el mundo con murmurar contra el heroísmo de nuestras vírgenes, aunque de él se aprovecha por completo, se permite también compadecerlas. Por muy dulces que les parezcan ciertos placeres, ignora que hay uno que los sobrepuja á todos, el que consiste en abstenerse de ellos por virtud; ignora sobre todo que la virgen fiel á su vocación posee un privilegio que constituye su fuerza, y que vale mucho más que todas las felicidades: la paz en el amor y el amor en la más perfecta seguridad.

El amor es un yugo, por cuanto siempre impone sacrificios. La madre que ama á su hijo, la esposa que ama á su esposo, saben cuánto cuesta amar.

Yo no hablo de ese amor que tan bien se ha definido diciendo que es el egoísmo bipersonal.

El amor es al propio tiempo un "yugo suave,"

©Biblioteca Nacional de Colombia

porque el mismo amor al imponerlo lo aligera. Jacob amaba á Raquel; para lograr su mano, sirvió catorce años á aquél que debía ser un día su padre; pero esos años le parecieron cortos, dice la Escritura, tanto así era grande y vivo el afecto que profesaba á la hija de Labán. *Videbantur illi pauci dies, præ amoris magnitudine.* Jacob es la imagen de todos los que aman. Para ellos el amor abrevia siempre dos cosas: el tiempo y el sacrificio. Luego, sea que tenga por objeto á Dios, ó á la criatura, el amor no tiene sino un nombre, una ley. Para las esposas de Jesús, el amor es también un yugo, pero el yugo más suave de todos, *jugum meum suave est.*

De todos los amores el más suave es el amor de Jesús, porque de todos los esposos Jesús es el único cuyo amor regala á sus esposas con la paz que resulta de la plenitud.

—"Todas las cosas, dice San Pablo, han sido creadas para el hombre, y el hombre para Cristo." Amar á Jesús, ved ahí el objeto esencial de su vida, esa es para él la felicidad. Su corazón es como la aguja imantada que no reposa en tanto que no ha dirigido la punta hacia la estrella polar, y esta estrella es Nuestro Señor. Esto fué lo que comprendió San Agustín, cuando exclamaba: *Inquietum est cor meum, Domine, donec requiescat in te!* ¡Mi corazón, Señor, no tiene reposo hasta que no descanse en ti!"

Es ese vacío que queda en el corazón á pesar de los tesoros que derrama en él una ternura vulgar; es ese disgusto que inspira una afición monótona, lo que apareja á muchas mujeres tántos peligros, convirtiéndose en la fuente de incomprensibles sufrimientos. Muchas hay que no son culpables sino á fuerza de ser desdichadas, y que no son desdichadas sino por haber querido colmar con la embriaguez de un amor imaginario el abismo sin fondo de un corazón que sueña éxtasis infinitos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La esposa del Salvador no tiene que temer ni ese vacío ni ese cansancio, porque tiene la dicha de amar á Aquel que hizo su corazón más grande que el mundo, reservando para sí sólo el cuidado de colmarlo. Las que hayan amado por un cuarto de hora á ese divino esposo, que han sabido merecer á fuerza de inmolarse aquel incomparable favor, pueden mil veces mejor que yo relatar las santas enajenaciones que proporciona.—"Conozco una persona, decía Santa Teresa, hablando de sí misma, que para pintar su pena, improvisaba, sin ser poeta, versos llenos de sentimiento." Eso no era por cierto la obra de su talento sino un arranque de su alma atormentada por el amor. Para disfrutar mejor la gloria en que la envolvía tan delicioso martirio, se quejaba á Dios, y su queja se exhalaba espontáneamente en una poética melodía; hubiera querido que todo su ser, cuerpo y alma, brillara para hacer ver exteriormente el exceso de dicha que le ocasionaba esa pena. En esos instantes le habría sido dulce afrontar los más crueles tormentos por su Dios. (1)

El yugo del Salvador es el más suave de todos los yugos, porque de todos los esposos es El el que tiene la vista más perspicaz.

Es muy raro que una criatura, por muy amada que sea, conozca todas las manifestaciones del amor de que es objeto. Frecuentemente el esposo á quien se ama está separado de su esposa por las necesidades de la vida; él sospecha, pero no conoce, ni todos los pensamientos que se dirigen á él en cada instante del día, ni todos los trasportes y alabanzas de que es objeto; no ve ni todos los pasos que se dan por él, ni todas las angustias de que es causa; no podrá regalar á su esposa con la incomparable alegría que experimenta un corazón cautivo, cuando puede decirse:

(1) ¡Qué bueno es amar á Jesús! me decía un día el santo Cura de Ars, jamás se fastidia uno de ello.

©Biblioteca Nacional de Colombia

—"¡Nada se le escapa de cuanto hago para probarle mi amor!"

No sucede así con el divino Esposo. La virgen piensa y obra siempre en su presencia; una palabra de sus labios, un suspiro de su corazón, una privación ligera provocada por el recuerdo de su "muy amado," nada se escapa á la mirada de Jesús. Nada hay que él no conozca y de que no conserve recuerdo. ¿Qué digo? El ve el amor de que es objeto, no solamente en sus efectos, sino también en sí mismo; y esta intuición pone á la virgen al abrigo contra ese suplicio que experimentan siempre aquellos á quienes el amor arrebata, esto es, la impotencia de expresarlo.

El yugo del Salvador es el más suave porque El es el más fiel de los esposos.

Los paganos habían dado alas al amor porque es "versátil." ¡Cuántas desgraciadas hay en el mundo, que todos los días adquieren de ello la más triste experiencia!

Un Rey de Francia había hecho venir de las remotas regiones del Norte á una Princesa resplandeciente por la majestad de la sangre y de la belleza. Acude solícito, adorna sus castillos reales, le parece que sus palacios no son bastantes capaces para recibir á aquélla cuyos encantos no ha visto sino en pintura. La Princesa llega, sube la escalera de honor, completamente feliz y llena de galas; Felipe Augusto da un paso, baja y vuelve..... Ha visto á Inés, que de dama de honor que era, viene á ser la Reina, mientras que la infeliz Ingalburga, de Reina desciende á la triste condición de cautiva desolada! ¡No había sido necesario un día para arrebatarle con ese corazón real la más bella de las coronas: había bastado una mirada!

Vírgenes cristianas y puras, vosotras no tenéis que temer las angustias, la indecible desesperación que causan tales inconstancias. Jesús ama siempre más de

©Biblioteca Nacional de Colombia

lo que se le ama, y nunca es el primero que se cansa de amar, siendo este divino Esposo de quien pudo decir el discípulo virgen:—"Jesús amó á los suyos que estaban en el mundo, y los amó hasta el fin."

El yugo del Salvador es suave, porque de todos los esposos El es el único de quien no hay que temer la separación.

La unión más íntima, la unión perpetua, sin cuidado por el porvenir, esa es la grande aspiración del amor. Empero, entre los que se aman en la tierra, ¿cuáles son los que pueden deleitarse en la embriaguez de semejante unión? ¡Ah! toda afición humana que aspira á esta dicha, encuentra siempre dos enemigos implacables: la ausencia y la muerte.

La ausencia tiene siempre uno de dos resultados: al separar á los que se aman, ó debilita el amor, y eso es una desgracia, ó no hace sino vivificarlo, y entonces acarrea una melancolía dolorosa que á las veces tiene por término el sepulcro.

Pero la ausencia deja siquiera á los que se aman un consuelo, dejándoles la esperanza de volver á verse pronto. No sucede lo mismo con la muerte que para muchos consuma en absoluto la separación. ¡La muerte! Es terrible principalmente para los que se aman, no porque hace sufrir sino porque separa.

Se cuenta que un noble Lord, condenado á entregar su cabeza á la cuchilla por haber permanecido fiel á su conciencia, pidió la última entrevista con su esposa querida. Después de la entrevista, que fué larga, y en la cual sólo el silencio y las lágrimas hablaron, el Lord salió exclamando:—"¡Ahora ya la amargura de la muerte ha pasado; lo demás es un detalle!" Grito sublime de un corazón amante que quería decir:—Para mí la amargura de la muerte no está en la presencia de ese tajo que de un golpe va á hacer rodar mi cabeza delante de las filas apretadas de una turba estúpida; ni está tampoco en ese "frío" terri-

©Biblioteca Nacional de Colombia

ble y supremo que hace de una víctima un cadáver, no; yo he bebido á grandes tragos la amargura de la muerte en los ojos de una esposa trémula, en el momento en que los míos le decían:—"¡Adiós, vive tú si puedes: en cuanto á mí, voy á morir!"

¡Venturosa la virgen que ha dado su corazón sin reserva al Hijo de Dios! La muerte, al arrancarla de la tierra, la separa de aquello que nunca amó, para unirla eternamente á Aquel que recibió su amor con sus juramentos, y su júbilo se asemeja al de María, cuando vino la muerte á decirle de parte de su "muy amado," al cabo de veinticinco años de separación: *Veni sponsa mea, veni cito.*—"Ven mi prometida, ven presto."

III

La criatura se ve, me diréis, se puede oír y tocar, y es fácil amarla. Pero á Jesús no se le ve, no se le puede oír ni tocar, y siendo así, ¿cómo amarlo? ¡Oh, si yo pudiese oír su voz, si me fuese dado hallar una mirada!

Sin duda que si nos fuera dado oír la voz del Salvador, contemplar su faz adorable, nos sería fácil amarlo y hasta sacrificarnos para probarle nuestro amor. Digo más: quizá nos sería imposible no amarle con trasporte, porque, ¿qué corazón podría estar seguro de quedar dueño de sí bajo la influencia de una hermosura cuyos encantos son infinitos? Pero, precisamente por eso es por lo que Jesús se vela, se oculta; se oculta para dejar al amor todo su mérito, á la abnegación toda su grandeza, dejándolos en plena libertad.

Por otra parte, ¿es evidente y seguro que una virgen fiel no vea á su divino Esposo? Preguntadlo á su corazón, y ese corazón puro os dirá que ve al objeto de su amor en dos espejos: lo ve en ese espejo que

©Biblioteca Nacional de Colombia

llamamos mundo visible; el firmamento sembrado de estrellas se lo muestra, así como la flor que abre al sol su corola brillante. Dios, dice Santo Tomás, hizo todas las cosas en su Verbo, cuya belleza sirve de "ejemplar" á todas sus obras; y cada criatura es más ó menos bella, según que refleja en mayor ó menor grado esta belleza esencial, absoluta. Así, la virgen contemplando un lirio, una rosa, dice para sí muy quedo:—"¡Oh dulce Jesús, cuán arrebatadora debe ser vuestra belleza, cuando esta flor tan bella, tan suave, refleja apenas su más leve destello!"

La virgen contempla á su divino Esposo en ese otro espejo, de muy diferente fidelidad, que llamamos el Santo Evangelio. ¿Qué se necesita para conocer una mujer, un hombre, para ver su fisonomía? ¿Será preciso contemplar su rostro, sus ojos, sus cabellos, sus vestidos? Eso no basta, ni es necesario. Dos cosas son indispensables: conocer su palabra, que revela su espíritu y sus actos, que revelan su corazón, porque el espíritu y el corazón son el hombre. —"Habla á fin de que te vea," decía alguno. ¡Pues bien! Nuestro Señor, no solamente ha hablado á fin de que viésemos su espíritu en sus palabras, sino que también ha obrado y ha sufrido, y ha querido que su Evangelio inmortalizase sus actos, para que cada día pudiésemos contemplar en una fervorosa oración las riquezas de su corazón adorable. Este es el espejo que la virgen consulta puntualmente todos los días, al despertar, en el momento en que la mujer de Babilonia está todavía sumergida, durante largas horas, en la delirante languidez que, para ella, sigue siempre á la estrepitosa embriaguez de la víspera.

No solamente ve la virgen este esposo encantador en las labores de la meditación, sino quizás también en la suavidad de una milagrosa intuición.

La virginidad es con frecuencia el pedestal del éxtasis, así como también el del pensamiento.—"¡Bien-

©Biblioteca Nacional de Colombia

aventurados los limpios de corazón, nos dice el Salvador, porque ellos verán á Dios!" Jesús no ha dicho que no cumpliría esta promesa desde la tierra. Él tiene favores particulares para las almas que se lo han dado todo; caricias de una dulzura incomparable para los corazones que se muestran pródigos para con El, y está siempre impaciente por mostrar á esos corazones que nunca es él menos generoso, sino que al contrario, se complace siempre en dar mucho más de lo que recibe.

Y como á la virgen que se ha inmolado sin reserva no le puede dar ni las riquezas que desprecia, ni las distinciones que rechaza, le da, entre tanto que llega la gloria inmortal, que no puede otorgarle todavía, el único bien que ella anhela; la conduce con el discípulo "muy amado," á las cimas serenas del Thabor para encantarla con la vista de su humanidad transfigurada! O tal vez hace más, le permite como al Apóstol virgen, que repose su cabeza sobre su pecho adorable! (1)

Venturosa, pues, la virgen fiel que se entrega á Dios sin reserva, y que no sustrae ninguna partícula del holocausto.—"No conozco á nadie más feliz en el mundo," dice Santa Chantal, que la religiosa que ama á su Dios, su regla, á sus superioras y á sus hermanas.

Dichosas las casas que habitan esos ángeles, cuando el egoísmo se ha relegado del corazón de los que mandan, y el orgullo se ha ahogado en el de los que obedecen.

Si ese asilo no es siempre un paraíso, á pesar de

(1) Santa Teresa conservaba en su corazón una afición que, sin ser culpable, la preocupaba. Jesús la castigó con crueles sequedades. Por un esfuerzo supremo, la Santa renunció á esa adhesión demasiado humana. Entonces Jesús, apresurándose á inundar su corazón en una alegría celestial, le dijo:—"¡Teresa, ahora que eres enteramente mia, yo soy enteramente tuyo!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

las austeridades que en él se practican, es porque la inmolación no es completa, es porque la naturaleza se ha reservado su parte. Jesús es un esposo celoso; y si es pródigo para con los corazones que se le entregan enteramente, también es duro y severo para con los que algo se reservan; y cuando se retira, bien se sabe lo que acontece.

Si la paz del claustro alguna vez se turba, si el cenáculo llega á tener sus borrascas, es debido siempre á los corazones descontentos. Si el corazón de la virgen está siempre descontento, es porque la gracia ha cedido el lugar á la naturaleza, ó cuando el alma se reparte entre la criatura y el Creador. Privada de los placeres del mundo que le están prohibidos por sus votos y por su sayal; destituída por su tibieza de los consuelos íntimos de una conciencia pura, y de los favores que Dios no concede sino á las almas generosas, no saborea ni las alegrías de Jerusalén que rechaza, ni las alegrías de Babilonia que lamenta. Irritada constantemente contra sus superioras, intolerable para sus compañeras, y siempre mal consigo misma, turba la serenidad del monasterio con sus desarreglos caprichosos, sus celos mezquinos, sus murmullos envenenados, y se asemeja al desgraciado cautivo que lanza miradas de desesperación á las estrellas del firmamento á través de las rejas de su calabozo. (1)

Vírgenes que leeis estas páginas, semejante supli-

(1) Leyendo el sagrado cántico, nos dice Bossuet, observamos dos miradas del divino Esposo. Hay una mirada que admira, es la mirada del amante; hay otra mirada que observa, es la de los celos.—"¡Cuán bella eres, oh hija del Príncipe!" dice el esposo á la casta esposa. ¿Esta ardiente exclamación no nace de la mirada que admira? Esto es lo que llamo una mirada del amante. ¿Queréis ver la mirada del celoso?—"Mi amado ha venido, dice la esposa, mirando por las ventanas, atisbando por las rendijas." ¿No véis aquí la mirada que observa? Esa es la mirada de los celos. Amad la mirada del amante, y temed la de los celos que os vigila y que os observa.

©Biblioteca Nacional de Colombia

cio nunca será vuestro gaje, porque jamás tendréis que ruborizaros de semejantes desfallecimientos. Seréis siempre humildes, obedientes, mortificadas. Para eso trataréis de estrechar más y más los dulcísimos lazos que os unen al Sagrado Corazón, y le diréis: —"¡Corazón de Jesús que estáis del todo abrasado de amor por mí, haced que el mío esté siempre abrasado de amor por vos! Yo os he entregado absolutamente este corazón, guardadlo sin mancha como un tesoro que os pertenece, y si alguna vez en mi locura llegare á pedíroslo, ¡oh! por piedad, no me lo devolváis. Que día y noche sean sus palpitaciones actos de amor, y si acaso queréis devolvérmelo, ¡oh dulce Salvador! que sea en el Cielo, en donde podrá amaros en plena seguridad, porque ninguna criatura podrá ya hechizarlo."

Dicen que hay una academia llamada la Academia del silencio. Este cuerpo literario tiene también sus sesiones y sus recepciones; pero todo se hace por signos, por emblemas y por acciones figuradas. Un día se presentó un candidato insistiendo en que se le admitiera, y para significarle que no se podía aceptar su candidatura, por estar completo el número de los académicos, el Presidente llenó de agua un vaso tan completamente que era físicamente imposible agregar una sola gota sin hacer derramar el líquido. El candidato, sin desalentarse, puso sobre el vaso lleno una hoja de rosa. Era eso indicar de la manera más ingeniosa, que lo completo del número no era un obstáculo invencible.

Ese vaso lleno, ¿me atreveré á decirlo? es el corazón de la virgen fiel y pura que el divino Esposo llena con su amor. El mundo no podría causarle ni un pesar ni un deseo; porque prodigándole sus alucinaciones y sus delirios, no haría sino poner sobre ese licor que la regocija y la enajena, "una hoja de rosa."

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPÍTULO X

LA VIRGEN PRUDENTE Y LA VIRGEN NECIA.

Los enemigos.—I. Conócete á ti mismo.—II. Cómo se combate uno á sí mismo.—La gran guerra.—III. La oración vocal.—IV. La oración mental.

"Perseguiré á mis enemigos sin tregua, los cogeré cuerpo á cuerpo, y no cesaré de combatirlos hasta no echarlos por tierra." ¿Cuáles son esos enemigos de que nos habla el profeta? Esos enemigos son las pasiones, únicas que, turbando nuestra paz en este mundo, nos impiden llegar á la felicidad del otro. Ellas son para toda alma que aspira á la perfección, el origen de esos combates que llamamos "tentaciones."

La tentación, por sí misma, nunca es el pecado; es la cita que Dios da á una criatura libre, para tener, llegado el caso, la medida de su amor, según que resista ó que sucumba. Es la prueba en que se manifiestan todas las debilidades y todas las virtudes.

El que no es tentado nada sabe, porque se ignora á sí mismo, según esta palabra del Espíritu Santo: *¿Qui non es tentatus quid scit?* Lo esencial está en saber triunfar en esos combates que nos libran sin cesar la carne y la sangre, porque nuestras victorias harán nuestra gloria, constituyendo la fuente de nuestros méritos.

Roberto, Duque de Normandía, á su llegada á Palestina, á donde se había dirigido con el objeto de visitar los Santos Lugares, encontró cuatro sarracenos que se prepararon á darle muerte y robarlo. Lejos de intimidarse, el Duque los domina con su mirada, los aterra con sus proezas y los reduce á que lo lleven en andas hasta Jerusalén. En el tránsito encuentra á uno de sus amigos que regresaba, y éste le pregunta

©Biblioteca Nacional de Colombia

qué noticia deberá llevar á su país acerca de su persona:—"¡Dirás, le responde Roberto, que has visto al Duque de Normandía conducido al Paraíso por cuatro demonios!" Tal es la viva imagen del alma fuerte, que sabe postrar sus pasiones y triunfar de sus pruebas; hace de su grande enemigo el obrero de su fortuna y el pedestal de su gloria.

Para eso necesitamos del concurso de dos fuerzas: la que resulta de nuestra propia energía y la que nos viene de Dios. Nuestro Señor nos ha señalado esos dos recursos que aseguran la victoria, diciéndonos: —"¡Velad y orad!" La virgen prudente es la que vela y ora; la virgen necia la que descuida una y otra cosa.

Velar es trabajar en el campo del alma, y disciplinar el corazón es aprender á conocernos y saber combatirnos.

I

"Conócete á ti mismo:" tal era el gran principio de la sabiduría antigua, y tal también la primera condición de la perfección cristiana. Pero raras veces el hombre se conoce bien, y cierto pensador no ha temido afirmar que nada hay más desconocido en torno del hombre que él mismo.

Su corazón es un libro cuya última página no leerá jamás, sobre todo si esa página no es lisonjera. Si conoce algo de sí es precisamente lo que debiera ignorar, esto es, sus buenas cualidades; y si algo ignora, ordinariamente son sus defectos, y de ahí que sea con frecuencia mucho lo que ignora.

Vivimos con nuestras malas inclinaciones, como ciertas mujeres con sus perfumes; todos los perciben menos los que los llevan. Esto no debe admirarnos. Por lo mismo que una pasión nos domina nos es querida, y reviste todos los colores propios para seducirnos; y la verdad, dice Bossuet, se sumerge en pro-

©Biblioteca Nacional de Colombia

fundidades en que el alma puede muy á duras penas perseguirla.

¿Qué hace la virgen prudente para apoderarse de ella? Se impone á sí misma la obligación de colocarse diariamente, siquiera sea por un cuarto de hora, bien por la noche, bien por la mañana, en la presencia de Dios y de sí propia, para interrogarse por medio de una reflexión seria y de un examen sincero. Para que este examen sea eficaz, explorará todos los pliegues de su corazón, inquirirá sus más íntimas manifestaciones, y discernirá entre todas las pasiones que se lo disputan, cuál es la que ha conquistado mayor imperio, porque vencida esa, fácil es vencer las demás. Para distinguirla examinará la causa de sus alegrías más vivas y de sus tristezas más frecuentes: se preguntará cuál es el objeto favorito de sus pensamientos, el motivo ordinario de sus inquietudes y de sus remordimientos, lo que le acarrea por parte de sus semejantes más reproches y más contrariedades, lo que con más frecuencia hace penosas sus confesiones y la induce á hacerlas menos frecuentes. En fin, se preguntará, en caso de lucha entre dos inclinaciones cuyos objetivos son inconciliables, cuál es la que triunfa, segura de antemano de que ésta será la más fuerte.

La virgen prudente tiene, además, para conocerse, otro medio diferente del del examen ó la reflexión; ese medio es la caridad ó el odio de sus semejantes, principalmente de las personas que la rodean. Pero desgraciadamente, si nos agrada poco preguntar la verdad á nuestra propia conciencia, mucho menos nos place recibirla cuando nos viene de los demás.

El Bernin, célebre escultor, estaba trabajando un día en su taller, á tiempo que entró á él la famosa Cristina, Reina de Suecia. Al ver el artista que la Reina no se cansaba de admirar una magnífica estatua de mármol blanco, que representaba la "Verdad,"

©Biblioteca Nacional de Colombia

le dijo:—"¡Señora, si mal no recuerdo, sois la única testa coronada á quien agrade la Verdad!" Cristina le contestó con más agudeza todavía:—"¡Es que no todas las verdades son de mármol, como la que estoy admirando!"

Lo que El Bernin decía de las testas coronadas, puede decirse, poco más ó menos, de todos los hombres que no aman la verdad. En el mundo principalmente, es asunto capital el tratar de decírsela entre iguales. Tácito ha dicho:—"¡Corromper y dejarse corromper, hé ahí el mundo!" Por mi parte diré con la pretensión de decir tánta verdad como Tácito:—¡Engañar y dejarse engañar, hé ahí el mundo!

Y se nos engaña frecuentemente porque bien lo queremos. No contentos con engañarnos á nosotros mismos, queremos también que los demás nos engañen lisonjeándonos. Raras veces nos irrita tánto una galantería brusca como una verdad delicada. Por muy bien que se nos hable de nosotros, nunca sabemos nada nuevo, mientras que si se nos hace notar el más leve defecto, se nos sorprende siempre grandemente.

Si alguno quiere contar con nuestros buenos oficios y parecernos lleno de buen sentido, que nos lisonjee con harta destreza para que podamos creerlo sincero. ¿Quiere, al contrario, probarnos que tiene muy poco talento y debilitar mucho nuestra simpatía? ¡que trate de decirnos, aunque sea con los mayores miramientos posibles, una verdad saludable!

Tenemos costumbre de tratarnos siempre, ni más menos que como trata una madre á su hijo consentido, en el cual no ven sus ojos ofuscados por la ternura, sino bellezas encantadoras; y nos admiramos de que todo el mundo no sea de nuestro parecer. Llenos de reconocimiento hacia aquel que nos advirtiera de nuestro desacierto si llegásemos á ponernos el vestido al revés, difícilmente soportamos que se nos hagan

©Biblioteca Nacional de Colombia

notar defectos ó errores que pervierten nuestra alma hasta hacernos ridículos ú odiosos.

¡Cosa maravillosa! nos sucede á las veces que confesamos defectos que no tenemos, al paso que no podemos reconocer el vicio que nos domina; ó si lo confesamos es ordinariamente con la esperanza de ser contradichos, único caso quizás en que de grado queremos serlo.

En fin, el amor propio que nos ciega para lo que á nosotros mismos concierne, nos hace en cambio perspicaces, hasta más no poder, acerca de los defectos de los demás; y de ahí que también pueda definirse el mundo diciendo que es una multitud de imperfecciones que no quieren que se les diga la verdad, y que á cual más tiene gran deseo de decirla.

¿Qué sucede en consecuencia? Como nuestros defectos son demasiado visibles para que no se repare en ellos, se dice por lo bajo, muy en nuestro daño, lo que no se osaría decir en alta voz, por temor de una mala acogida; ó si á las veces la verdad llega á nuestros oídos, es por lo común un enemigo el que se encarga de decírnosla en un momento de enfado; y desde luégo ella no produce otro resultado que el de irritarnos sin corregirnos.

¿Por que este horror á la verdad que nos viene de nuestros hermanos? ¿El pobre que recibe un óbolo, no bendice á su bienhechor? ¿Aborrece el enfermo al médico que le devuelve la salud?

¿No es la verdad una magnífica limosna, una revelación que nos ilumina, un brevaje saludable que puede volvernos con la virtud la belleza temporal y la eterna? ¿Por qué, pues, preguntaré de nuevo, ese disgusto por lo que puede salvarnos guiándonos á la perfección?

¿Por qué? ¡ah! yo os responderé con la Reina de Suecia:—"¡Es porque frecuentemente la verdad no es de mármol!" No es de mármol, porque tendiendo

©Biblioteca Nacional de Colombia

por su naturaleza á reformar en nosotros una inclinación cualquiera, exige de nuestra pobre humanidad un sacrificio siempre muy penoso. No es de mármol, sobre todo, porque de ordinario hiere el orgullo, que es la primera de las pasiones del hombre, y que, semejante al venablo hundido en el pecho de Epaminondas, no se arranca del corazón sino con la vida.

El que nos da la limosna de una verdad, lanzándonos un reproche ó haciéndonos una advertencia, supone que tenemos necesidad de ella y se arroga á los ojos de nuestro amor propio una superioridad que nos irrita fácilmente. Por tanto, el mejor medio de hacer aceptar esa limosna, consiste en humillarse y hasta "calumniarse;" y si alguna vez es de rigor un exordio insinuante, es sin duda en esta ocasión.

Es principalmente entre amigos entre quienes se debe saber decir y perdonar la verdad; pero es de todo punto preciso guardarse de traspasar los límites de la discreción.—"Aborrezco, dice Bossuet, á los que se glorían de los consejos que dan; que quieren hacerse de ello un honor, más bien que procurar un beneficio y triunfar del amigo más bien que servirlo. ¿Por qué lo reprendéis ó por qué os envanecéis de haberlo hecho en presencia de todo el mundo? era una corrección caritativa y no un insulto lo que debíais hacerle. Hablad en secreto, hablad al oído; no disculpéis el vicio, pero conservad el pudor."

A pesar de todas las precauciones de la prudencia unida á la caridad, es muy raro que la corrección fraternal sea eficaz en el mundo.—"¡Oh locura de los hombres; amamos los esplendores de la luz, y no podemos sufrir que nos haga ver lo que somos!"

Así procedía Herodes cuando aprisionó á San Juan Bautista, como pretendiendo aprisionar á la vez con él sus propios remordimientos.

Así procedía Pilato, cuando después de haber preguntado al Salvador:—"¿Qué cosa es la verdad?" volvía la cabeza para no oír la verdad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Así obraban los cobardes de Israel cuando gritaban á los Profetas: *¡ Loquimini nobis placentia !* ¡ decidnos, no cosas que nos salven, sino cosas que nos agraden !

Así todos esos monarcas y poderosos que proscriben los caracteres enérgicos, galardonan cobardemente toda adulación que procura vendérseles, y dejan sólo á los bufones el derecho de hablarles sin mentira. (1)

La virgen prudente no imita esas debilidades: no permite jamás que se la insulte "impunemente," mendigando elogios que no se ha tomado el trabajo de merecer. Acepta la verdad con reconocimiento, sean cuales fueren los labios que se la enuncian, hasta los de una enemiga, porque sabe que si el odio da á las miradas de ésta más penetración, sus críticas le proporcionan también más abundante luz.

Lejos de indignarse contra esas críticas examina si son legítimas, y se venga haciendo sus diligencias para no merecerlas. Se alegra de que se la suponga bastante fuerte para soportar una crítica, y exclama como San Gregorio:—"Reputaré como el mejor de mis amigos á aquel cuyos caritativos consejos me ofrezcan ocasión de purificar mi alma, para el día en que el Supremo Juez ha de revelar sus más ocultos pliegues á las generaciones congregadas."

II

La virgen prudente no se satisface con conocerse; llegado el caso, sabe también combatirse.

(1) Los bufones estuvieron por largo tiempo en boga y favorecidos en la corte de los reyes, y algunos perversos pretenden que lo propio sucede en nuestros días. Para asalariarlos, el señorío de Milán empleaba cada año treinta mil florines de oro. Bédri, bufón de Guillermo el Conquistador, fué dueño de tres aldeas. El Triboulet de Francisco I, el Gonella del Duque de Módena y el famoso Angely de Luis XIII, alcanzaron en esa carrera la inmortalidad rehusada á los inventores de las artes más útiles. ¡ Tan loco y caprichoso así es el fantasma que se llama la gloria !

©Biblioteca Nacional de Colombia

Para triunfar en ese combate, tendrá desde luégo "el valor de la prudencia," que sabe esquivar las ocasiones peligrosas, cuando ningún deber, ninguna necesidad sería la obligaren á afrontarlas.

—"El que ama el peligro, nos dice el Espíritu Santo, en él perecerá."

El que lejos de esquivarlo, lo busca, confiado en sus fuerzas, se parece á esas aves imprudentes que tánto se acercan al precipicio del Niágara, que al fin el torbellino las arrebata y las sepulta en el fondo del abismo. Hay límites más allá de los cuales no somos ya dueños de nuestra libertad, y traspasados, sucumbimos fatalmente. La razón y la fe se oscurecen, y Dios se retira, porque él no ha prometido sostener hasta lo último al temerario que quiere ser vencido.

Hay ocasiones en que es difícil huír, lo sé; porque hay tentaciones que agradan y caídas que se desean.

El Salvador lo sabía; y también nos dice, para indicarnos que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo:—"Si vuestro ojo derecho os escandaliza, arrancadlo y arrojadlo lejos, porque vale más salvarse con un solo ojo que perderse con dos." Que es como si hubiera dicho: Hay victorias que exigen muchos esfuerzos; hay ídolos que es difícil relegar del corazón; conversaciones, miradas, familiaridades á las cuales no se renuncia sin gran trabajo; pero el Cielo vale mucho más que todos los deleites, y el infierno es aun más terrible que todas las violencias.

Para muchas ese "ojo que escandaliza," es tal libro que las engaña ó las corrompe, tanto más fácilmente cuanto es más encantador; es ese baile de donde se sale tanto más culpable, cuanto mayor era su atractivo; es ese talismán que se lleva como una brasa sobre el corazón, para calentar lo que se debería enfriar; es ese pensamiento, ese recuerdo, que preocupan durante el día y hacen soñar por la noche; es

©Biblioteca Nacional de Colombia

esa cita en que se dice muy quedo, casi en el delirio: —"¡Nadie nos ve!"

La virgen prudente sabe arrancarse ese ojo para ofrecer á Dios, en provecho de su alma, una sangrienta inmolación, y evitarse una apostasía, que quizás pueda costarle algo más que el remordimiento!

El docto y melodioso Petrarca había consagrado una semana á un retiro piadoso, y un día creyó ver entrar á su celda al grande Agustino, su reverenciado patrono, quien lo examinó, como director atento y severo. Los honores, la poesía, la gloria, todo se presentó allí y todo fué cercenado. Al llegar á "Laura," la separa también como todo lo demás. Pero Petrarca, que se había sometido de buen grado á cada una de las decisiones del Santo, clamó aquí lleno de dolor y le dijo de rodillas:—"¡Santo patrono que habéis llorado por las desgracias de Dido, os conjuro á que por piedad hagáis una excepción en favor de mi 'Laura!'"

¡Cuántos Petrarcas no se ven!

La virgen prudente no pedirá gracia para ningún ídolo, y unirá la prudencia al valor para asegurar más su victoria. Sabrá, pues, llegado el caso, hacer como el Santo Job, "un pacto con sus ojos," para no ver lo que pueda inflamar la chispa medio apagada bajo la ceniza. Sabrá, si necesario fuere, hacer más más duro su lecho, su mesa más frugal, para que sus pensamientos sean más puros y más inocentes sus noches.

La gran guerra, la guerra interminable es la que nos tiene á nosotros mismos por teatro. Nuestro ser, á pesar de su unidad, se divide en dos regiones, el alma y el cuerpo, y de ellas cada cual pretende el dominio soberano; y, cosa inaudita, que proclama de una manera evidente la caída original, no es el alma la que consolida el reinado.

El alma que conoce y ama á Dios, el alma venida del Cielo y que tiende volver á él, se siente dominada

©Biblioteca Nacional de Colombia

por la carne, y arrastrada por ella á infectos sumideros.

Es libre por naturaleza, pero esclava de hecho.

Debe mandar, y frecuentemente abdica, cansada de las fatigas de su reinado.

Su superioridad subsiste en su abatimiento, su responsabilidad en su flaqueza, y cada una de sus faltas, irrecusable testigo de su degradación, la acusa, sin embargo, ante su propio tribunal, y la llama de nuevo á su grandeza.

El alma sufre dos martirios: el de su caída, que le viene del cuerpo, y el de su conciencia, que le viene de sí misma.

Escuchad á San Pablo:—"En verdad, exclama, no comprendo lo que hago, porque no hago el bien que quiero, y ejecuto el mal que aborrezco..... ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?"

¡Tal era el grito de un Apóstol que llevaba en su carne los estigmas de Jesucristo, y se apresuraba al martirio que debía coronar su milagrosa labor!

¿Quién no conoce los inmortales suspiros y las austeridades heroicas de San Jerónimo?—"¡Cuántas veces, nos dice, retenido en el desierto y en esta vasta soledad que calcinada por los rayos del sol, no ofrece á los monjes sino una aterradora morada, creía yo asistir á las delicias de Roma! Mis miembros estaban cubiertos con un saco asqueroso, y mis facciones quemadas tenían el negro color del Etiope. Yo lloraba, gemía diariamente, y si el sueño me vencía, á pesar de mi resistencia, mi cuerpo descarnado daba contra la tierra desnuda. Pues bien, yo que, por temor del infierno, me había condenado á esa prisión habitada por los escorpiones y por las bestias feroces, me veía con la imaginación trasportado al centro de las danzas de los Romanos; mi rostro estaba pálido por los ayunos y mi cuerpo devorado por los deseos; en este

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuerpo helado, en esta carne muerta, sólo el incendio de las pasiones volvía á inflamarse de nuevo. Entonces, privado de todo socorro, me arrojaba á los pies de Jesucristo, los regaba con mis lágrimas, los enjugaba con mis cabellos. Domaba mi carne rebelde con ayunos de muchas semanas; tenía miedo hasta del asilo de mi celda, porque me parecía cómplice de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo, solo, me internaba en el desierto, y si descubría algún valle más profundo, alguna cima más escarpada hacía de ellos un sitio de oraciones y una especie de calabozo para mi cuerpo miserable. Frecuentemente, de ello me es testigo el Señor, después de lágrimas abundantes, después de miradas por largo tiempo clavadas en el Cielo, me veía trasportado al medio de los coros de los ángeles, y triunfante de alegría, cantaba: —¡Corremos, Señor, detrás de Vos, pues somos atraídos por la suavidad de vuestros perfumes!"

¡Oh provocaciones de Satanás! ¿quién será capaz de resistiros? La gracia de Dios, ayudada por el saco de San Jerónimo y armada con la cuchilla de la mortificación. (1)

La virgen prudente, no contenta con resistir y con huír, sabrá tomar la ofensiva, no para desafiar inútilmente un peligro, sino para atacar sus propias inclinaciones. De este modo imposibilitará al mal haciendo el bien.

Cuando sus pasiones le exijan un acto de avaricia, ella contestará con un acto de generosidad. Cuando le pidan una satisfacción del orgullo, responderá con un acto de humildad; y día vendrá en que les dé el golpe de gracia con la última buena acción, con la

(1) Todos los santos y santas que la Iglesia ha colocado en nuestros altares han admirado al mundo por sus austeridades. Sin embargo, no á todos les es dado imitarlos. La mortificación "interior," puede bastar á muchas almas santas; y una persona piadosa sabrá, si es prudente, conducirse á este respecto según los consejos de su director.

©Biblioteca Nacional de Colombia

condición, sin embargo, de que nada la desaliente, ni aun la multitud de sus propias caídas.

Los ángeles han cantado en nombre de Dios:—"¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!" La buena voluntad no es ni la que presume ni la que desespera; ni tampoco es la que jamás sucumbe, sino más bien la que se humilla en las caídas, las confiesa, las detesta y luégo se levanta otra vez confiando en Dios. El desaliento á nada conduce, y no prueba sino dos cosas: mucha presunción y mucha debilidad. La virgen prudente nunca lo olvida. Al examinarse por la noche, si su conciencia no le hace ningún cargo, bendice al Señor; y si la acusa, gime, implora el perdón y luégo dice:—Con vuestro socorro, ¡oh Dios mío! seré mejor mañana de lo que he sido hoy.

III

¡*Auxilium Dei!* ¡Socorro de Dios! Esta divisa bordada en otro tiempo sobre la bandera de los Macabeos, es también la divisa de toda alma generosa que quiere "pelear una batalla," y para obtener ese socorro sabe orar.

¡Orad! tal es el precepto que Jesucristo nos impone á todos con sus ejemplos mucho más que con sus palabras; es como si hubiera querido decirnos:—Orad, porque la oración es la condición, el alimento de toda vida sobrenatural; orad, porque sin la oración estaréis débiles y seréis vencidos; orad, porque sin la oración no hay virtudes que salven, ni hay victorias, y por consiguiente, tampoco hay coronas. Y además: orad, porque con la oración lo podéis todo.

Eran los días en que el pueblo de Atenas acostumbraba amenguar la gloria, y recompensar con el ostracismo los triunfos de sus más famosos ciudadanos. Los trofeos de Temístocles podían menos que á todos los demás los suyos, sustraerlo á los honores del des-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tierro. Un día, pues, si se ha de dar crédito á la historia, el vencedor de Salamina llega inquieto y fugitivo á la morada del Rey de los Molosos. El Príncipe estaba ausente: Temístocles se sienta al hogar, toma en sus brazos al hijo del monarca bárbaro, y cuando éste entra le dice el glorioso fugitivo:—"¡Príncipe, en nombre de tu bondad, en nombre de mi infortunio, en nombre de este niño á quien amas, ten piedad de Temístocles!—¡Temístocles, replica el Rey bárbaro, difícilmente resisto á mi cólera, pero mucho más difícilmente todavía resistiré á tu súplica!

¿Qué otra cosa es el ilustre desterrado á los pies de aquel monarca, sino la viva imagen del cristiano fervoroso y humilde postrado á los pies del Todopoderoso? ¿Quién podría dudar de la eficacia de su oración? ¿No tiene en su ayuda para triunfar de las resistencias del Altísimo, una bondad infinita, su propia debilidad y una mediación irresistible?

¡Dios! ¿cuál es su título? ¡Ah! son muchos los que merece, pero no hay sino uno en el corazón, así como en los labios de la humanidad, que lo invoca, ¡el de "buen Dios!"

Pues bien, es á esa bondad paciente que consentía en perdonar á Sodoma, por miramiento á la súplica de Abraham, á esa bondad que desarmaba á Moisés en las cimas del Sinaí, para arrancarle el perdón de un pueblo que llevaba la ingratitud hasta la estupidez, á la que podemos confiar las tentativas infalibles de una alma que conoce su miseria y por ella se humilla.

Yo apelo á vuestro corazón, mujeres cristianas; decidme:—Cuando camináis por el sendero en la pradera, halláis un insecto, una hormiga, ¿qué sé yo? estáis á punto de aplastarla con la zuela de vuestro zapato, y eso sin percibir ni siquiera la sombra de un remordimiento. Sin embargo, ¿cuáles serían vuestras sensaciones si pudiérais ver que ese insecto os

©Biblioteca Nacional de Colombia

dirigiera una mirada suplicante, conjurándoos á que por favor le dejárais su débil existencia?

¡Ah, os sentiriais movidas por una inmensa compasión; os apresurariais á recogerlo, á calentarlo con vuestro aliento, á curarlo, si ya hubiérais tenido la desgracia de herirlo!

Luego, si tal es el poder de la debilidad que suplica, ¿qué diremos de la conmoción que el Señor experimenta al oír el grito de una alma que confiesa su nada, le llama su Padre, le pide "que venga su reino, y que se haga su voluntad?"

Y como si eso no fuera bastante, Dios, para ponerse en la necesidad de ser vencido, nos ha dado por mediador, no á ese niño de sangre real á quien Temístocles estrechaba contra su pecho, al presentarlo á su padre, sino á ese Hijo adorable, "en quien tiene todas sus complacencias." Nos ha dado esa sangre que cayó sobre nuestras cabezas, bautizándonos con San Juan en la cima del Calvario, esa sangre que clama misericordia para nosotros, esa sangre que podemos siempre enviar al Cielo como un holocausto de propiciación.—"Padre, podemos decir á Dios, es verdad que somos débiles, cobardes é ingratos; no merecemos sino la mirada severa de vuestra justicia irritada por las iniquidades del mundo y por nuestras propias flaquezas; pero ved aquí á vuestro Divino Hijo, tan hermoso y tan puro, que nos habéis entregado en un exceso de amor. Es su mirada la que os suplica, esa mirada que conmovió al ladrón; son su cruz, su corona de espinas, su sangre, su vida, su agonía, las que os imploran. Vos no apartaréis vuestro rostro de ese rostro adorable, ¡oh Dios mío! *¡Respice in faciem Christi tui!*"

No, no es posible que Dios resista á semejantes violencias: Jesús lo sabía; y así también, dirigiéndose á todos los cristianos, al hablar á sus Apóstoles, nos dice:—"Si pedís á mi Padre una gracia en mi

©Biblioteca Nacional de Colombia

nombre, os la concederá." Y más adelante:—" Pedid y recibiréis; golpead y se os abrirá."

Pero, me diréis, ¡si tántas veces he pedido y no he recibido! ¡tántas he golpeado y no se me ha abierto!

Puede ser, pero antes de increpar al Señor que falta á sus promesas, ¿estáis completamente seguras de haber pedido las gracias que más y mejor pudieran conveniros? ¿Habéis solicitado la fuerza necesaria para triunfar de tal ó cual tentación delicada, con el "deseo sincero" de ser oídas?

¡A cuántas no sorprendería mucho y contristaría grandemente el Señor, si les cogiera la palabra! ¿Habéis sabido siempre aprovecharos de la buena inspiración que os ha venido en la presencia del Señor? O bien, ¿habéis cuidado de orar siempre con una humildad profunda, con una confianza ilimitada, con un fervor que sabe moderarse; con una perseverancia que por nada se desalienta?

Cuéntase que habiendo llegado una noche San Alfonso de Ligorio á una de las casas de su orden, no se atrevió á interrumpir á sus hermanos que rezaban á la sazón, y se puso á pasearse en el claustro. Los religiosos iban algo de prisa, como sucede frecuentemente, al recitar las "Letanías." El santo patriarca al escucharlos, penetrado de tristeza se echó á andar por el corredor clamando:—"¡Pobre Jesús! ¡pobre María! ¡cómo se os trata!"

Cuando los ángeles del Cielo nos ven en la presencia de Dios, y oyen nuestras oraciones, podrían casi siempre repetir la conmovedora lamentación de San Alfonso:—"¡Pobre Jesús! ¡pobre María! ¡cómo se os trata!"

Sois débiles, mujeres cristianas; frecuentemente aterradas por las inmolaciones que Dios os pide antes de daros el Cielo, os sentís tentadas á preguntaros si el Paraíso no está demasiado alto para lo que son vuestras fuerzas. Pues bien, cuidad de orar como se debe,

©Biblioteca Nacional de Colombia

cuidad de pedir la gracia de las gracias, la de ser santas, y ya veréis.

La fe no inculpa vuestros pretextos, los acepta; y dice como vosotras: no podéis.

No, no podemos solos por nuestras propias fuerzas y constantemente librarnos á nosotros mismos esos combates en que el alma deja algo como una parte de sí y de donde surge esa victoria, casi siempre herida de muerte, que se llama la virtud.

No podemos hacernos humildes, castos, caritativos, penitentes. Pero podemos siempre pedir á Dios que haga en nosotros lo que no podemos sin él. Podemos caer de rodillas y decirle como David, siete veces al día, si es necesario:—"¡Dios mío, cambiadme! ¡Dios mío, libradme de Satanás, del mundo y de mí mismo!" ¡Oh virtud maravillosa de la oración! yo por mí nada puedo, pero tengo sobre mí á Aquél que lo puede todo. No tengo que hacer sino invocarlo, y ved aquí que presta su omnipotencia á mi fragilidad. Yo voy á él por mi oración, y él viene á mí por su gracia. ¡Sin la oración soy débil con todas las debilidades de la criatura; por la oración me hago fuerte con la fuerza misma del Creador! Si hay en la tierra santos y hay impíos débiles que sucumben y fuertes que triunfan, es porque los unos son almas que oran y los otros almas que no oran.

IV

Para el alma generosa que quiere no sólo salvarse, sino también embellecerse para agradar más y más á su divino Esposo, hay una oración diferente y muy más eficaz que la común ó "vocal;" quiero decir, la "oración mental." Los Santos Padres, al hablarnos de ella, la llaman la llave del Cielo, la escala de Jacob, el aceite que alimenta la lámpara del fervor, el espejo de las almas que se encaminan á la santidad.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Considerada como "meditación," proporciona á los que la practican fielmente todos los recursos de una reflexión saludable y de un examen serio.

Considerada en los coloquios íntimos que la constituyen más esencialmente, tiene toda la eficacia de una súplica fervorosa.

Esto es lo que ha hecho decir á San Alfonso de Ligorio que responde de la salud de una alma si es bastante magnánima para hacer "un cuarto de hora de oración," todos los días de su vida.

Eso se concibe. Sólo el pecado mortal puede perder una alma, y todavía es preciso que esa alma sea sorprendida por la muerte antes de haber alcanzado el perdón. Mas el pecado mortal y la oración mental son tan incompatibles como el agua y el fuego; no pueden coexistir, se destruyen recíprocamente, ó uno de los dos queda destruído. Se puede recitar el rosario diariamente y perseverar en el mal; se puede asistir todas las mañanas al Santo Sacrificio y mantener costumbres culpables; pero sentirse gravemente culpable y perseverar en la oración, sí es imposible! Eso sería para una alma condenarse libremente al suplicio atroz, incomprensible, de provocar instantáneamente en su propia conciencia un nuevo remordimiento para pretender el placer de ahogarlo. O se abandona la oración, ó se sale del sumidero haciendo una buena confesión; no hay medio, y ahí está para probarlo la experiencia.

La oración podría definirse así: una operación interior por la cual ejercitamos, bajo la influencia de la gracia, las potencias de nuestra alma, sobre una verdad de la religión, para hablar con Dios, llegar á conocer bien nuestros deberes y llenarlos con fidelidad.

Se compone de tres partes que pueden llamarse la preparación para la oración, el cuerpo de la oración y la conclusión de la oración.

©Biblioteca Nacional de Colombia

La preparación puede ser remota, ó próxima, ó inmediata. La preparación remota consiste en un gran deseo de la perfección, en el recogimento habitual de las potencias del alma y en una vida mortificada. La preparación próxima consiste en escoger la víspera, en un libro fecundo y apropiado á nuestras necesidades espirituales, el tema de meditación del día siguiente, á considerarlo interiormente y en hacer la oración á la hora precisa, siempre inmediatamente después de levantarse, si es posible. En fin, la preparación inmediata consiste en comenzar la oración por un acto de fe viva en la presencia de Dios, por un acto de adoración, de contrición, de humildad y de confianza.

La oración propiamente dicha supone desde luégo la "meditación," que consiste en reflexionar sobre una verdad de la fe, en penetrarse bien de ella, para llegar, si es posible, á la contemplación. Supone también, y sobre todo, esos "coloquios íntimos" del alma con Dios y consigo misma, que la constituyen esencialmente.

Esos coloquios son provocados por la inspiración que resulta de la acción de Dios sobre una alma bien preparada, y por la afección que es el resultado de nuestra propia cooperación.

Es en esos coloquios en los que el amor de los santos se manifiesta por medio de las expresiones de una sublime puerilidad, de una familiaridad arrebatadora. Ese amor se regocija de que Dios es lo que realmente es; y se lo repite sin cesar, porque el amor no tiene sino una palabra, y esa palabra la puede pronunciar siempre sin repetirla jamás; se regocija de que nadie se asemeje á Dios, y exclama como San Miguel:—*¿Quis ut Deus?* descansa en este dulce éxtasis y luégo despierta para estallar en trasportes al pensamiento de que así será siempre.

O bien como el corazón de Santa Teresa, se com-

©Biblioteca Nacional de Colombia

place en forjar suposiciones locamente amorosas. Desea que si cupiera en lo posible, fuese Dios más perfecto; eleva al Altísimo mil aspiraciones, mil felicitaciones, mil cumplimientos candorosos, sobre sus perfecciones infinitas, sobre su belleza arrebatadora, sobre la gloria que le redunda de los cánticos y de las virtudes de los justos, de las conquistas de sus apóstoles y de la conversión de los pecadores. Para aumentar todavía más esa gloria, forma mil deseos de imposible realización; querría que todos los hombres fuesen santos, que el purgatorio quedase vacío en una hora, que el infierno soltase su presa, que todos los hombres no tuviesen sino un mismo grito y un mismo suspiro, que ese grito fuese un cántico de alabanzas, y ese suspiro un suspiro de amor para el Dios que lo arrebata y lo embriaga.

Para el alma meramente piadosa estos coloquios son más reposados, más laboriosos, sin ser menos útiles.

Así, para no dar de ellos sino un ejemplo lo diseñaré apenas. Ved una alma que medita sobre la "bofetada" que Jesús recibió del esclavo. Comienza por representarse esta escena, el lugar en donde pasa, sus circunstancias, y luégo dice muy quedo al Salvador: —"¿Quién es ese que así os hiere? ¡Jesús mío! ¡un esclavo! ¡un ser á quien en la antigüedad se contaba á duras penas como un hombre, un miserable á quien venís á libertar á costa de tántos sufrimientos y trabajos! ¿Por qué os hiere? para castigar vuestra insolencia, dice. ¡Blasfemo! ¡Vos sois el Cordero de Dios! ¿Para castigar vuestros crímenes? ¿Qué crímenes? ¡Oh dulce Jesús! vuestros crímenes son vuestros beneficios. ¡Una bofetada, gran Dios! ¡y Vos no mandáis que la tierra se abra y devore al profanador! ¡y su mano no se ha desecado! ¡Vuestros ojos adorables no lanzan el relámpago que presagia la tempestad! ¡Vuestros labios no pronuncian el ana-

©Biblioteca Nacional de Colombia

tema! Rechazáis hasta la postrera venganza de una alma indignada, el silencio, el desprecio, para decir dulcemente: —*¿Por qué me hieres?* ¡Ah, mi alma se pasma, se confunde al contemplar tamaña grandeza en semejante humillación!" Entonces volviendo naturalmente sobre sí misma y viendo cuán lejos está de asemejarse á este divino modelo, se acusa esta alma de sus numerosos arrebatos, de sus frecuentes impaciencias, de su susceptibilidad, que quizás la hace insoportable para aquéllos que la rodean. Se humilla, se condena con toda sinceridad, y pide á Jesús que le perdone el ser tan poco semejante á él en su incomparable mansedumbre. De ahí no hay sino un paso que dar para llegar á una "resolución" práctica, determinada, especial, de ser en lo sucesivo más humilde, menos irritable, confiando en Dios más que en sí misma.

La conclusión de la oración puede ser, como la preparación, inmediata, próxima ó remota. La primera consiste en dar gracias á Dios, antes de retirarse, en ofrecerle su resolución, por la mediación del Salvador y pedirle la gracia de conservarse fiel en ella, por la intercesión de María. La segunda consiste en escoger uno de los mejores pensamientos que nos hayan ocurrido en el curso de la oración, en conservarlo esmeradamente en la memoria, para aspirar su aroma durante el día; esto es lo que se llama el "ramillete espiritual." La tercera, por último, consiste en tomar nuestras medidas para no perder por nuestra ligereza ó imprudencia en el curso del día el fruto que hayamos sacado de la oración de la mañana.

¡Felices los que, sin desmayar, buscan diariamente en el desierto que les forma su recogimiento, este maná que alimenta el fervor! Esos alcanzan seguramente los dos objetos de la vida, porque glorifican á Dios y se santifican. Como Moisés en el Sinaí, conversan con Dios, viéndolo, por decirlo así, cara á

©Biblioteca Nacional de Colombia

cara, y hablándole como habla un amigo con su amigo: —*Facie ad faciem, sicut solit loqui homo amicum suum.* De ellos principalmente es de quien puede decirse que tienen "sus almas en sus manos."

La oración tiene sin duda sus pruebas, y sólo lo ignoran aquellos que no la gustan jamás. Sucede con frecuencia que una alma, por animada que esté de la mejor voluntad, se siente sumida en no sé qué languidez que le quita todo dominio sobre sus potencias, á las cuales en vano les manda, porque no le obedecen. Está condenada, según la expresión del Profeta, á gemir en "una tierra desolada y sin agua." Divagando en distracciones sin número, sufriendo la sequedad que engendra el disgusto; para colmo de desdicha, ha perdido la impresión "sensible" de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Atormentada por yo no sé qué achaques físicos, aumentados por el sentimiento penoso de su inutilidad, y sintiéndose como de nieve para todo lo que concierne á la devoción, se ve como suspendida entre el tiempo, en que todo la cansa y la rechaza, y la eternidad, de la cual duda pero que la espanta; entre la vida que la abruma y la muerte que le causa horror; entre sí misma, en donde no ve sino tentaciones é inquietudes, y Dios que le inspira miedo. En fin, devorada por una secreta envidia respecto de las almas que ve más fervorosas y más felices en torno suyo, se siente á punto de sucumbir, ó por cansancio ó por desesperación.

A esta alma desolada, cuyo suplicio comprendo y compadezo de todo corazón, le diré con todos los autores que han tratado esta materia:—¡Valor! estáis en el momento supremo de la prueba, y ese momento tendrá su término. "En breve el Señor se dignará derramar su bondad y hará que la tierra de vuestra alma dé su fruto." Jesús es el "buen amo." Si al presente os trata como á la "Cananea," es por-

©Biblioteca Nacional de Colombia

que tiene fe en vos, y os cree con suficiente virtud para permanecer fiel á pesar de sus rigores. La unción de la oración es frecuentemente la recompensa de la paciencia en la aridez.

Por otra parte, ¿qué os importan las suavidades de la gracia, siempre que la oración os salve preservándoos del pecado? Eso, además, es lo que sucede; la oración más eficaz es ordinariamente aquélla en que más hemos sufrido, y de la cual salimos más descontentos de nosotros mismos.

"¡He venido á ser, Señor, como una bestia de carga en vuestra presencia, exclamaba David, pero no os abandono y permanezco siempre con Vos!"

Y Dios contemplaba con amor, desde lo alto del Cielo, su admirable fidelidad. Así sucede con el alma que sabe permanecer fiel á pesar de sus disgustos. Su oración es un acto de amor, tanto más meritorio cuanto es más heroico; y es tanto más heroico cuanto se inmola ignorándose á sí mismo, puesto que no tiene ni el consuelo de sentirse!

Feliz la virgen prudente que, como Magdalena, sabe guardar el sepulcro en que Jesús está encerrado, con un amor que no llega á desesperar ni por el más largo y absoluto silencio. Pronto Jesús, al despertar, tendrá para ella una dulce mirada. Si él la obliga á combatir sometiéndola á esa prueba, la ayuda á vencer, la admira en sus combates, la sostiene en sus desmayos, y se prepara á coronarla después de la victoria. *Hortatur ut pugnes, adjuvat ut vincas; certamen spectat, deficientem sublevat, et vincentem coronat.*

©Biblioteca Nacional de Colombia

CAPÍTULO XI

LA PISCINA Y LA HOGUERA.

Lo que se necesita.—I. La confianza se inspira.—La verdadera confesión.—¿Qué pensará de mí?—II. La compunción del corazón.—III. La Eucaristía.—IV. La buena Comunión.

La piscina en que el alma se purifica cuando ha tenido la desgracia de flaquear, no es otra que el Sacramento de la Penitencia; la hoguera en que se calienta para matar la tibieza, ó evitarla, se llama la Santa Eucaristía.

El alma generosa y prudente que quiere glorificar á Dios por su fervor, y tejer para sí una corona inmortal con sus méritos, cuidará de sumergirse de tiempo en tiempo en esas aguas saludables y de acercarse á esas llamas vivificantes.

I

Para no exponerse á convertir en un veneno mortal lo que por disposición de Dios debe curarla, la mujer prudente cuidará desde luégo, conforme al consejo de los santos, "de escoger su director." Antes de hacer su elección consultará primero á Dios por medio de la oración, y después de Dios á su propia conciencia.

Se preguntará cuál es el sacerdote aprobado por la autoridad competente que le inspire más confianza por su ciencia, su conocimiento del corazón humano, y, sobre todo, por sus virtudes.

Cuando la conciencia haya dado su respuesta, hará su elección "libremente," sin dejarse estorbar por consideraciones puramente humanas, ni encadenar por el temor.

Para que una alma consienta en abrirse de ma-

©Biblioteca Nacional de Colombia

nera que permita á las miradas del sacerdote el sondear hasta sus más ocultos pliegues, es preciso que se sienta animada de una confianza sin límites; pues "la confianza se inspira, no se impone." Yo iré más lejos, y diré que el que la ordena ó la exige, raras veces la merece; porque nunca el celo, para ser verdadero, tendrá derecho de traducirse por la más insoportable de las tiranías.

La mujer piadosa, bien sea condesa, ó sirvienta, condesa sobre todo, procurará confesarse para conseguir, con un buen consejo ó un consuelo, el perdón de Dios y el aumento del fervor, pero nunca para agradar á un hombre ó para librarse de su ojeriza.

Hecha su elección con toda libertad, ó á los impulsos de la gracia, y de ningún modo cediendo á las sugestiones de la naturaleza, esa alma llevará siempre al Santo Tribunal una "sinceridad perfecta." Cuidará de acusarse humildemente de todas las faltas graves de que se reconozca culpable, después de un conveniente examen.

En rigor, eso basta, pero á la vez es imprescindiblemente necesario, para que nuestras confesiones no sean sacrilegios.

Cuidará igualmente de acusarse de todas sus faltas leves, hasta de sus imperfecciones, para conseguir de ellas un perdón más fácil, expiarlas ya con esa confesión, y también á fin de que, haciéndose conocer mejor del sacerdote, pueda recibir una dirección más segura y consejos más saludables.

En lugar de hacer de sus frecuentes confesiones una rutina vulgar, que, fatigándola por demás, no da ningún resultado real, esta alma generosa examinará, penetrará hasta su propio "carácter." Se preguntará si no hace sufrir á las personas que la rodean un martirio cotidiano, quizás sin figurarse que pueda ser culpable. Arrancará de sus ojos la venda con que los cubre el amor propio, para verse tal cual es en rea-

©Biblioteca Nacional de Colombia

lidad, y tal como la ven aquellos á quienes mortifica y atormenta quizá sin saberlo.

Es con estas condiciones con las que nuestras confesiones frecuentes pueden ser provechosas. Sucede por lo común que una persona piadosa se confiesa cada ocho días y comulga más á menudo todavía, sin que se note la menor enmienda en su conducta, ó en su carácter. ¿Por qué será? Porque sin penetrar profundamente en su propia naturaleza, se confiesa someramente de faltas que, tomadas aisladamente, son nada y apenas suscitan alguna vaga amonestación; mientras que, en su conjunto y con sus circunstancias, pueden hacer de la que las comete una pesada cruz, y de la casa que ella habita un purgatorio.

¡Cuán raras son las almas que llevan siempre á Dios una franqueza generosa! ¡Cuántas hay de quienes podría decirse que el deseo de hablar de sí y de hacer ver sus defectos por el lado que ellas anhelan que sean vistos, constituyen poco más ó menos toda su sinceridad! ¡Cuántas á quienes agrada acusar á las demás más bien que á sí mismas! ¡Cuántas que se dan á la infernal tarea de sorprender la buena fe de los ministros del santuario, para comprometerlos ó para reír de ellos!

En nuestros tiempos todo ha ido á menos, así la fe como los caracteres y las complexiones. La religión se "humaniza," ¡qué digo! se la profana y se hace mofa de ella hasta en sus asilos más sagrados y más inviolables.

En nuestras grandes ciudades, principalmente, se ven criaturas sin nombre regimentadas por no sé qué inquisición para hacer del Tribunal de la Penitencia una trampa, de los sacerdotes demasiado cándidos otras tantas víctimas y del sigilo inviolable que los vincula, una salvaguardia para las novelas con que los engañan, y de las infamias que se escogen para seducirlos.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Y sin hablar de esas mujeres de las cuales ya el infierno ha hecho presa, ¡cuántas hay que á punto de levantarse purificadas de la presencia del sacerdote, se separan de él más culpables que antes por no haber tenido suficiente valor para hacer un postrer esfuerzo á fin de arrancar el último secreto de las entrañas de la falsa vergüenza!

¡Pobres almas! ¡Ellas han oído las sagradas palabras de la absolución al brotar de los labios del sacerdote; han visto alzarse su mano en el nombre de Dios, para perdonar y bendecir, y al alejarse, en vez de llevar un corazón inocente y gozoso, no llevan sino una conciencia trastornada por un nuevo remordimiento!

Si se acercan á la Santa mesa, á fin de no llamar demasiado la atención, ¡no harán sino renovar el crimen de Judas, y traicionar al "Hijo del Hombre," con un beso!

Si la fe no se ha extinguido en ellas del todo, día y noche se dejará oír en su corazón una voz misteriosa que les dirá:—"¡Has mentido á tu Dios; en vano es que reces, que llores, que procures aturdirte! Tus oraciones, tus lágrimas y el ruido que levantes al rededor de tu conciencia no impedirán que el remordimiento te haga sentir su dentellada, y no podrás librarte de sus dolorosas torturas sino por una confesión irremediablemente tanto más penosa, cuanto por más largo tiempo se haya diferido.

¿Qué pensará de mí mi confesor? decís, ¡él que me creía una santa!... Escuchad.

San Juan, el discípulo predilecto de Jesús, dirigía en Efeso á un joven de grandes esperanzas á quien amaba mucho. Como el Emperador Domiciano le llamara á Roma, recomendó el joven á un Obispo conocido suyo, diciéndole:—"¡Cuidad con el mayor esmero de este depósito que os confío!" De vuelta á Efeso, después de muchos años de destierro, pregunta

©Biblioteca Nacional de Colombia

al Obispo qué había hecho del joven que le había encomendado. Este prorrumpió en llanto y dijo: —"¡Ingrato y veleidoso, ha despreciado mis consejos y se ha perdido; luégo, de abismo en abismo ha llegado á capitanear una partida de salteadores en la montaña!" Al oír esto el Apóstol, llorando á su vez, monta á caballo, recorre la montaña, cae en manos de los ladrones y suplica que se le conduzca á la presencia del que los manda; pero éste, temiendo ver un semblante que trastornaría su conciencia, huye y se oculta. El santo anciano, sin cansarse, lo persigue, lo llama y le tiende los brazos. El joven conmovido al aspecto de aquel rostro tan dulce, de esos cabellos que un siglo ha enblanquecido, se detiene, se acerca al anciano y éste le estrecha en sus brazos!

Sin embargo, por un resto de pudor, el bandido mantiene oculta bajo la capa su mano derecha: —"¿Por qué ocultas esa mano? le dice el Apóstol, descubriéndola para estrecharla en la suya.—¡Ah, por favor, exclama el joven, no me descubráis, no me toquéis esa mano, porque ha derramado la sangre de los hombres!—¡Hijo mío, replica el buen anciano, grande es vuestro crimen, pero es todavía más grande la misericordia del Señor!"

¡Pobre pecadora á quien extravió el corazón y á quien el corazón vuelve á la senda, ese joven sois vos! Esa mano que no se atrevía á dejarse ver, es ese lado, ese doblez de vuestra alma que os causaba miedo, y que la vergüenza querría mantener en una espantosa oscuridad. ¡Ese Apóstol que tiembla al descubrirla, es el sacerdote que la bondad de Cristo ha puesto en vuestro camino, no para atormentaros con reprensiones, sino para alegraros con el perdón!

Sin duda hay revelaciones que nos contristan, mostrándonos hasta dónde puede descender una alma dominada por las pasiones; pero también en esas rodillas que se doblan, en esa cabeza que se inclina,

©Biblioteca Nacional de Colombia

en esas manos que se juntan, en esos labios que se abren para dar paso á confesiones que os hacen ruborizar ú os causan fiebre, vemos la grandeza de alma triunfando de la vergüenza, vemos el resultado de una confianza que nos honra y la victoria espléndida de una gracia que nos predice la resurrección!

¡Admirarse un confesor! ¿Acaso hay algo que él no tenga sabido? ¿No han pasado miles de borrascas por encima de su corazón? ¿El dirigiros reproches amargos? ¿Por ventura no es criatura humana como vos? ¿No tiene también un pie sobre ese abismo del cual va á sacaros? ¿No sabe que de un momento á otro, si una gracia especial no lo sostuviera, tendría que deplorar en sí las caídas que deplora en vos? ¿No es ministro de ese Dios que supo perdonar siempre, con una paciencia siempre incansable?

No, no! si nuestros labios tienen amargura es para el vicio orgulloso, para el vicio que ríe, que alza la cabeza y altivo alardea; pero para una alma que se eleva humillándose, que acusándose se purifica, nosotros, como el Señor para Magdalena, no tendremos sino un buen consejo, una palabra de esperanza, junto con el perdón que anhela caer sobre el arrepentimiento.

II

El arrepentimiento ó la compunción del corazón, es la segunda condición esencial de una verdadera penitencia. ¿Qué es el arrepentimiento? Vais á comprenderlo. Se os ha ofendido gravemente; tenéis á la mano poder bastante para tomar brillante venganza de la injuria que se os ha irrogado. Pero toleráis con paciencia, y ved aquí que, para conjurar los efectos de vuestra indignación, aquélla que os había ofendido viene á implorar vuestro perdón. ¿Qué le exigís? una reparación. Es preciso desde luégo que la culpable confiese su falta y que convenga en que no tenía

©Biblioteca Nacional de Colombia

razón. ¿Qué más? ¿Queréis que os manifieste claramente cuán afectada está por haber obrado de esa manera? ¿Y eso es todo? No: queréis además que se muestre firmemente resuelta á no proceder de esa manera en adelante; porque sin esta disposición su pretendido arrepentimiento no sería sino una burla.

Pues bien. Eso que de ordinario exigimos nosotros para satisfacer nuestro orgullo, ó á fin de premunir junto con nuestra reputación nuestra autoridad, lo exige Dios, no sólo en virtud de su justicia, sino también en virtud de su esencia. La compunción es necesaria, porque es indispensable ofrecer á Dios una reparación, y esta reparación es imposible sin el arrepentimiento.

¡Cuánto no podría yo decir todavía sobre esta materia!

¡Cuántas veces una piedad ficticia no hace de la confesión sino un entretenimiento puramente humano, y del Santo Tribunal un retrete!

¡Cuántas veces una debilidad incurable no hace de este Sacramento una especie de horcas caudinas, por las cuales es necesario pasar de tiempo en tiempo por obedecer á la regla ó la costumbre, mucho más que para retemplarse en el fervor y en la humildad!

¡Cuántos insensatos hay que parecen desafiar á Dios en su justicia, así como en su misericordia, relatándose sus más vergonzosas apostasías sin emoción, como un drama al cual son completamente extraños!

El hombre no es avaro de sus lágrimas, al contrario, las prodiga. Las derrama en abundancia sobre la tumba de sus parientes y de sus amigos. Un revés de la fortuna bastará á las veces para hacerlo llorar de dolor ó de rabia. ¡Qué digo! siente que sus párpados se empapan á la sola relación de un suceso afortunado, real, y frecuentemente á la de una desgracia imaginaria. No lo acuso por eso, porque las lágrimas

©Biblioteca Nacional de Colombia

fáciles revelan un corazón tierno, que tiene eso de común con Dios, es decir, que se conmueve fácilmente.

Pero procuremos ante todo dar, si no nuestras lágrimas, al menos nuestros pesares á lo que más los merezca, quiero decir, á Dios y á nosotros mismos.

He visto, ¡y qué no verá uno en el mundo, Dios mío! he visto hombres que buscan en el suicidio el remedio de una furiosa desesperación. ¿Qué les ha acontecido? ¿Qué desgracia se ha desplomado sobre ellos? ¿Ha derrumbado su morada el rayo? ¿Una aterradora bancarrota ha devorado su fortuna? ¿Ha venido la muerte y ha producido algún vacío doloroso en el santuario de sus afectos?

No, esos hombres amaban; adoraban un ídolo de carne y de barro perfumados.

Hacía ya largo tiempo que se arrastraban á sus pies, diciéndole en su lenguaje sacrílego:—*¡Yo te adoro!* para alcanzar la limosna de una sonrisa que significaba:—¡Basta; mi orgullo está satisfecho; tú me agradas; no te falta sino arruinarte para embellecerme más todavía, porque una diosa necesita mucho!...

Pero otro día, al día siguiente no más, han visto en la frente de ese mismo ídolo, en sus labios, en sus ojos, una señal que quería no sólo decir:—Tú me has desagradado, sino más bien:—¡Has dejado de agradarme, y te destrono para comenzar la ruina de otro que, sin ser más razonable, tiene más escudos que tú!

Y de súbito, á esa señal, la desesperación, la muerte, el infierno, han hecho irrupción en su alma trastornada.

No les digáis:—Mirad ese hermoso cielo recamado de estrellas, esa pradera esmaltada de flores.

No les digáis:—Oíd el pájaro que gorjea y el agua que murmura.

©Biblioteca Nacional de Colombia

No les digáis:—Aspirad por unos momentos ese céfiro que hace ondear las mieses y que embalsama las viñas en flor.

No digáis tampoco á uno de esos insensatos, apretándole la mano y fascinándolo con una mirada que revela un corazón conmovido:—¡Amigo mío, yo te amo, valor!

¿Qué le importan el cielo con sus estrellas; la pradera con su alfombra, la naturaleza con sus poesías, la amistad con sus delicadezas; qué le importan el mundo y la vida? ¡Amaba á su ídolo, ó mejor dicho, se amaba en su ídolo; y más vale para él morir, que vivir sin el goce de ese amor!

Pero, y Dios, ¡ah! dormimos tranquilos después de haberle ofendido. ¡Poco nos importa que lo hayamos desagradado veinte veces en el día; que su frente revele la cólera, su mirada la tristeza! Poco nos importa que nos diga muy quedo:—Tú no eres ya mi hijo, yo no soy ya tu Padre!

¡Poco nos importan ese patíbulo sangriento, esa cabeza coronada de espinas, esa carne maltratada, esos ríos de sangre y esa mirada dulcísima, que nos dice:—"Todo esto ha sido por ti!"

No de otro modo lo hacía Jerusalén. Reía de las palabras de Cristo y despreciaba sus amenazas, olvidando sus favores.

¡Y Jesús, el dulce Jesús, lloraba sobre ella! ¡Lloraba él porque ella no lloraba!

¡Quizás llore también sobre nosotros, porque nosotros no sabemos llorar; y no sabemos llorar, porque no sabemos amarlo!

San Pedro lo amaba; y también le decía con un corazón contrito:—"¡Retiráos de mí, Señor, porque yo no soy sino un pecador!"

David amaba; y por eso supo inmortalizar su pecado y su arrepentimiento, cantando sobre su lecho empapado con sus lágrimas, ese cántico de su peniten-

©Biblioteca Nacional de Colombia

cia:—*¡ Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam !*

San Luis amaba; y por eso suplicaba al Salvador que diera á sus ojos "una lágrima de compunción," mirándola, decía, como uno de los más ricos presentes de Aquél que tántos le había hecho.

Mujeres cristianas, al acercaros á la piscina, aunque no sea sino para acusaros de fragilidades vulgares, cuidaréis siempre de postraros un instante al pie de la Cruz en que Jesús las expió. Le pediréis el favor singular de amarle algo siquiera, y hallaréis lágrimas, si no en vuestros ojos, al menos en vuestro corazón.

Sin pensar en más que en vuestras faltas, y sin recordar vuestros títulos, vuestra sangre ó vuestra fortuna, sino para apreciar mejor vuestra ingratitud para con el Señor, que merecía de vuestro corazón más reconocimiento, sabréis decirle con el publicano: —*¡ Propitius esto mihi peccatori !*—"¡Señor, sedme propicio, porque no soy sino una pecadora!" El mundo me honra y me colma de homenajes, porque el mundo no ve ni estima sino las apariencias; pero delante de Vos, ¡oh Dios mío! que escudriñáis los corazones y contáis mis debilidades, yo me humillo, me reconozco culpable, imploro vuestro perdón y junto con vuestro perdón la gracia de hacer de modo que dentro de ocho días tengáis menos que perdonarme que hoy!

Tal es el lenguaje del alma humilde y generosa. Dispuesta así, puede, sin hacerse culpable de traición, acercarse á la santa mesa y sentarse al festín de los ángeles. Abriendo su corazón al dulce Jesús, á fin de que lo fortifique y lo caliente con su presencia, le abre un santuario al cual baja mucho más complacido que á un tabernáculo de oro; porque el amor busca al amor, y si alguna vez se siente satisfecho, es cuando encuentra el amor que lo comprende y lo corresponde.

©Biblioteca Nacional de Colombia

III

"¡Me habéis preparado un festín, ¡oh Dios mío! exclama David, para fortificarme contra los enemigos que me persiguen y consolarme de las tribulaciones con que me abruman!"

Eso que hizo el Señor para con el Profeta-Rey, lo hace Jesús para con todos los que desean serle siempre fieles. Ha querido, al instituír el adorable Sacramento de nuestros altares, preparar á todos los que quieren seguirle é imitarle, un festín que los fortifica contra sus propias debilidades y los consuela en las pruebas de la vida.

¡En ese Sacramento adorable, por esta maravillosa invención de su amor, Jesús se da á nosotros; nos da su carne, su sangre, su divinidad; vive en nosotros y nosotros vivimos en El!—¿Cuál es el pueblo que puede gozar y gloriarse de semejante privilegio?" ¡Ah, Señor! podemos decir con el Salmista:—"¿Qué es el hombre para que así te dignes visitarlo?"

En presencia de semejante maravilla, si el corazón tiembla, la razón se espanta, pero el corazón puede decir á la razón:—¿Por qué ese miedo? ¿Por qué esa debilidad? Tú crees en la palabra de un hombre, cuando el que te la da es un hombre de honor; en cuanto á mí tengo para regocijarme, con plena seguridad, la palabra de mi Dios que me dice:—*¡Hoc est corpus meum!* ¡Este es mi cuerpo!

¡Sí, almas fervorosas! nosotros tenemos como garantía de este prodigio admirable, no la palabra de un hombre siempre falible, sino la palabra del mismo Dios que jamás engaña ni se engaña. Nunca se vió al Salvador tan positivo, tan afirmativo, tan sobrio de explicaciones, tan pródigo de repeticiones, como cuando anunció á la multitud que le seguía ese gran designio de su amor.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Midiendo, por decirlo así, la fuerza de su lenguaje por la oposición que había de encontrar, deja á un lado la parábola y enuncia su pensamiento absolutamente libre de la menor oscuridad.—"¡Yo soy el pan vivo bajado del Cielo. Si alguno come de este pan, vivirá; y este pan que yo daré es mi carne. El que come mi carne vive en mí, y yo en él!"—"¿Cómo puede este hombre, exclamaban los Judíos, darnos á comer su carne?" Jesús, que estaba presente, que oía sus discursos y leía sus pensamientos, respondió:—"¡En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida!" "Este lenguaje es demasiado fuerte, dicen los Judíos, ¿y quién podrá prestarle fe?"

Y después de esto, se iban, nos dice el Evangelio; ¡se iban con la sonrisa en los labios, y el sarcasmo en la lengua, como se han ido con ellos y como se irán todavía tántos espíritus fuertes!

¿Qué hace entonces el Salvador? ¿Entrará en explicaciones? ¿Irá á llamarlos para apaciguar su razón rebelde y á disuadirlos de todo error, como si hubieran comprendido mal el sentido de sus palabras? Lejos de eso: dirigiéndose al reducido número de los que lo rodean, mudos é indecisos, como si quisiera colmar la medida, les dice:—"¿Y vosotros también queréis iros?" que es tanto como si dijera:—Habéis oído mis palabras, tomad vuestro partido; no borraré ni una jota y no quiero discípulos cuya fe no vaya hasta allá.

Los Apóstoles fueron hasta allá; creyeron en la palabra de Dios, y con peligro de su vida la anunciaron á las naciones de la tierra. San Pablo repetía esa palabra á los fieles de Corinto, advirtiéndoles que "el que comulga indignamente profana la carne y la sangre del Salvador."

San Justino revelaba los misterios de Cristo á los

©Biblioteca Nacional de Colombia

oídos de los Césares y los mártires se reunían en las Catacumbas para embriagarse de entereza, embriagándose de amor, en el banquete que esa palabra les había preparado.

La humanidad ha hecho lo mismo que los Apóstoles y los mártires; ha creído en la palabra de Dios. Si algunos incrédulos han sonreído en presencia de esa credulidad, ésta no ha cedido á su debilidad. Riéndose de su sonrisa, ha aderezado altares, ha prodigado el oro, los diamantes y las flores para cubrir de majestad y de gloria ese pan misterioso del cual dijo Jesucristo:—"¡Este es mi cuerpo!"

—Señor, verdad es, mi razón se turba, mientras que mi corazón adora; pero Vos lo habéis dicho y creo en vuestra palabra, porque es "la palabra de la vida eterna." ¡Yo creo en vuestra presencia, en vuestros tabernáculos, ¡oh Dios mío! porque creo en vuestro amor!

¡El amor! ¿cuál es su carácter? ese carácter es, ante todo, ¡la locura! *Omnis amans amens.* Que sea puro, ó que sea culpable, nunca falta al amor, para manifestarse por inauditas extravagancias, sino un poder igual á su intensidad y á sus aspiraciones. Los que hayan amado, siquiera sea por un cuarto de hora, comprenderán este lenguaje; los únicos á quienes podrá sorprender serán aquéllos que nunca han amado, y de esos tales, ¿qué nos importa la admiración?

¿Cuál es la ley del amor? Aspirar á la unión hasta la unidad. Ved una madre: lleva en sus brazos al hijo querido que durmió nueve meses sobre su corazón, á quien alimentó con su leche, después de haberlo alimentado con su sangre.

Vedla: ¿cómo corresponde á la sonrisa de ese ser tan querido? Cubriéndolo de besos. No sabe cómo explicar los sentimientos de que está inundado su corazón; y con frecuencia le sucede que su amor la hace lanzar

©Biblioteca Nacional de Colombia

estas palabras insensatas que lo revelan:—" ¡Quisiera comérmelo!"

Y cuando se nos quiere pintar el dolor en lo que tiene de más punzante, ¿qué se nos pone á la vista, sino el de una madre inclinada sobre el lecho de un hijo, cuya última sonrisa recoge, después de haberlo disputado en vano á las acometidas de la muerte? ¡Ah, es que la muerte es la separación, mientras que el sueño y el éxtasis del amor son la unidad!

Dios nos ama, además, " con un amor lleno de celos." Nos ama más de lo que una madre haya podido nunca amar á su hijo, más de lo que un esposo pudo ni puede jamás amar á su esposa.

Desde luégo, comprendo que haya " abajado la bóveda de los Cielos para habitar entre nosotros." Comprendo que haya permitido al hombre que lo vea, le hable y lo toque. Comprendo, asimismo, esta palabra consoladora, tan suave, que cayó de sus labios la víspera de su suplicio:—*¡Non relinquam vos orphanos!* ¡No os dejaré huérfanos! Mañana la mano de los hombres habrá despedazado mi carne, atravesado mi corazón, por los pecados del mundo. Pronto ya no veréis mi rostro, no escucharéis mi voz; pero consoláos. Si me quedo en mi Evangelio para instruíros, también habitaré en mis tabernáculos, para aguardaros, escucharos y consolaros, fortaleciéndoos. *¡Non relinquam vos orphanos!* Muchas veces en el curso de vuestra existencia, hijos de los hombres, contaréis días pésimos, horas amarguísimas. En vano vuestro corazón aislado, solitario, buscará en torno suyo un corazón que lo comprenda, que lo escuche, que le responda; pues bien, yo, vuestro Dios, vuestro amigo, que conozco todas las angustias del corazón, porque las he experimentado, estaré ahí para oír vuestros suspiros y responder á vuestras confidencias. *¡Non relinquam vos orphanos!*

¡Hay sobre la tierra tántas lágrimas que enjugar,

©Biblioteca Nacional de Colombia

tántos corazones fríos que calentar, tántas heridas sangrientas que cicatrizar! Yo quiero hacer de mis tabernáculos un trono de amor de fácil acceso, desde donde pueda extender los brazos y deciros:—"¡Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras debilidades ó de vuestros dolores, y yo os aliviaré!"

Si Jesús no hubiera obrado este prodigio, habría sido porque su poder no estuviera en relación con las aspiraciones de su amor; pero como tenía un poder infinito que poner al servicio de un corazón dilatado por una ternura sin límites, no me admira que haya obrado este milagro; y creo en él con tanto mayor firmeza, cuanto se necesitaba el corazón de un Dios para soñarlo, como también su poder para ejecutarlo.

El amor aspira á la unión, no sólo por espacio de siglos, sino para "siempre." Todo límite lo atemoriza; hasta en sus enajenaciones, en sus orgías de este mundo, necesita para dar al goce su plenitud, olvidar que ha de tener fin algún día. Para que ellas sean completas, se necesita hacer entrar la eternidad en sus éxtasis.

Luego el amor no tiene sino una ley, así como no tiene más que un nombre en el Cielo y en la tierra. Como Dios aspira á unirse á su criatura en el tiempo, así también aspira á unirse á ella en la eternidad; y esta unión inefable, de la cual resulta la felicidad de los escogidos, es el término magnífico de nuestros destinos. Esta sencilla consideración bastaría para explicarnos la maravillosa institución de la divina Eucaristía.

En efecto, ¿qué se requiere para vivir de la vida de Jesús en la eternidad? Vivir de su vida en el tiempo, conformando á su ley nuestra propia actividad y practicando la virtud. ¿Cuál es la condición de la virtud que salva y que forma los santos? El amor divino. Mientras más amemos á Dios, más santos seremos, porque con mayor facilidad obtendremos la vic-

©Biblioteca Nacional de Colombia

toria y podremos escoger siempre, llegado el caso, lo que le agrada, de preferencia á lo que le desagrada.

El amor hace inclinar la balanza hacia el lado del más fuerte. Puesto que la santidad es la condición de nuestra unión íntima, definitiva, con Dios, y el amor divino es en nosotros el principio, el móvil de la santidad, el problema que había de resolver Nuestro Señor era éste:—¡Por medio de qué maravilla podré abrasar el corazón del hombre en más amor! Jesucristo ha resuelto ese problema respondiendo él mismo:—¡Yo abrasaré de amor su corazón, haciéndolo morada de mi carne, de mi sangre, de mi divinidad, de mi corazón y de mi amor!

IV

Sí, mujeres cristianas, para quienes la vida no tiene sino rosas, porque para vosotras el mundo sólo tiene sonrisas, Jesucristo se ha dicho, pensando en vuestra alma, que debía costarle gota á gota toda su sangre:—¡Cómo seducir ese corazón accesible á los encantos del mundo, cómo seducirlo hasta el punto de que permanezca fiel á mí, y de que en vez de buscar siempre el placer, consienta en inmolarse, buscando su alegría en el sacrificio? ¡Ah! yo sé lo que he de hacer. Yo, el autor, el foco del amor que sabe entregarse, moraré en ese corazón; luégo en esa dulce comunicación, le diré, ayudado por la elocuencia de algún grande beneficio recibido:—¡Sé mía, así como yo soy tuyo; déjame calentarte á la hoguera cuyas llamas no causan estragos; deja que te conserve en las alegrías de la inocencia, en tanto que te llegan las alegrías de la inmortalidad. Quizás ese corazón no tenga valor para negarme eso; y entonces será fuerte para resistir á las seducciones de la serpiente, y para transitar, si es necesario, la senda del sacrificio! ¡Oh momento feliz, cómo pintarte! Mientras la

©Biblioteca Nacional de Colombia

admiración arrebata esa alma que se retira modesta y radiante de la santa mesa; mientras que la confesión la abruma, el amor se apodera de su corazón, conmueve todas sus fibras, reanima todos los afectos y la introduce al santuario de la caridad divina, en donde se sosiega. *Introduxit me in cellam vinariam.*

Los sentimientos más opuestos se armonizan en este amor. Se humilla uno, pero en esa humildad no hay abatimiento; confía, pero con una confianza sin orgullo; teme, pero en ese temor no hay inquietud; espera, pero con una esperanza ajena á la presunción; se cree uno indigno, y se ofrece; querría retroceder, y se entrega; se postra y abraza; adora y ama!

Se ama, y las pasiones enmudecen delante de la paz de este amor; se ama, y en presencia de este encanto se desvanece el mundo con sus ilusiones engañosas; se ama, y, como la Magdalena, se querría huír al desierto con el amado tesoro, porque "donde está el tesoro está el corazón," y la vida donde está el corazón; se ama y se exclama con la esposa de los cantares:—*¡ Dilectus meus mihi et ego illi!* ¡Mi amado es para mí y yo para él! *¡ Fulcite me floribus, quia amore langueo!* ¡Cubridme de flores, porque languidezco de amor!

Y de este éxtasis se levanta uno, dice San Juan Crisóstomo, listo para el combate, armado contra la prueba, ardiente como los leones. *Tanquam leones ignem spirantes ab hâc mensâ recedamus, facti diabolo terribiles.*

Además, Jesús, después de saciar en este banquete á aquellos "á quienes amó hasta el fin," les dice:—*¡ Surgite, eamus hinc!* que es como si dijera:—¡Ahora que lo he hecho todo para prevenir vuestros desmayos, levantáos y vamos al jardín de las angustias; tal vez tengáis fuerza suficiente para seguirme!

Y San Juan, el que de todos los discípulos comul-

©Biblioteca Nacional de Colombia

gó con más fervor, el que tuvo el incomparable privilegio de acercarse más á su divino Maestro, fué también el que le siguió más lejos.

Mujeres piadosas que queréis vencer siempre, y llevar sin acobardaros el peso de vuestros dolores, vosotras cuidaréis de acercaros á menudo á la mesa sagrada donde el alma se rehace y el corazón se fortifica dilatándose. Vendréis á sentaros á este banquete, no porque sea el día de "vuestro santo," no para llamar la atención, sino porque vuestro corazón os impele ó porque un director prudente os lo aconseja. Si os sentís frías os acordaréis de que Dios no os exige sino una conciencia pura; que él "viene en busca de los enfermos y no de los que gozan de salud;" y diréis á María Inmaculada:—¡Santa y buena Madre, es la carne de vuestra carne, la sangre de vuestra sangre lo que voy á recibir y con lo que voy á alimentarme! ¡Ah, por favor, prestadme por un instante vuestro corazón, para que Jesús se sienta en él satisfecho, volviendo á hallar el santuario que tuvo por morada!

Que los que no creen en el amor tampoco crean en el sacramento del amor, lo concibo; pero vosotras, mujeres cristianas, vosotras creeis en el amor como la flor cree en el sol que hace abrir su cáliz, como el ave cree en la primavera que hace brotar sus melodías, como el corazón del hombre cree en el vino que lo regocija y lo embriaga. Vosotras abriréis la boca para recibir el pan celestial sin admiraros: ¿y por qué os habriais de admirar? ¿No están vuestros labios preparados para operaciones sublimes? ¿Acaso esos labios no se entreabren cada día para que de ellos salgan, entre el sagrado caudal de la palabra, la verdad que ilumina y el amor que alegra y consuela? ¿Por qué la carne transfigurada del Hombre-Dios no ha de pasar por las mismas puertas por donde pasan el amor y la verdad que emanan de él?

©Biblioteca Nacional de Colombia

Día vendrá en que esa carne adorable no sea ya para vosotros un alimento suficiente. De ella nos acordaremos como Israel en la tierra prometida se acordaba del maná que lo había alimentado durante su peregrinación por el desierto. El arca santa conservaba su memoria en un vaso de oro; pero el hijo de Abraham ya no existía. Sentado á la sombra de su viña y de su higuera saboreaba en paz los frutos de la patria.

Así nosotros, cuando hayamos llegado á la santa Sión, después de nuestro viaje por el desierto, encontraremos allá la santa humanidad de Jesucristo. Tocaremos con nuestros labios sus manos benditas, le contemplaremos cara á cara, nuestros ojos beberán sus miradas adorables; su amor se difundirá en nuestras almas absortas, como la fuente inagotable de una embriaguez sin término; y ese será el banquete de los banquetes; la boda de las bodas; aquella de la cual hablaba Jesús para fortalecer á sus discípulos contra las pruebas del siguiente día, cuando dijo: —"¡Ya no beberé más de este fruto de la vid, hasta que no lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre!"

CAPÍTULO XII

MARÍA.

El niño candoroso.—I. La Madre de Dios.—II. Su grandeza y su humildad.—San Cristóbal.—III. Nuestra madre.—Corazón de María.—*¡Nutri mihi!*—Consagración.

Un niño enteramente tierno estaba un día sobre las rodillas de su madre, que le enseñaba á hacer la señal de la cruz. Después de haber dicho:—"En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo," el niño, volviéndose hacia su madre, y mirándola todo sorprendido exclamó:—"¡Mamá, yo veo distinta-

©Biblioteca Nacional de Colombia

mente un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, pero no veo la Madre!"

El corazón de la humanidad habló por la boca de ese niño. Se necesita una madre, y para no dejar en la obra magnífica de nuestra Redención un vacío, que habría privado al Catolicismo de su fuerza más poderosa de seducción, nos ha dado á María!

Es indudable que en la persona adorable del Salvador tenemos una mediación omnipotente, que nos permite ofrecer al Altísimo con una confianza ilimitada nuestros votos, nuestros suspiros y nuestras acciones de gracias. Sin embargo, Dios sabía que á pesar de la singular mansedumbre de Jesús, habría siempre en su semblante al par que un rayo de la majestad suprema, una grandeza que sobrecoge, cardenales que recuerdan al hombre su ingratitud y pueden estorbar esa confianza enteramente filial, que constituye el encanto y el poder de la oración.

Para una alma pura es fácil y es dulce exclamar: —¡Mi Salvador y mi Dios! pero para una alma extraviada que aspira al perdón, echando de menos la inocencia, cuanto es más fácil y más dulce exclamar:—¡María, Madre mía! Dios ha querido, pues, en su admirable sabiduría, colocar entre Jesús y nosotros la mujer, en la condición más pura y más indulgente, la de madre. Ha querido que la mujer incomparable á quien habría de confiar esa misión tan sublime y tan dulce, estuviese muy cerca de su divinidad, para inclinar hacia nosotros sus mercedes, y á suficiente distancia para poder, sin comprometer su majestad, impulsar su amor hasta la debilidad é inspirarnos la confianza hasta el abandono.

María, lo mismo que su divino Hijo, nos dice á todos, tendiéndonos las manos, abriéndonos su corazón, y seduciéndonos con la dulzura de su mirada: —"Venid á mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso de vuestros dolores ó de vuestras debilidades.

©Biblioteca Nacional de Colombia

Venid con confianza; si vuestros ojos humedecidos por las lágrimas de la angustia ó atemorizados por el recuerdo de vuestras flaquezas, no se atreven á levantarse hasta los de mi Hijo, temiendo encontrar en ellos la majestad del monarca ó la severidad del juez, ¡oh! que al menos hallen los míos, y que mi mirada diga á cada cual:—¡Hijo, no está todo perdido; abre tu corazón á la confianza, contando con el mío; yo puedo mucho sobre Aquél cuya majestad te espanta, y tu oración lo puede todo sobre la que pone su gloria en mostrar que es tu Madre!"

I

Coriolano, noble Senador, después de haberse hecho célebre en los campos de batalla, había incurrido, por su arrogancia, en la cólera del pueblo romano. Condenado al destierro y temblando de rabia, se retira á un pueblo vecino, cuyos rencores atiza, reúne un ejército y jura lavar con la sangre de sus conciudadanos la injuria que ha recibido.

Ya los campos están desolados, y Roma, reducida al último extremo, recurre á la oración. El Senado se congrega, escoge una Diputación de su seno para que lleve al patricio victorioso proposiciones de paz y de conciliación; pero Coriolano ni siquiera consiente en recibir la comisión.

Se cree y se espera que la voz de la religión será más poderosa para con esa ira inexorable, que la voz de la patria, y algunos sacerdotes se adelantan, llevando en la mano el ramo de olivo para implorar la paz en nombre de los dioses. Coriolano permanece inflexible.

¿Qué le queda á la debilidad en presencia de esa cólera poderosa? Le queda el ruego de una madre. Beturia sale de la ciudad, llega al campo enemigo; Coriolano, al reconocer á la que lo dió á luz,

©Biblioteca Nacional de Colombia

deja caer sus armas, abraza á su madre y Roma se salva.

¿Por qué semejante poder? La madre es débil y ese es el primer elemento de su fuerza. La debilidad que implora es casi siempre más poderosa que el poder que amenaza. Se sabe que no habría ninguna gloria en triunfar sobre ella, y se prefiere dejarse vencer por ella. Un poeta inglés conocía este secreto del corazón cuando decía:—"Es difícil estar por un cuarto de hora en contacto con una mujer ó con un niño, sin sentirse 'algo mujer' ó 'algo niño."

Lo que principalmente constituye la fuerza de una madre que suplica á su hijo, es que su ruego despierta siempre en el corazón de éste, á menos que esté por completo depravado, ese omnipotente aguijón que llamamos reconocimiento.

Cuando una madre suplica á su hijo, no es tan sólo su lengua la que solicita: es ese seno que lo ha llevado, son esos pechos que lo han amamantado, esos labios que han estampado sobre su frente el primer beso, esos ojos que han espiado su primer despertar y hallado su primera sonrisa, esas rodillas que lo han mecido, esas noches que ha hecho pasar en el desvelo y en la fatiga, esas lágrimas que ha hecho derramar, todas las emociones, las angustias de ese corazón que tánto lo ha amado!

Cuando una madre ruega todo eso ruega, todo eso se remueve para seducir y conmover, y nada resiste al poder de semejante elocuencia.

Si, pues, tal es vuestro poder, ¡oh madres de la tierra! ¿comprenderéis ahora el que debe ejercer la mejor de las madres sobre el corazón del mejor de los hijos?

Vedla en las bodas de Caná; no pronuncia sino una palabra:—"¡Ya no tienen vino!" luégo calla; ¡y Jesús á su ruego obra su primer milagro! ¿qué digo? ¡anticipa la hora señalada por su providencia,

©Biblioteca Nacional de Colombia

para obedecer una vez más á esa voz acostumbrada á "mandarle!"

En el Cielo María manda siempre. La gloria que la rodea no ha hecho sino consagrar su poder, coronando sus virtudes. Ella puede solicitar todavía, solicitar siempre en favor de los que la imploran; Jesús se complace en mirarla con amor como para decirle:—¡Madre mía, si me complazco en la posesión de mi poder que no tiene límites, es porque puedo escucharte siempre! ¡Habla, pues, Madre mía, habla con confianza; tengo tan buena memoria! ¿No es ese el seno que durante nueve meses tuve por tabernáculo inmaculado? ¿No fué desde esas rodillas desde donde me complací en sonreír ya á los pastores de Belén, ya á los príncipes salidos del Oriente? ¿No es esa la mano que me conducía por el desierto y me sostenía sobre la cabalgadura que nos llevaba en el camino del destierro? ¿Esos ojos, no son los ojos en que mi última mirada pudo descubrir á la vez que la más cruel de las angustias, el amor que ningún dolor pudo desalentar jamás? ¡Habla, Madre mía, que no es justo que yo aparte mi rostro desoyendo tu súplica!

II

Y, notémoslo bien, mujeres cristianas, María suplicando á Jesús no es solamente una maternidad gloriosa que suplica, sino que es también una amabilidad perfecta que implora.

Para poder alcanzar siempre y mucho es preciso saber complacer mucho y siempre. Así, María es, de todas las criaturas, la que fué más agradable al Señor, no solamente como Hija del Padre, como Madre del Hijo y como Esposa del Espíritu Santo, sino también como el tipo acabado de todas las virtudes. Es ella la única de quien Dios ha podido decir, contemplándola con una amorosa complacencia:—*¡Tota pulchra es et*

©Biblioteca Nacional de Colombia

macula non est in te! ¡Eres toda hermosa y no hay mancha en ti! Atendiéndola siempre, se complace en tributar homenaje á sus virtudes, tanto como á su título de Madre, y principalmente en recompensar su incomparable humildad.

Para medir la humildad de María, es necesario poder medir su grandeza; sería necesario comprender las sublimes prerrogativas de que se vió colmada; la fecundidad prodigiosa que para el Cielo y para la tierra resultó de sus admirables privilegios, y el brillo que María supo añadirles por la cooperación gloriosa que provino de sus voluntarias inmolaciones.

¿Qué se podrá decir de esas prerrogativas? En tanto que Dios acostumbra distribuír sus gracias, siempre con medida, á las veces con parsimonia, para con María no conoce medida. Su corazón es un vaso de predilección que se llena y desborda bajo el caudal que en él derrama siempre la inagotable complacencia del Altísimo:—*¡Ave María, gratia plena!*

En tanto que toda criatura paga antes de nacer al espíritu del mal un tributo que la humilla, María por su Concepción Inmaculada se ve exenta de semejante humillación.

En tanto que toda criatura recibe la vida de su Creador, María, por decirlo así, se la da á El; aun más, esquiva la maldición de las estériles por medio de su bienaventurada fecundiad, y la maldición que pesa sobre las fecundas, dando á luz sin dolor, así como había concebido sin corrupción.

María forma como una magnífica obra excepcional, ó más bien como una portentosa obra maestra entre todas las obras del Todopoderoso; y su corazón, según la enérgica expresión de San Juan Damasceno, es como una fábrica de prodigios, *¡officina miraculorum!*

¡Y qué milagros! milagros que hacen de María la fuente viva de la humanidad regenerada.—" De la

©Biblioteca Nacional de Colombia

propia manera, nos dice San Ireneo, que Eva por su desobediencia ha sido para ella y para el género humano una causa de muerte, así también la Virgen María, por su obediencia ha sido para ella y para el género humano una causa de salud. Como aquélla, fué seducida por la palabra de un ángel de tinieblas, para que abandonara á Dios, ésta fué persuadida por la palabra de un ángel de luz, á que obedeciera á Dios, á fin de que María fuese la abogada de Eva, y de que, así como el género humano había sido sometido á la muerte por una virgen, fuera libertado también por una virgen."

Y Tertuliano expresaba la misma idea cuando escribía:—"La palabra mentirosa que traía la muerte había penetrado en el corazón de Eva; la palabra verídica que trae la vida ha penetrado en el corazón de María, á fin de que una mujer salvara lo que había perdido una mujer."

Así, Eva por su pecado introdujo la muerte en el mundo; María por su maternidad introdujo en él la vida. De la misma manera que la mujer en Eva, había tenido la iniciativa de la caída, Dios ha querido que ella tuviese en María la iniciativa de la reparación. Ha querido que, por María, la humanidad viviese en Jesucristo, como por Eva murió en Adán.

"¡Adán, padre nuéstro, alégrate, exclama San Bernardo; pero mucho más derecho tienes para regocijarte, ¡oh tú, Eva, madre nuéstra! ¡Así como habéis sido vosotros los autores de todos los humanos, fuisteis también sus parricidas, y ¡oh colmo de infortunio, sus parricidas antes de ser sus progenitores! Pero consoláos ambos con vuestra hija, ¡y qué hija! El hombre, para excusarse neciamente, no vaciló en inculpar á la mujer su falta, diciendo:—'¡La que me disteis por esposa me ha ofrecido de este fruto y yo lo he comido!' Cambia de hoy en adelante en acción de gracias esa excusa criminal y dí al Señor:

©Biblioteca Nacional de Colombia

—"¡La mujer que me habéis dado por madre, me ha dado del fruto de la vida y por él he sido regenerado!"

Así, María, por su maternidad divina, se veía colocada en los confines de los dos mundos; detrás de ella el Edén, la serpiente, el árbol de la ciencia, la prevaricación de Eva, y por consiguiente cuarenta siglos de tinieblas, de esclavitud y de corrupción; delante de ella el Calvario y tras el Calvario un mundo nuevo del cual venía á ser la Madre!

¡Y qué mundo! El mundo cristiano, iluminado por la fe, reanimado por el amor, salvado por la gracia.

Reina de los Profetas, veía la nave misteriosa de la Iglesia tocando en todas las riberas y recogiendo las almas perdidas; veía á todas las naciones abrevarse en las aguas vivas de Aquél que dijo:—"¡Yo soy el camino, la verdad y la vida!" Veía esos millones de vírgenes, de mártires, de almas santas que habían de alegrar el Cielo y edificar la tierra con el espectáculo de su heroísmo. Veía el mundo cubierto de basílicas, en donde las multitudes irían á adorar á su Hijo, "en espíritu y en verdad;" de santuarios en donde millares de corazones puros, alistados bajo su bandera, vistiendo sus libreas, y saltando de alegría, entonarían cánticos en alabanza suya, exhalarían su amor en torrentes inagotables.

¡Ah! es propiamente de vuestro corazón, ¡oh María! que pudo decir el Profeta:—*¡Videbit semem longævum; videbit et saturabitur!* ¡Verá una posteridad numerosa, verá y se saciará! Propiamente de Vos es de quien el Espíritu Santo, vuestro Esposo, ha podido decir:—*¡Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas!* ¡Muchas hijas han acumulado riquezas, pero tú las has sobrepujado á todas en munificencia; porque es á Vos, ¡oh María! á quien debemos la posesión de Aquél que todo nos lo ha dado!

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Qué gloria! pero también, ¡cuántos sacrificios han sido el precio de esa gloria! Tres voluntades debían cooperar en la empresa de nuestra redención: la voluntad del eterno Padre "dando á su Hijo único;" la de este Hijo, ofreciéndose él mismo en holocausto; la de María, formando y dando ella misma, de sus propias entrañas, esta víctima que debía salvarnos.

El Padre no da á este Hijo sino grandezas, conforme á su origen eterno; la Virgen santa, de acuerdo con la Santa Trinidad, no le da, al darle la humanidad, sino la humillación y el dolor, á fin de que pudiese compadecer nuestras flaquezas participando de ellas, expiar nuestras faltas pagando nuestro rescate. Ella no le da la vida, pues la tenía eterna y gloriosa; ¡le da la mortalidad, le da la muerte! Cuando Pilato diga:—*¡Ecce homo!* ¡Ved aquí el hombre! cuando el Cordero de Dios espire sobre el cadalso, María, doloroso testigo de semejante suplicio, podrá decir:—¡Ellos acaban lo que yo había comenzado; soy yo quien les ha entregado la víctima! ¡he sido yo su primer verdugo! Y esto es lo que hizo proferir á San Epifanio esta atrevida palabra:—*¡Dico Mariam esse crucem!*

No contenta con cooperar á nuestra redención, suministrando la víctima, María ha querido seguirla paso á paso en la vía dolorosa que se había trazado.

Para salvar al mundo, Jesús debía rescatarlo con su sangre, iluminarlo con su doctrina, alentarlo con su ejemplo. Jesús debía personificar la contraposición del mundo.

Puesto que el mundo amaba la gloria hasta la embriaguez del orgullo, Jesús, para curarlo, debió abrazar la humillación hasta el anonadamiento. El mundo amaba las riquezas hasta los cálculos del más implacable egoísmo; Jesús, para curarlo, debió abrazar la pobreza hasta la desnudez. El mundo amaba los placeres hasta el delirio de la voluptuosidad;

©Biblioteca Nacional de Colombia

Jesús, para curarlo, debió abrazar la austeridad hasta la crucifixión.

Además, María, para llenar sin flaqueza todos los deberes de su maternidad divina, debió participar de esa triple inmolación; y de aquí que un gran doctor de la Iglesia haya dicho que ningún hijo fué nunca tan ponderoso para su madre, como lo fué Jesús para María!

La historia nos habla de un gigante á quien inmortalizó su arrepentimiento, bajo el nombre de San Cristóbal. Habiéndose dedicado, para expiar sus faltas, á la difícil tarea de pasar á cuestas de una orilla á otra de un torrente á todos los viajeros que le pidieran su ayuda, San Cristóbal oye golpear á su puerta en una noche de tempestad. Abre y ve un niño desnudo y transido que le pide que lo pase. El gigante le insta para que acabe de pasar la noche en su cabaña, le hace presente el huracán, la tempestad, la oscuridad; el niño insiste, quiere pasar. Cristóbal, fiel á su voto, lo pone sobre sus hombros y se aventura á través de los raudales y de las rocas; pero á medida que avanza su carga parece crecer hasta hacerse insoportable. El gigante se pára y dice al niño:—¡No sabes, acaso, que te me has hecho pesado como un mundo? —¡No te asombres, responde el Niño, porque llevas sobre ti al que ha hecho el mundo!

María podía con mucho mayor razón haber dicho lo que San Cristóbal dijo al Niño-Dios. Ella llevaba también una carga que parecía crecer cada día. Obligada á buscar refugio en un establo, á huír de noche por caminos desconocidos, á mendigar quizás su pan en algunos villorios extranjeros, pudo decir al Niño que llevaba en sus brazos:—¡Sabes que pesas como un mundo? Y Jesús pudo responderle:—¡Madre mía, no te asombres, porque llevas sobre ti al que viene á salvar el mundo!

María no se quejaba ciertamente, ¡oh, no! porque

©Biblioteca Nacional de Colombia

á la vez que á Jesús llevaba un corazón abrasado de un amor que la hacía más fuerte que el gigante. Ella sufría por sus dolores y por los dolores de su divino Hijo; pero amaba esos dolores, porque sabía que martirizando al Hijo y á la Madre, esos dolores nos salvaban.

Y cuando llegó el día supremo en que el sacrificio debía "consumar" la tan laboriosa obra de nuestra redención, María, de pie, cerca del altar del sacrificio, halla en su corazón, inundado de amargura, bastante fuerza todavía para obedecer á los decretos eternos, y pronunciar, triunfando de su dolor, el *fiat* sublime que debía hacerla copartícipe heroica del "Cordero" que lavaba con su sangre las iniquidades del mundo.

De seguro, si alguna vez criatura alguna pudo reclamar los homenajes y la gloria, esa criatura es María; porque ninguna como ella se vió en posesión de semejante grandeza.

Sin embargo, ella supo poner el colmo á esa grandeza, sobrepujándole por su incomparable humildad; ella triunfó de su propia gloria, como logró triunfar de sus dolores.

María se oculta durante toda su admirable existencia; satisfecha con las miradas del Altísimo, teme así las miradas del mundo, como sus alabanzas. Mis ojos la buscan y la encuentran cerca del pesebre, en el desierto, en Egipto, en Nazareth, siempre que la oscuridad puede sombrear, al par que sus grandezas y sus virtudes, los rigores de su pobreza.

Más tarde la busco en la cumbre del Tabor, en aquel momento en que tan dulce le hubiera sido que sus ojos viesen á su divino Hijo transfigurado; en que hubiera sido tan grata á sus oídos la voz del Altísimo llamando al "¡Hijo de sus complacencias!" Y no la veo menos privilegiada que Pedro; no tiene el consuelo de exclamar al impulso de la alegría, causada por esa adorable visión: — *¡Bonum est nos hic*

©Biblioteca Nacional de Colombia

esse! ¡Bueno es quedarnos aquí! ¡Todavía más tarde vuelvo á encontrarla, pero es ya en el Calvario, al pie de la Cruz, en ese momento supremo en que su corazón no prueba sino amarguras, y en que su humildad nada tiene que temer de su gloria! Diríase que en todas partes, y siempre, teme debilitar los homenajes de que es objeto su divino Hijo, si participa de ellos.

Empero, el Todopoderoso contó todos los sacrificios de esta alma tan pura como heroica; ¿y cómo podría recompensar con demasiada gloria semejante grandeza, que en tal grado supo olvidarse á sí misma? ¡Ah, ella puede implorar para nosotros, con plena seguridad, la misericordia de su Hijo, que se vió por parte de María, objeto de un amor tan generoso y tan gratuíto! Ven, "¡oh Madre admirable!" le dice él; por largo tiempo he recibido los homenajes de la multitud, derramando mis tesoros; sé tú en adelante la gloriosa depositaria de ellos. Siembra tú, á tu vez, los beneficios; á tu vez alivia las dolencias de la tierra y recibe de ésta los homenajes, después de haber cosechado las humillaciones y las angustias. Tu gloria es mi gloria y tus glorias son mis alegrías, porque tus amores son mis amores. ¡Pide, implora siempre, porque siempre me complazco en recompesar tu humildad con un nuevo esplendor, manifestando tu poder con un nuevo prodigio!—*¡Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes!*

III

¡Oh felicidad! esta Reina gloriosa, esta Virgen incomparable, esta Madre tan poderosa, es nuestra Madre!

Jesús, pendiente de la Cruz, iba ya á rendir el último suspiro, é inclinando sus miradas sobre los que

©Biblioteca Nacional de Colombia

lo rodeaban en su suplicio, distinguió entre aquéllos á quienes el amor había hecho fieles hasta el fin, á un lado á María Inmaculada, y al otro á San Juan, el discípulo amado, que nos representaba á todos en ese momento solemne. Dirigiéndose á María, Jesús le dice, mostrándole á su discípulo:—"¡Mujer, ve ahí á tu Hijo!" luégo dirigiéndose á San Juan, y mostrándole á María:—"¡Hijo, ve ahí á tu Madre!"

¿Habéis notado la delicadeza del Salvador, su solicitud en favor núestro en ese instante supremo? Al dirigirse á María, á esta Madre que le daba en ese mismo momento una prueba tan brillante de su amor, Jesús no tiene para ella sino una palabra "bárbara," á fuerza de ser fría. No le dice:—¡Madre mía! Diríase que tiene miedo de atizar con esta expresión el fuego que la consume. Para ella tiene una palabra menos dulce:—"¡Mujer, dice, ve ahí á tu Hijo!" la trata como á una extraña. ¡Qué golpe para el corazón de María, si la mirada de Jesús no hubiera mitigado la amargura de semejante palabra! A fuerza de amarnos á nosotros era que Jesús se exponía así á parecer cruel. Es como si hubiera dicho:—¡Mujer, olvida, si puedes, que eres mi Madre, para consagrar todo tu amor á aquéllos que te confío. En cuanto á mí, vuelvo hacia mi Padre y en su reino tu solicitud por mí sería superflua; pero por lo que á ellos hace, el viaje es penoso, el camino largo todavía y sembrado de muchas espinas, de muchas asechanzas, ámalos como tú me amabas, vela por ellos así como velabas por mí! *¡Mulier, ecce filius tuus!*

¡En cuanto á vosotros, hijos, pronto ya no veréis mi rostro, pero no os dejo huérfanos; os dejo al amparo de una ternura que conozco; os dejo mi Madre, amadla como ella os ama; si sus entrañas no os han llevado, si sus pechos no os han alimentado, su corazón os prohija en este instante en el dolor! *¡Ecce mater tua!*

©Biblioteca Nacional de Colombia

¿Comprendemos por ventura, todas las esperanzas que encierra para nosotros este testamento del Salvador? ¿Comprendemos el valor del tesoro que nos lega, dándonos por refugio el corazón de María?

¡El corazón de una Madre! ¡y qué Madre! Una Madre purísima, *¡Mater purissima!* ¡Ah! mujeres cristianas, ¿queréis amar mucho? ¿queréis poder amar siempre? Pedid á María que conserve vuestro corazón tan puro como ella conservó el suyo. Sabed haceros respetar, y que sea siempre, hasta por los ciegos entusiasmos de un amor que deja de ser legítimo á fuerza de delirar. Acordáos de que una casta y mutua veneración es el aroma en que el corazón conserva su juventud y en que el amor se vivifica. Si María sabe hallar en su corazón tántos tesoros para nosotros, es porque ese corazón es inmaculado; y Bossuet, queriendo explicarnos el ardor de los besos ardientes de que ella cubría á Jesús, exclama:—"¡Eran más que besos de Madre; eran besos de 'Virgen;' ó mejor dicho, eran los besos de una Virgen-Madre!"

Este corazón de Madre no es solamente el corazón de una Madre inmaculada; es también el corazón de una Madre de dolores, *¡Mater dolorosa!* y ved ahí lo que principalmente debe regocijarnos, llenándonos de confianza.

Para aliviar á los que sufren se necesita haber sufrido; para enjugar las lágrimas es necesario haber llorado; para comprender sobre todo las angustias íntimas del corazón y compadecerlas, es preciso tener corazón y un corazón que con frecuencia haya hecho sufrir á fuerza de concentrarse.

Puesto que de todas las criaturas, María es la que más ha sufrido, ella es la que mejor ha conocido esos tormentos, esas desolaciones íntimas del corazón (de que se mofan las almas vulgares), envueltos en vigorosa cubierta y que con frecuencia hacen de los ojos fuentes de lágrimas amargas. Se puede muy bien

©Biblioteca Nacional de Colombia

llegar hasta decir que el corazón de María fué el único albergue de sus dolores, y el único teatro de su largo y tremendo martirio.

Leemos en la Escritura que la hija de Faraón, habiendo bajado á las orillas del Nilo, á bañarse, vió flotar sobre las aguas del río una cesta de juncos, y mandó que la acercaran á la ribera.

Entusiasmada por haber encontrado en esa cuna un niño que le sonreía, manda á una joven que allí se encontraba, que vaya á buscar una nodriza para ese niño.

Esa joven era la hermana del niño, y ese niño era Moisés. Fué pues, á buscar á su madre que era la madre del niño. Ésta acude gozosa, llena de dicha en la creencia que va á recobrar el fruto de sus entrañas. Pero cuál no fué su dolor cuando oyó que la hija de Faraón les decía:—*¡ Accipe puerum istum, nutri mihi !* ¡ Toma este niño, críalo para mí ! Yo seré para él una madre, él será para ti siempre un extraño !

¡ Qué herida aquélla para el corazón de esa madre, qué decepción tan dolorosa ! Y sin embargo, ¿ qué viene á ser ese dolor comparado con la angustia que tan cruelmente oprimió el corazón de María ? Reina de los Profetas, abarcaba con una mirada el porvenir. Veía para su Hijo tras el pesebre el destierro ; tras el destierro la oscura pobreza de Nazareth ; después de Nazareth el Pozo de Jacob, en donde un día Jesús se sentaría fatigado por la ingratitud y las pasiones de los hombres, mucho más que por lo largo del camino ; y más lejos aún veía sobre la cima de una montaña árida una cruz y clavada en esa cruz una víctima !

Ella veía crecer esa víctima á la sombra de su amor, radiante de juventud, de gracia y de hermosura. Recibía de sus manecitas adorables esas caricias que envidiaban los ángeles, y cada una de esas cari-

©Biblioteca Nacional de Colombia

cias, cada uno de esos besos atravesaba su corazón como un cuchillo más frío que el frío de la muerte, á la vez que lo dilataba en la embriaguez de una incomparable suavidad. ¡Ah, es que una visión misteriosa trocaba en amargura ese vino que debiera ser tan dulce!

Dios, al confiarle ese tesoro, había dicho á María, como la hija de Faraón á la madre de Moisés:—*¡Accipe puerum istum, nutri mihi!* ¡Recibe este niño, llévale nueve meses sobre tu corazón, aliméntalo con tu leche, envuélvelo en tu ternura, fórmalo, no para ti, sino para mí; me es necesario para aplacar mi justicia y salvar el mundo. No lo olvides nunca; es una víctima que preparas para el sacrificio!

¡Nutri mihi! ¡Fórmalo, no para hacerte un apoyo de su virilidad, no tampoco para saborear un día esa dicha, tan dulce para el corazón de una Madre, de ver honrado por la multitud el fruto de sus entrañas y de duplicar la alegría de su triunfo participando de él; sino para verle un día calumniado, azotado, herido y crucificado!

¡Nutri mihi! ¡Fórmalo para el beso de Judas, para la negación de Pedro, para la bofetada del esclavo, para el látigo de la soldadesca, para la caña de burla, para la corona de espinas, para el cadalso!

¡Nutri mihi! Fórmalo para seguirlo un día por las huellas de la sangre con que enrojecerá las piedras del Gólgota; para verle cargando su cruz en su camino doloroso, presentarte su hermosa faz cubierta de polvo, de sangre y de ignominia, y reanimar sus dolores!

¡Nutri mihi! ¡Fórmalo para que un día veas sus pies y sus manos traspasados por los clavos; para ver ese Hijo el más hermoso de los hijos de los hombres, extendido sobre una Cruz, despojado de sus vestidos; para ver y contemplar en éxtasis indecible esas heridas que se ensanchan por la sacudida, para contar

©Biblioteca Nacional de Colombia

sus huesos dislocados y recibir sobre tu corazón esa sangre purísima que le dió tu corazón!

¡*Nutri mihi!* ¡Fórmalo para contemplarlo suspendido en el vacío, envuelto en suprema angustia, en un completo aislamiento, desgarrado su cuerpo por todos los martirios, desgarrada su alma por mi justicia, rechazado por la tierra que lo insulta, abrumado por el Cielo que se ha convertido en bronce sobre su cabeza, y destilando de su mirada en tu mirada la ola de un delirio, que no tiene nombre sobre la tierra!

¡Ah! ¡aquí se llega al colmo! es el momento en que el Cordero de Dios, hasta entonces silencioso, deja escapar esta queja:—"¡Padre mío! ¡Padre mío! ¿por qué me habéis abandonado?" Esta queja, este suspiro los oye la oveja inmaculada; los oye, y su corazón dilatado por una ternura que ya no conoce límites se escapa ardiente de la prisión que lo tiene cautivo, se precipita sobre el corazón de la víctima para estrecharlo y decirle:—¡Amado y único Hijo mío, no estás abandonado, porque te queda tu Madre que muere por tus dolores! ¡Y Jesús toma ese corazón inflamado, lo aparta de sí mismo y nos lo entrega! ¡*Mulier, ecce filius tuus!*

¡Admirémonos ahora del culto de que María se ve hecha objeto! ¡Admirémonos de ver que la Iglesia la invoca bajo mil títulos y la llama "Salud de los enfermos, Auxilio de los cristianos, Consuelo de los afligidos, Refugio de los pecadores!"

En cuanto á mí, tiemblo sin sorprenderme, al ver que el marino la invoca durante la tempestad; que el soldado la implora antes de la batalla; que el niño le reza desde su cuna; que la juventud le confía su inocencia, la edad madura sus pesares y la vejez sus privaciones y sus esperanzas.

¡Yo no me admiro de ver las colinas de nuestra patria coronadas por sus santuarios y esos santuarios tapizados con "ex-votos!"

©Biblioteca Nacional de Colombia

¡Menos todavía me admira el ver que nuestra Francia resucita siempre de en medio de las pruebas que parecían ser más fuertes que su organización, *Regnum Galliæ, regnum Mariæ!* María desde lo alto del Cielo, ve entre el Rhin y los Pirineos muchos hijos vanos, pero también muchos hijos que la aman y la glorifican, mucho más que con sus cánticos con sus obras. (1)

Y tú, ciudad de Lyon, cuyo nombre bendito llevan mucho más lejos los prodigios de tu caridad que los milagros de tu industria, ¿díme por qué, cuando la peste asuela las otras ciudades, tú duermes en paz sin temer el hálito del negro azote? ¡Ah! es que sobre la cima de la colina, á cuya sombra fué concebido este libro, tus miradas pueden contemplar con amor una Madre poderosa y buena que parece decirte, extendiendo hacia ti sus manos benditas:—¡Descansa en paz, oh antigua y buena ciudad que yo amo; aleja de tu corazón el espanto, para abrirlo á la confianza, porque yo, tu Madre, sobre este trono magnífico que debo á tus piadosos entusiasmos, estoy de pie y velo para el momento en que pase el ángel exterminador! ¡Reina gloriosa! ¡Madre amadísima, sednos propi-

(1) Muchos artistas cristianos y que quieren hacer el bien, creen haber logrado su objeto cuando han forjado alguna deliciosa figura de niña en cuyos brazos colocan un precioso niño. Eso puede ser una virgen cualquiera, una hermana querida; pero nunca la verdadera Virgen ni menos la Madre. El mal gusto del público alienta esas defectuosas concepciones, así como estimula por otra parte esa lastimosa literatura de los *Mes de María* y toda esa mezquina devoción de nuestra época, que celebra el culto de la Santa Virgen con una falsa teología, con flores falsas, melodías falsas y versos falsos. De la Augustísima Reina del Cielo se ha hecho,—que Dios nos lo perdone, y á mí me perdone la palabra,—se ha hecho una especie de madre vulgar, parecida, por otra parte, á muchas madres que se dicen cristianas; una madre vulgar que no exige de sus hijos ni trabajo, ni virtud y que todo lo perdona con tal que se le hagan caricias.

(*El Perfume de Roma*, por Luis Veuillot).

©Biblioteca Nacional de Colombia

cia! Echad una mirada de amor sobre el Pontífice, cuyos oráculos infalibles os han valido un cúmulo de gloria, al proclamar vuestra más excelsa prerrogativa. Hace ya largo tiempo que, como vuestro divino Hijo, transita llevando su cruz, por el áspero camino del Calvario; haced que la tempestad pronto se apacigüe, que el torrente de sus tribulaciones se detenga, y que su cáliz sea tan dulce como su corazón.

Bendecid también, ¡oh bondadosa Madre! á esta Francia que os fué consagrada por uno de sus Reyes. Proteged siempre, iluminándolos, á los que han merecido la sublime y difícil misión de gobernar su exuberante actividad. Que siempre nuestros heroicos soldados sean en el mundo los campeones de la Justicia, y que se pueda decir hoy, como en tiempo de Godofredo ó de Carlo-Magno:—*¡Gesta Dei per Francos!*

Bendecid, Madre bondadosa, juntamente con el que ha escrito este libro bajo vuestras miradas, á las que hayan sabido leerlo con un corazón indulgente. Sostenedlas en sus desmayos, consoladlas en sus dolores, enjugad sus lágrimas; haced, sobre todo, que su corazón exhale siempre el perfume de las tres flores que más habéis amado: el lirio, la violeta y la rosa, á fin de que pueda decirse de cada una de ellas lo que el Espíritu Santo ha dicho de una mujer famosa por sus virtudes, su hermosura y su abnegación:—"¡Sois la gloria de Jerusalén; sois la alegría de Israel; sois el honor de nuestro pueblo!" *¡Tu gloria Jerusalem; lætitia Israel; tu honorificentia populi nostri!*

FIN.

©Biblioteca Nacional de Colombia

ÍNDICE.

Págs.

Prólogo del Traductor iii
Prefacio de la décima-cuarta edición v

CAPÍTULO I.—*Cuánto debe la mujer amar á Jesús.*—La mujer es más piadosa que el hombre.—I. Su triste suerte en donde Jesús no reina.—II. Su rehabilitación por Jesús.—III. Su semejanza con Jesús por su debilidad.—IV. Por sus dolores.—V. Por su necesidad de amar 2

CAPÍTULO II.—*La mujer generosa y la mujer avara.*—El amor en los pequeños cuidados.—I. La piedad generosa.—II. La piedad de báscula.—III. La tibieza.—IV. La frialdad me espanta 17

CAPÍTULO III.—*La devota amable.*—El fruto no destruye la flor.—I. Las descontentadizas.—Las variables.—Las susceptibles.—II. Las caritativas.—Las hábiles.—III. Las pequeñas virtudes.—Suegra y nuera.—IV. Las solteronas.—Amabilidad de Jesús 31

CAPÍTULO IV.—*La mujer que se enriquece y la mujer que se arruina.*—I. Piedad estéril.—II. Piedad fecunda.—Misión de la mujer.—III. Las obras llenas.—Melania.—IV. Medios propios para hacer llenas las obras.—Me proporcionáis placer 51

CAPÍTULO V.—*La madre y el hijo.*—¿Por qué este encanto?—I. La cuna.—Los grandes caracteres.—II. Lo que puede una madre.—El pecado original en flor.—III. El sacrificio.—El amor maternal.—IV. La mujer que tiene miedo.—La Bendición 67

CAPÍTULO VI.—*La mujer y el infortunio.*—Su lote y sus aptitudes.—I. Justifica la Providencia.—II. Alegra su propio corazón.—Las comidas.—El traje azul.—III. Un cambio magnífico.—Thabita 86

©Biblioteca Nacional de Colombia

Págs.

CAPÍTULO VII.—*La mujer frívola.*—El tocador.—I. Misión de los vestidos.—Verdugos del cuerpo.—II. Cómplices de las pasiones.—III. Obreros de la mentira.—Las viejas jóvenes.—IV. La moda.—Es enemiga del pobre.—Es enemiga de la sociedad.—V. Las elegantes..... 102

CAPÍTULO VIII.—*La mujer milagrosa.*—La lengua.—I. Malicia de San Francisco de Sales.—Peligros.—II. Mal cálculo.—Cinco confesores en una manga.—Damas jóvenes.—III. La maledicencia.—La envidia.—Vanos pretextos.—IV. Funestas consecuencias..... 121

CAPÍTULO IX.—*La desposada de Cristo.*—La verdadera virginidad.—I. Los tres votos.—El poder.—II. El yugo suave.—III. Cómo se ve á Jesús.—La hoja de rosa..... 140

CAPÍTULO X.—*La virgen prudente y la virgen necia.*—Los enemigos.—I. Conócete á tí mismo.—II. Cómo se combate uno á sí mismo.—La gran guerra.—III. La oración.—IV. Método de la oración..... 159

CAPÍTULO XI.—*La piscina y la hoguera.*—Lo que se necesita.—I. La confianza se inspira.—La verdadera confesión.—¿Qué pensará de mí?—II. La compunción del corazón.—III. La Eucaristía.—IV. La buena comunión. 181

CAPÍTULO XII.—*María.*—El niño candoroso.—I. La Madre de Dios.—II. Su grandeza y su humildad.—San Cristóbal.—III.—Nuestra madre.—Corazón de María.—*Nutri filii!*—Consagración..... 199

©Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
BNC0047522
Historia crítica
7897

©Biblioteca Nacional de Colombia

Miscelánea
Nº 122

Copia

©Biblioteca Nacional de Colombia